

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE CIENCIA POLÍTICA

Tesis Maestría en Historia Política

**Uruguay ante el proceso de creación del Estado
de Israel: debates internos y construcción de la
política exterior en el marco de las Naciones Unidas
(1944-1949)**

Fernando Adrover
Tutor: Gerardo Caetano

2019

A Ariadna

Agradecimientos

Ante todo quiero agradecer a Camila, que me brindó su apoyo durante todo el largo proceso de este posgrado, desde el sostén anímico hasta la circunstancial corrección de estilo. Agradezco asimismo a mi familia, a mis padres a quienes debo buena parte de mi formación, y a mis hermanos que en diferentes etapas de mi trabajo de relevamiento me ayudaron con el engorroso trabajo de fotografiar y ordenar ingentes cantidades de fuentes.

En segundo lugar debo agradecer especialmente a Lucía y Marcos que a lo largo de todo el proceso fueron atentos lectores de mis sucesivos avances, aportaron una mirada crítica e interesantes correcciones.

Por otra parte, deseo agradecer a Lourdes Peruchena, Clara Aldrighi y Dante Turcatti, los primeros docentes que me impulsaron a involucrarme en el trabajo de investigación y me aportaron herramientas esenciales para desarrollarlo. También a Magdalena Broquetas, ya que trabajando junto a ella he incorporado importantes herramientas de trabajo y he continuado mi formación.

Agradezco a los docentes que desde las instancias de evaluación de mi proyecto y avances de tesis han hecho aportes importantes a mi trabajo, José Rilla, Vania Markarian, Diego Sempol y Jaime Yaffé. Doy las gracias también a la ANII, cuya financiación me permitió dedicar más tiempo a mi investigación.

Finalmente, agradezco especialmente a mi tutor, Gerardo Caetano, por su dirección y el estímulo que me brindó a lo largo de las diferentes etapas de mi trabajo.

Índice

Introducción.....	4
1. La política exterior uruguaya en el período: un breve estado de la cuestión	7
2. El problema de Palestina, la proyección internacional de los movimientos nacionalistas y la posición de las grandes potencias.....	18
2.1. <i>Dos nacionalismos en pugna: discursos y prácticas</i>	19
2.2. <i>Los posicionamientos de las grandes potencias en torno al problema palestino</i>	27
3. El punto de llegada: actuación de la delegación uruguaya en las Naciones Unidas	31
4. El posicionamiento de los sectores políticos uruguayos en torno al problema de Palestina	36
4.1. <i>Los más firmes aliados del proyecto sionista: batllismo, nacionalismo independiente y socialismo</i>	36
4.2. <i>La postura del herrerismo, de los sectores conservadores del Partido Colorado y la derecha católica</i>	49
5. La dimensión de la presión sionista, prosionista y proárabe, y su integración en el contexto político uruguayo de posguerra	62
5.1. <i>Presencia de las organizaciones sionistas, prosionistas y proárabes</i>	62
5.2. <i>La persistencia de los marcos ideológicos de la lucha antifascista y el nuevo equilibrio político de la posguerra como contexto favorable para la acción prosionista</i>	75
6. El problema palestino en el marco de la construcción de la política internacional uruguaya en la posguerra.....	86
6.1. <i>El posicionamiento uruguayo sobre el problema palestino en el marco de la formulación de una política internacional en tiempos de incertidumbres y posibilidades</i>	86
6.2. <i>Las características del servicio exterior uruguayo y la importancia del perfil personal de sus diplomáticos</i>	97
Consideraciones finales.....	105
Bibliografía y fuentes.....	111

Introducción

Este trabajo se propone estudiar el posicionamiento diplomático de Uruguay en relación al problema de la creación de un Estado judío en Palestina, entre 1944 y 1949.

Para abordar la génesis de ese posicionamiento se atenderá, en primer término, al devenir político de dos movimientos nacionalistas en disputa por la soberanía sobre un Estado en un mismo territorio, el sionismo y el movimiento nacionalista palestino, con sus respectivas complejidades internas. Estos movimientos desarrollaron un conjunto de acciones para legitimar sus aspiraciones en el concierto internacional que serán objeto de análisis. Asimismo, se tendrán en cuenta los conflictos interestatales en el Cercano Oriente y los intereses puestos en juego en la región por las principales potencias mundiales a fines de la segunda guerra mundial y el comienzo de la guerra fría. En relación a este panorama mundial es que se analizará el posicionamiento diplomático uruguayo, que tuvo su epítome en la intervención del representante Enrique Rodríguez Fabregat en las comisiones a que la Organización de las Naciones Unidas encargó el tratamiento del problema.

No obstante, no se pretende explicar la actitud uruguaya de respaldo a la partición de Palestina y la creación de un Estado judío meramente en función de las circunstancias internacionales, ni como reflejo del posicionamiento de Estados Unidos, respecto al que la política exterior uruguaya –dada su vocación panamericanista–¹ guardaba una no desdeñable dependencia. Por tal razón, el trabajo prestará especial atención a los debates políticos internos y al proceso de toma de decisiones que llevó a la referida postura uruguaya. Esto implica un estudio de los posicionamientos de los partidos políticos uruguayos a través de su prensa partidaria y los debates parlamentarios. Asimismo, se buscará dar cuenta de los espacios de intercambio de ideas, las relaciones y las solidaridades interpersonales desarrolladas en el contexto de la lucha antifascista de los años treinta y cuarenta, considerándolas un elemento importante en la explicación del proceso. En relación a esto se

¹ Sobre la adscripción panamericana de Uruguay ver: Clemente, Isabel, “Uruguay en las conferencias panamericanas: la construcción de una opción en política exterior”, *Simposio "Los Asuntos Internacionales en América Latina y el Caribe. Historia y teoría. Problemas a dos siglos de la emancipación"*, Santiago de Chile, 2010; Rodríguez Aycaquer, Ana María, “El alineamiento internacional del Uruguay durante la Segunda Guerra Mundial. Algunas hipótesis y reflexiones”, *V Jornadas Interamericanas de Historia de las Relaciones Internacionales*, La Plata, 8-10 septiembre de 1999.

buscará interpretar la influencia de grupos de presión involucrados en el problema debatido (proárabes, sionistas, prosionistas no judíos y la comunidad británica en Montevideo), y el éxito o fracaso en su pretensión de incidir en la línea diplomática del Estado uruguayo.

El período abordado se inicia en 1944, dada la creación en octubre de ese año del Comité Uruguayo Pro Palestina (CUPP), integrado por importantes figuras no judías de la cultura y la política uruguaya, pero constituido bajo el impulso de la Sección Latinoamericana de la Agencia Judía (que en marzo de 1945 organizaría el Primer Congreso Sionista Latinoamericano en Montevideo). Si bien la presencia del movimiento sionista en Uruguay es previo, la creación del CUPP constituyó un hito en la articulación entre la comunidad judía y sectores no judíos en la militancia por la creación de un Estado judío en Palestina. Este nuevo impulso a la reivindicación sionista, coincidió con la renovación de las estrategias del movimiento ante la inminencia del fin de la guerra y la internacionalización del problema palestino, operada al involucrarse progresivamente Estados Unidos en el debate sobre sus soluciones, proceso que tuvo finalmente su expresión institucionalizada en el marco del Anglo-American Committee of Inquiry, en abril de 1946. Este sería el primer antecedente de un proceso de internacionalización que, al calor de la radicalización de los ataques del movimiento sionista al gobierno británico en Palestina y de los conflictos entre judíos y árabes, acabó con la decisión de la potencia mandataria de remitir el problema a las Naciones Unidas en abril de 1947, creándose finalmente el Comité Especial para Palestina (UNSCOP) el 14 de mayo de ese mismo año. La delegación uruguaya fue una de las que integró el UNSCOP. El plan de partición discutido en dicho comité –tras ser revisado por el Ad-Hoc Committee de la Asamblea General (AHC)– fue aprobado el 29 de noviembre de 1947 (resolución 181 de las Naciones Unidas). No obstante, los debates sobre su implementación y en torno a la mediación en la guerra iniciada tras la proclamación del Estado de Israel (15 de mayo de 1948) se extendieron hasta la firma de los armisticios que le dieron fin en marzo de 1949. Este hito marca el otro extremo del período estudiado, en tanto se cerró un ciclo de discusión del problema palestino en las Naciones Unidas, ciclo en el que la partición fue seriamente reconsiderada.

El tema estudiado se enmarca en un período peculiar de la historia uruguaya, en buena medida transicional y pleno de incertidumbres. El país entre 1938 y 1943, con el gobierno de Baldomir, había iniciado un proceso de “normalización democrática” tras la dictadura de

Terra.² Su inicial definición neutral en política internacional se fue convirtiendo progresivamente en un posicionamiento pro-aliado, en tanto comenzaba a exigirle el devenir de la segunda guerra mundial, que tuvo un hito importante para el contexto regional con la batalla del Río de la Plata y el hundimiento del Graf Spee frente a Montevideo. Esto coincidió con el fortalecimiento de los sectores políticos que impulsaban ese posicionamiento proaliado, principalmente el batllismo y el nacionalismo independiente, que anteriormente habían sufrido la represión y censura terrista. Esto y la ruptura con el herrerismo –que era asociado al fascismo en un momento inconveniente para ello– en 1941, marcó el viraje hacia un nuevo panorama en la política nacional. Durante el gobierno de Amézaga (1943-1947) se afirmó la política pro-aliada y el poder del batllismo, que sin embargo comenzó a mostrar divisiones internas. Con la asunción de la fórmula Berreta-Batlle Berres en 1947 se inició el período a menudo denominado como “neobatllista”, que implicó una renovación de la política reformista, el dirigismo estatal, el colegialismo y la implementación de una economía sustitutiva de importaciones.³ La muerte de Tomás Berreta en agosto de 1947 dejó como titular del Poder Ejecutivo al líder del sector más reformista del batllismo, Luis Batlle Berres. A lo largo del período brevemente referido hasta aquí, cuatro fueron los cancilleres que ocuparon el Ministerio de Relaciones Exteriores: José Serrato entre 1943 y 1945, Eduardo Rodríguez Larreta⁴ que cesó en sus funciones el 1º de marzo de 1947, dejando su lugar a Mateo Marques Castro, quien en diciembre fue sucedido a su vez por Daniel Castellanos, en funciones en el momento en que se dio el reconocimiento oficial uruguayo al Estado de Israel.

² Cfr. Frega, Ana; Maronna, Mónica; Trochón, Yvette. *Baldomir y la restauración democrática (1938-1946)*. Montevideo: Banda Oriental, 1987.

³ Para una lectura acerca sobre el contexto uruguayo del período puede recurrirse a textos ordenadores como: D'Elia, Germán. *El Uruguay neo-batllista: 1946-1958*. Montevideo: Banda Oriental, 1986; Nahum, Benjamín, et. al. *Crisis política y recuperación económica*. Montevideo: Banda Oriental, 1991; Ruiz, Esther. “El ‘Uruguay próspero’ y su crisis. 1946-1964”. En: Frega, Ana, et. al. *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: Banda Oriental, 2008.

⁴ Destacado por ser ideólogo de la llamada Doctrina Rodríguez Larreta, que expresaba la postura uruguaya de alineación panamericanista, comprometida con la seguridad hemisférica fomentada por Estados Unidos, y que legitimaba la intervención colectiva en América Latina frente a gobiernos considerados antidemocráticos, ya que vinculaba indisolublemente democracia y paz.

1. La política exterior uruguaya en el período: un breve estado de la cuestión

La investigación se inserta en el campo de los estudios de las relaciones internacionales de Uruguay, que han sido el objeto de muy pocos estudios panorámicos sistemáticos y algunos trabajos de análisis parciales y de casos, los que sin embargo ofrecen algunas reflexiones y líneas de abordaje capaces de orientar estudios más amplios.

Carlos Real de Azúa, en un esfuerzo por clasificar las corrientes de análisis en el campo del estudio de las relaciones internacionales de Uruguay, identificó dos tipos de abordajes, uno que denominó tesis “universalista” y aliadófila propia del coloradismo y particularmente del batllismo, y otro al que le dio el nombre de tesis “resistente” relacionada con el herrerismo.⁵

La primera postura se encuentra bien representada por la obra de Enrique Arocena Olivera, “celebratoria” de la acción diplomática seguida por el país, alineada con la defensa principista de la democracia. El de Arocena Olivera es un relato cronológico, una historia acumulativa de larga duración sobre los progresos diplomáticos y la superación por Uruguay de ciertas dificultades –los desafíos argentinos a su soberanía nacional, las frustraciones de sus propuestas de multilateralismo–, en que la opción panamericanista del país se explica por la adscripción a principios morales democráticos que reflejaban un consenso antitotalitario de la sociedad. Estos principios fueron establecidos, según el autor, durante la época que llama de “auge diplomático” en el marco del primer batllismo.⁶ Arocena Olivera desplaza a un segundo plano los aspectos geoestratégicos y la idea de un posible pragmatismo en los posicionamientos regionales y globales del país, así como el complejo debate entre partidos y organizaciones de la sociedad civil sobre su alineamiento proestadounidense.

⁵ Real de Azúa, Carlos, “Política internacional e ideologías en el Uruguay”, *Marcha*, n° 966, 3 de julio de 1959, pp. 7b-14b. Esta clasificación ha sido retomada más recientemente por Ana María Rodríguez Ayçaguer, vinculando a esa clasificación obras más recientes no consideradas por Real de Azúa (Cfr. Rodríguez Ayçaguer, Ana María, “Política exterior e inserción internacional del Uruguay en el siglo XX”, En: Rodríguez Ayçaguer, Ana María; Porrini Beracochea, Rodolfo (coord.), *Política y sociedad en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo: Departamento de Historia del Uruguay, FHCE-Udelar, 2010, pp. 57-112).

⁶ Arocena Olivera, Enrique, *Evolución y apogeo de la diplomacia uruguaya, 1828-1948*, Montevideo: Imprenta del Palacio Legislativo, 1984, p. 157.

Sin adscribir a una perspectiva “celebratoria” de una política exterior muy vinculada a la tradición colorada y al panamericanismo, el análisis de Héctor Gros Espiell también ha dado al *juridicismo* anclado en la tradición democrática y republicana del país, el lugar de un eje transversal en su análisis de las relaciones internacionales uruguayas.⁷ Gros Espiell afirma que el prestigio internacional de Uruguay logrado en las primeras décadas del siglo XX es “la proyección necesaria del desarrollo y el progreso interno del país”, donde “el avance democrático, la estabilidad institucional, la madurez política, el progreso ideológico y cultural y el adelanto económico y social, fueron elementos que prestigiaron internacionalmente a la República, la caracterizaron e individualizaron y permitieron a nuestra diplomacia actuar sobre una base de consideración y respeto”. En este sentido, la actuación de las delegaciones diplomáticas uruguayas tras la segunda guerra mundial “son el ejemplo, de una política exterior que aunque a veces pudo juzgarse como excesivamente idealista, fue sin duda sana y coherentemente principista, de un principismo que era, relativamente, un reflejo del ser del país”.⁸ La adscripción a esos tipos de abordajes anclados en el *juridicismo* es precisamente de lo que este trabajo pretende distanciarse, aunque sin descartar absolutamente sus aportes.

Como contraparte, Real de Azúa y Juan Oddone pueden verse como afines a los postulados de una “corriente resistente”, inaugurada por Luis Alberto de Herrera y resignificada por el tercerismo de *Marcha*.⁹ Desde este punto de vista se presta mayor atención a las contradicciones que implica una visión celebratoria de la tradición colorada en política exterior y sus miopías respecto a las pretensiones imperialistas de Estados Unidos.

⁷ Gros Espiell, Héctor, *De diplomacia e historia*, Montevideo: Silmaril, 1991; Gros Espiell, Héctor, *Temas internacionales*, Montevideo: Melibea, 2001. Se trata de recopilaciones de artículos de diversa procedencia y grado de profundidad en el análisis que carecen de un espíritu de unidad. Gros Espiell parte de la idea de que la política exterior del país debe lograr un necesario equilibrio entre principismo y realismo, premisa que lo lleva a rescatar las reflexiones de Luis Alberto de Herrera sobre la inserción internacional uruguaya. Adscribiendo a esta tradición herrerista, buena parte de su obra tiene una dimensión normativa, una reflexión sobre el deber ser de la política exterior uruguaya, que incluso implica consideraciones sobre la ética del personal diplomático (ver Gros Espiell, Héctor, *De diplomacia...*, Op. cit., pp. 53-57). En este sentido, la valoración de la soberanía nacional en una formulación coherente con un principismo democrático ocupa un lugar central en los argumentos del autor, que en definitiva pretende justificar la superación de un principismo mal entendido, representado por la “doctrina Rodríguez Larreta” (ver Ibid., pp. 131-134).

⁸ Gros Espiell, Héctor, *De Diplomacia...*, Op. cit., p. 45.

⁹ Rodríguez Ayçaguer, Ana María, “Política exterior...”. Op. cit., p. 87.

Por otra parte, la problemática trayectoria de las relaciones de Uruguay con Argentina vuelve en estos autores a un plano privilegiado que la obra de Arocena Olivera había relegado.

Juan Oddone, en su análisis de las relaciones entre Uruguay y Argentina durante el ciclo peronista, es buena muestra de esta tenencia, en tanto pone énfasis en los aspectos geoestratégicos y en las relaciones de dependencia a que Uruguay se encontraba sometido. Su análisis se realiza a dos niveles. El primero es “subregional”, circunscrito al Cono Sur, en el que considera necesario rastrear los antecedentes de las tensas relaciones entre Uruguay y Argentina muy atrás en el tiempo, trascendiendo el período que estudia. El segundo es el regional o hemisférico, que involucra las relaciones de los países del Cono Sur con Estados Unidos durante y después de la segunda guerra mundial. Oddone entiende a esa conflagración como un catalizador de conflictos preexistentes a nivel subregional, signados por los planes hegemónicos argentinos y los consiguientes recelos generados en Brasil. De esta forma, su explicación no considera únicamente a la política hemisférica de Estados Unidos. No obstante, la búsqueda por la potencia del norte de la unificación de un frente antifascista en América en esa coyuntura de guerra, reactualizó de forma particular los posicionamientos subregionales.¹⁰ Su análisis pretende considerar tanto elementos estructurales como variables coyunturales y contingentes, de ahí su riqueza. Con todo, la dimensión de autonomía relativa y de una actitud deliberadamente proactiva por parte de los gobiernos, que otros autores reconocen a la diplomacia uruguaya, se ve desdibujada en la narrativa de Oddone.

En cierta forma, la primera línea de análisis, la tesis “universalista”, se inclina en mayor medida a la consideración de factores endógenos para la explicación de la política internacional uruguaya, mientras que los representantes de la tesis “resistente” dan mayor cabida a factores geoestratégicos y en buena medida a elementos exógenos en el análisis. José Rilla observa, para el período 1880-1930, una tensión similar entre factores endógenos y exógenos en las líneas interpretativas presentes en este campo de estudios. Por una parte identifica un abordaje que hace énfasis en la idea de un Uruguay utilizado por Gran Bretaña y Estados Unidos como factor de equilibrio regional, y en el otro extremo otro que se detiene en su juego hábil y proactivo de utilizar a Estados Unidos como “escudo protector” y de

¹⁰ Oddone, Juan Antonio, *Vecinos en discordia: Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos. Selección de documentos, 1945-1955*, Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2003, pp. 16-20.

acercarse a Brasil para contrarrestar la influencia argentina. Una alternativa intermedia la constituye una interpretación que se basa en el principio –usual en el caso de países pequeños fronterizos de otros mayores– de la diplomacia pendular para resistir las pretensiones hegemónicas de sus vecinos.¹¹

Los aportes más recientes de la historiografía sobre las relaciones internacionales muestran, y en muchos casos explicitan, la voluntad de no limitarse a análisis exclusivamente anclados en factores exógenos o endógenos y de trascender, asimismo, la herencia de las corrientes interpretativas identificadas por Real de Azúa. José Rilla, en el texto antes referido, da cuenta de un eclecticismo historiográfico que considera y articula diversas líneas interpretativas. Por otra parte, para el período estudiado en este trabajo, los aportes de Ana María Rodríguez Ayçaguer representan una tendencia similar. En uno de sus trabajos afirma que se han de tener en cuenta diversos factores, tales como la “política interna, razones geopolíticas, tradiciones diplomáticas, solidaridades ideológicas, necesidades económicas, imaginarios”¹², atendiendo a la dimensión local, tanto como la global y regional. Esto invita, de alguna manera, a un programa de investigación que asuma el desafío de incorporar y articular múltiples variables, desafío con el que este trabajo pretende comprometerse.

A la dificultad de articular factores endógenos y exógenos en la explicación se agrega otra igualmente relevante, constituida por el desafío de atender a la vez a tendencias de larga duración y a lo contingente.

La importancia de la herencia del *juridicismo* diplomático del siglo XIX, tan importante en la obra de Arocena Olivera y de Gros Espiell, ha sido retomada por algunos historiadores más recientemente y constituye un buen ejemplo de un factor explicativo considerado, en cierta forma, en una larga duración. Romeo Pérez,¹³ Aldo Marchesi y Vania Markarian han dado importancia –aunque sin afiliarse a esa línea de forma excluyente– a este *juridicismo* que “se sostenía sobre la idea de fundar las posiciones en materia de política exterior en los logros políticos internos”,¹⁴ entendidos, en buena medida, como constitutivos de la vida

¹¹ Rilla, José, “Uruguay en el mundo, 1880-1930” En: Caetano, Gerardo (dir.), *Uruguay. Reforma social y democracia del partidos, 1880/1930*, Montevideo: Planeta-Mapfre, 2016, pp. 85-130, p. 100.

¹² Rodríguez Ayçaguer, Ana María, “Política exterior...”, Op. cit., p. 87.

¹³ Pérez Antón, Romeo, *Política exterior uruguaya del siglo XX*. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2011.

¹⁴ Marchesi, Aldo; Markarian, Vania. “Uruguay en el mundo”, En: Caetano, Gerardo (dir.), *Uruguay. En busca del desarrollo entre el autoritarismo y la democracia, 1930/2010*, Montevideo: Planeta-Mapfre, 2016, pp. 113-155, p. 119.

nacional. Se trata de una tradición en relación a la que el panamericanismo no constituyó necesariamente un desvío. Esto supone tomar en consideración permanencias de larga duración vinculadas a la naturaleza de las instituciones republicanas, cristalizadas a lo largo de las primeras décadas del siglo XX. Tales elementos, aunque no constituyen la clave interpretativa de este trabajo, no deben desdeñarse como configuradores de un espacio de posibilidad en cuyo marco se desarrollaron las decisiones de los gobernantes en política exterior.

El destaque de este elemento guarda algunos puntos de contacto con el aporte de Isabel Clemente, quien ensaya una explicación en la larga duración de la política exterior de Uruguay, proponiéndose integrar el análisis de políticas públicas y el neoinstitucionalismo histórico.¹⁵ Se trata de una historia política de las instituciones, que hace énfasis en trayectorias resistentes al cambio a partir de ciertos hitos fundantes que se ubican en el siglo XIX. Dichas trayectorias institucionales proveen ciertos moldes formales y procedimentales a las decisiones de los actores en política exterior. La autora combina la centralidad de ese concepto con la recuperación de argumentos ya referidos acerca de tendencias recurrentes en la política exterior uruguaya: una “diplomacia pendular”, compatible al acercamiento a potencias extrarregionales y al multilateralismo como “escudo protector”¹⁶ de la soberanía amenazada. En ese marco la política exterior uruguaya buscaba siempre ser proactiva y

¹⁵ Clemente, Isabel, *Política exterior de Uruguay, 1830-1985: tendencias, problemas, actores y agenda*, Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales- Unidad Multidisciplinaria, 2005, pp. 11-15, p. 2. Es preciso aclarar que esta definición no se encuentra en los autores referidos en el párrafo anterior, que consideran otras variables que trascienden lo institucional. Particularmente Marchesi y Markarian dan mayor importancia a las coyunturas globales que favorecieron una resignificación del panamericanismo – particularmente en la segunda posguerra–, y también consideran la importancia de las diferentes formas de pensar la nación uruguaya y su incidencia en la política internacional (Marchesi, Aldo; Markarian, Vania, Op. cit., pp. 145-146).

¹⁶ Este concepto es profundizado por una ponencia de Esther Ruiz en la que analiza cómo la “defensa nacional” fue vinculada por los gobiernos colorados durante la segunda guerra mundial a la construcción de un “escudo democrático” –representado por el fortalecimiento de un imaginario colectivo comprometido con la democracia y el antifascismo– y de un “escudo protector” representado por el acercamiento proestadounidense y panamericano. Este último adquirió mayor importancia durante el conflicto, contexto en que se reactualizó la tradicional imbricación entre política interna y política exterior en la trayectoria uruguaya, durante una guerra que fue percibida como una situación límite en la “historia universal”. La autora analiza cómo, sin ponerse en cuestión la viabilidad del país, se instauró el debate sobre las estrategias necesarias para asegurar la protección de la “vida nacional”, recurriendo a la reafirmación de la tradición democrática y al fortalecimiento de los mitos nacionalistas, en particular el recurso a la figura de José Artigas. Cfr. Ruiz, Esther. “Mirando a Artigas desde el Uruguay de la Segunda Guerra Mundial”. En: Frega, Ana; Islas, Ariadna (coord.). *Nuevas miradas en torno al artiguismo*. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2001, pp. 393-410.

propositiva, según refiere la autora en otro de sus trabajos, no meramente reactiva o de mera subordinación y alineamiento, guardando además ciertos márgenes de autonomía relativa.¹⁷

Tales búsquedas de perspectivas de larga duración han sido también emprendidas por otros autores que, en lugar de privilegiar los “moldes institucionales”, otorgan importancia a las *tradiciones ideológicas*. Probablemente las ya referidas reflexiones de Real de Azúa sean pioneras en este sentido: para él, dichas corrientes o tradiciones “más allá de una ideología definida, dictaron u objetaron (...) actitudes; son esas corrientes las que las hacen inteligibles, significativas, materia histórica en fin”.¹⁸ Partiendo de este supuesto, se ocupa de analizar la contraposición dialéctica entre las ya referidas “tesis universalista” y “resistente”.¹⁹ El pasaje de Rodríguez Ayçaguer citado más arriba retomaba la invitación de Real de Azúa a considerar esta variable, algo que en el curso de su trabajo adquiere valor operativo y que, como se verá, busca articular con un cuidadoso estudio de coyunturas. Al comparar el triángulo comercial que tanto Uruguay como Argentina conformaban con Estados Unidos y Gran Bretaña, y que a su vez sometía aquellos países a relaciones de dependencia y presiones diplomáticas, la autora observa que a pesar de las similitudes inobjetables en sus circunstancias, las trayectorias en la política exterior de ambos países han sido divergentes. La explicación de esta diferencia no puede entenderse, según la autora, dejando de lado la variable ideológica.²⁰

También Isabel Clemente ha apostado por incorporar la influencia de las ideas al análisis,²¹ especialmente por la progresiva tendencia a la *ideologización* que observa en la política exterior a partir de la década de 1930, donde los debates en la sociedad civil en torno a asuntos diplomáticos adquirieron mayor relevancia. Esta referencia a la *ideologización* de la política exterior introduce un elemento nuevo que es preciso destacar, el de la consideración de factores más coyunturales en el análisis: si bien no se niega la importancia

¹⁷ Clemente, Isabel. *Op. cit.*

¹⁸ Real de Azúa, Op. cit., p. 6.

¹⁹ Ibid, pp. 7-8.

²⁰ Rodríguez Ayçaguer, Ana María, *Entre la hermandad y el panamericanismo. El gobierno de Amézaga y las relaciones con Argentina I: 1943*, Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2004, p. 10.

²¹ Su concepto de ideas “abarca las corrientes de pensamiento, las ideologías, las visiones del mundo, las interpretaciones sobre política internacional y las creencias establecidas y transmitidas socialmente a través de la educación, los medios de difusión y/o el proceso de socialización” (Clemente, Isabel, “Uruguay en las conferencias...”, *Op. cit.*, p. 1).

de las tradiciones ideológicas vinculadas a los partidos tradicionales, propone prestar atención a una coyuntura que reactualizó tal influencia. En el mismo sentido, son valiosos los aportes de Rodríguez Ayçaguer, que destaca la indisoluble articulación entre los posicionamientos en relación a la guerra mundial y las pugnas políticas internas, en un proceso de transición que dejaba atrás un régimen dictatorial.²²

En síntesis, y si se sigue la línea abierta por estas autoras, se impone prestar atención al debate ideológico interno y a cómo en ciertas coyunturas dicho debate resignificó antiguas tradiciones, sin que esto suponga descartar otras variables como trayectorias de larga duración o “moldes institucionales” –que constituyen un espacio de posibilidad para el proceso de toma de decisiones en asuntos de política internacional–. La revalorización de los efectos de las coyunturas implicará estudiar ciertos debates y espacios de discusión propios de la lucha antifascista en los que, además, se generaron vínculos interpersonales a los que se debe dar importancia para comprender las relaciones entre los decisores políticos y los movimientos sociales implicados en el proceso. En un segundo nivel, un nivel global, deberá tomarse en consideración la dimensión geoestratégica y la agencia del Estado uruguayo como actor subalterno en unos años críticos de cierta incertidumbre a nivel mundial. Se buscará, en suma, un abordaje que logre articular apropiadamente las tendencias de larga duración y las coyunturas, y en la que los factores geopolíticos exógenos puedan ser considerados sin

²² Rodríguez Ayçaguer, Ana María, *Entre la hermandad...* Op. cit.

que releguen a un lugar poco significativo a elementos endógenos y a la agencia de la diplomacia uruguaya como actor subalterno.^{23 24}

Debido a esto se hace importante para el abordaje del período estudiado la identificación de un espacio de disputa política, en el que buena parte de los actores pretendió hacer coincidir las fronteras que separaban a profascistas de antifascistas y a terristas de antiterristas. Esto, junto con las solidaridades ideológicas y las redes de vinculaciones interpersonales generadas en el contexto de la lucha antifascista, deja entrever esa intersección entre tradiciones ideológicas y coyunturas, especialmente relevante para favorecer la explicación del proceso estudiado.²⁵ La pertinencia de un abordaje de este tipo

²³ No sólo la historiografía se ha hecho preguntas acerca de los vínculos entre política interna y política internacional. Distanciándose de la teoría realista clásica que considera a los Estados como actores unificados y racionales guiados por intereses, Robert Putnam ha propuesto desde las ciencias políticas una lectura de “juegos a dos niveles”. Ha analizado las mutuas influencias entre la política interna y la política exterior en términos de “win-sets”, esto es, posibles resultados de una negociación diplomática que puedan ser legitimados y aceptados en el plano nacional. De tal forma, la política internacional debe ser analizada en relación tanto a las estrategias diplomáticas y el contexto internacional que las condiciona, como las coaliciones y alineamientos políticos internos que determinan la capacidad de legitimar las decisiones en política exterior, así como las formas institucionales que habilitan o restringen ciertos mecanismos de aprobación interna. El autor advierte, por otra parte, que si bien las personas que detentan los altos cargos diplomáticos (“chief negotiator”), deberían reflejar las directivas de las autoridades de un país determinado (policy-makers), esto raramente se da en los hechos: es necesario prestar atención a los intereses y motivaciones personales que introducen otra variable al análisis de la política internacional, así como a sus canales de comunicación con las autoridades nacionales. Esto es relevante para el presente trabajo, ya que la mayoría de los diplomáticos que participan del proceso estudiado eran políticos activos a nivel nacional que representaban, en una cuotificación de hecho dentro del servicio diplomático, las alianzas políticas que sustentan al gobierno de la época, e incluso su libertad de acción en relación a las directivas de la cancillería fue durante el período un tema de discusión. Putnam, Robert D., “Diplomacy and domestic politics: the logic of two-level games”, *International Organization*, vol. 42, n° 3, 1988, pp. 427-460. Incorporando, entre otros, los aportes de Putnam, en Uruguay se han producido trabajos desde la ciencia política que se concentran en la importancia de los partidos políticos –y por tanto de la política interna– en el desarrollo de la política internacional del país. Entre estos trabajos cabe destacar el de Camilo López: López Burián, Camilo. *Partidos políticos y política exterior en Uruguay (1985-2015). La importancia de las instituciones, las ideas y los intereses de los actores*. Montevideo: Tesis de doctorado, FCS-Udelar, 2015.

²⁴ Sobre este punto de la agencia de los países débiles en el concierto internacional son importantes los aportes de Kathryn Sikkink: Sikkink, Kathryn, “El papel protagonista de Latinoamérica en los derechos humanos”, *Sur* 22, v. 12, n° 22, 2015, pp. 215-228. Esta idea es retomada también por Marchesi y Markarian en su abordaje de la inserción internacional de Uruguay (Marchesi, Aldo; Markarian, Vania, Op. cit., p. 122). Por su parte, Esther Ruiz ha identificado durante la segunda guerra mundial la centralidad reivindicada por algunos países americanos como refugio de la democracia y “vallas contra la ‘barbarie’ y la ‘violencia’” de los regímenes totalitarios. En este sentido se puede trazar cierta continuidad respecto al papel jugado por países como Uruguay en las Naciones Unidas en la inmediata posguerra (Ruiz, Esther. Op. cit., p. 395).

²⁵ En tanto el argumento central del trabajo se estructurará a partir de la idea de una persistencia de marcos ideológicos de la lucha antifascista en la inmediata posguerra, es preciso tener en cuenta un trabajo de Ernesto Bohoslavsky y Mariana Iglesias. El artículo se ocupa de lo antedicho, de la importancia del antitotalitarismo en la configuración de los alineamientos políticos internos del Uruguay y la resignificación de ese tópico en el contexto de la guerra fría. Su artículo ofrece, además, una dimensión comparativa regional. Bohoslavsky, Ernesto; Iglesias Caramés, Mariana Inés, “Las guerras frías del Cono Sur: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay”, *OPIS, Catalão-Go*, v. 14, n° especial, 2014, pp. 113-133. Por marcos ideológicos se entenderá el conjunto de

ya ha sido planteada, en cierta manera, por Esther Ruiz.²⁶ De acuerdo a lo antes expuesto, se hará necesario recurrir a algunas obras de referencia sobre los últimos años del período terrista y la transición hacia la democracia, que echen luz sobre la configuración de dichas luchas políticas.²⁷

Lo escrito hasta aquí implica una revisión de la producción académica sobre las relaciones internacionales de Uruguay en general, con el objetivo de ubicar la presente investigación en ese campo. Tras esto, es necesario hacer referencia a los trabajos que más concretamente se han ocupado del posicionamiento uruguayo en torno al Estado de Israel, que a menudo no dialogan demasiado con esa producción más general. Existen varias obras que, centradas en el estudio de la comunidad judía del país y sus organizaciones, se han ocupado lateralmente del proceso estudiado y que, aunque siendo relativamente útiles para esta investigación, no han ofrecido una explicación acabada de él. Estos trabajos se tratarán con mayor detenimiento en un próximo apartado dedicado a las organizaciones sionistas y prosionistas en Uruguay.

Sin embargo existen algunos trabajos que más específicamente abordan el problema de la creación del Estado de Israel. Primeramente, debe tenerse en cuenta una tesis de grado escrita por Decler Ruiz, que ofrece un enfoque predominantemente descriptivo del proceso, sus antecedentes, las posiciones sobre el problema palestino a nivel internacional y la participación de la delegación uruguaya en las Naciones Unidas, pero que no plantea estrictamente hipótesis explicativas.²⁸

ideas y representaciones, valores y preconceptos compartidas que configuran la forma en que los actores piensan sus identidades políticas, construyen al otro y estructuran un lenguaje en que expresan sus críticas y reivindicaciones. No son estáticos, se configuran y reconfiguran en función de hechos políticos y coyunturas especialmente relevantes.

²⁶ Cfr. Ruiz, Esther, “Del viraje conservador al realineamiento internacional, 1933-1945”, En: Frega, Ana et. al., *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: Banda Oriental, 2008, pp. 393-394.

²⁷ Oddone, Juan Antonio, *Uruguay entre la depresión y la guerra: 1929-1945*, Montevideo: FCE, 1990; Nahum, Benjamín, et. al., Op. cit.; Jacob, Raúl, *El Uruguay de Terra 1931-1938: una crónica del terrismo*, Montevideo: Banda Oriental, 1983.

²⁸ Ruiz, Decler. *Uruguay, la UNSCOP y el nacimiento del Estado de Israel (1947-1948)*. Montevideo: Universidad de Montevideo-Facultad de Humanidades, 2016. Este trabajo ofrece una síntesis descriptiva que se apoya y estructura a partir de la línea narrativa que sobre el tema ha impuesto una serie de testimonios de actores importantes del proceso (Tov, Moshe, *El murmullo de Israel: historial diplomático*, Jerusalén: La Semana, 1983; García Granados, Jorge. *Así nació Israel*. Buenos Aires: Biblioteca de Oriente, 1949; Etchegoimberry, Delia. *Enrique Rodríguez Fabregat (1895-1976). Una de las caras del siglo XX: homenaje a*

Un trabajo que sí es preciso destacar es el de Rosa Perla Raicher que, en las páginas dedicadas al posicionamiento diplomático uruguayo, abona una lectura bastante tributaria de las ya citadas ideas del *juridicismo* y principismo uruguayo de las que este trabajo pretende tomar distancia. Al mismo tiempo, ofrece algunas pistas sobre los vínculos interpersonales entre personas clave del gobierno y de las organizaciones sionistas, aspecto que esta investigación se propone retomar.²⁹

Desde un enfoque diferente que prioriza los condicionamientos exteriores de la postura uruguaya, Aldo Marchesi y Vania Markarian hacen una mención muy breve al problema palestino, en que se hacen eco de una lectura que esta investigación se propone discutir: esto es, la interpretación del posicionamiento prosionista uruguayo como reflejo de la orientación equivalente de Estados Unidos. Estos autores sostienen que “en muchos debates centrales de esta coyuntura [la segunda posguerra y la creación de las Naciones Unidas], como la fundación del Estado de Israel en 1948, Uruguay apoyó decididamente las posiciones de Estados Unidos”.³⁰ La dependencia de la orientación proestadounidense de la política exterior uruguaya no ofrece una explicación satisfactoria el proceso, aunque es un elemento que debe ser sopesado. La constatación de las distancias entre las posturas de Estados Unidos y Uruguay a lo largo de las discusiones en las Naciones Unidas y el hecho de que el posicionamiento uruguayo en torno al problema palestino precediera al estadounidense, son elementos que exigen tomar en consideración otros factores.

Finalmente, es importante destacar que para el caso argentino existe una importante investigación que ofrece un buen modelo para el abordaje que se pretende desarrollar en este trabajo, además de proporcionar una referencia significativa para la contextualización regional de la política exterior uruguaya: se trata de la obra de Raanan Rein sobre los vínculos

los cien años de su nacimiento. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 1997). Sin una hipótesis de trabajo clara, sus conclusiones no logran echar mucha luz sobre la explicación del porqué del posicionamiento uruguayo en torno al problema palestino, insinuando una explicación que recurre a las convicciones de actores clave, especialmente Enrique Rodríguez Fabregat y Jorge García Granados, a los que el autor califica como “campeones de la causa sionista” (Ruiz, Decler. Op. cit, p. 51). En este punto recupera los argumentos ya expuestos por Delia Etchegoimberry en su libro. Finalmente, es preciso consignar que existe un texto proveniente de fuera del campo historiográfico que se ocupa de las relaciones entre Uruguay e Israel, de José Jerozolimsky (Jerozolimsky, José. *Uruguay e Israel: fraternales relaciones*. Montevideo: Presidencia de la República, 1989) en un tono igualmente descriptivo.

²⁹ Raicher, Rosa Perla, *Uruguay, la comunidad israelita y el pueblo judío*, Montevideo: FHCE, 2003.

³⁰ Marchesi, Aldo; Markarian, Vania. Op. cit., p. 122.

entre las comunidades judías y árabe con el gobierno peronista.³¹ El autor indaga en el proceso de toma de decisiones, siguiendo la trayectoria, redes de relaciones interpersonales y canales de comunicación de los diplomáticos con el Poder Ejecutivo, desentrañando las tensiones internas de la misión diplomática argentina en las Naciones Unidas. Otro de sus aportes es la posibilidad abierta por sus conclusiones para establecer un contrapunto comparativo con los resultados de la presente investigación.

³¹ Rein, Raanan, *Argentina, Israel y los judíos: encuentros y desencuentros, mitos y realidades*, Buenos Aires: Lumière, 2001; Rein, Raanan. *Los muchachos peronistas judíos. Los argentinos judíos y el apoyo al Justicialismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2015; Rein, Raanan; Noyjovich, Ariel. *Los muchachos peronistas árabes. Los argentinos árabes y el apoyo al Justicialismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2018.

2. El problema de Palestina, la proyección internacional de los movimientos nacionalistas y la posición de las grandes potencias

El abordaje propuesto para este trabajo parte de la convicción de que el problema de Palestina surgió de la pugna entre dos movimientos nacionalistas que aspiraban a constituir un Estado soberano en un mismo territorio, primero dominado por el Imperio Otomano y, tras su desintegración, por Gran Bretaña, potencia que obtuvo el mandato otorgado por la Sociedad de Naciones. Desde este punto de vista, la investigación se distanciará de posturas esencialistas o “primordialistas” en torno a las aspiraciones nacionalistas en la región,³² en tanto tienden a despojar de historicidad el fenómeno, explicando la movilización sionista a partir de aspiraciones nacionales milenarias e insatisfechas. Por el contrario, es especialmente relevante para este trabajo la perspectiva “modernista”³³ sobre los nacionalismos que aporta, entre otros autores, John Breuilly. Este investigador considera los nacionalismos como “una forma de política”, esto es, movimientos políticos modernos de un tipo particular. Breuilly define al nacionalismo como una forma política de oposición –como separación, unificación o reforma– a Estados modernos ya constituidos, y presta atención especialmente a las funciones que en tales movimientos cumple la ideología. Sobre este punto afirma:

“Denomino a estas funciones coordinación, movilización y legitimación. Coordinación es el papel que juega la ideología en unir una serie de diversos intereses políticos en un solo movimiento, proporcionándoles una unidad de valores y de propósito. Movilización es el papel que juega la ideología en atraer a

³² Ya sea mediante reflexiones teóricas explícitas, son varias las obras que reproducen una lectura “primordialista” de la historia de Palestina. A modo de ejemplo, ver: Johnson, Paul. *La historia de los judíos*. Barcelona: Zeta-Ediciones B, 2010; Gil, Moshe. *A history of Palestine 640-1099*. Nueva York: Cambridge University Press, 1997. Como muestra de un enfoque equivalente desde el campo del nacionalismo palestino ver: Sanbar, Elías. *Figuras del palestino: identidad de los orígenes, identidad del devenir*. Buenos Aires: Canaán, 2012. Especial mención merece la obra de Azar Gat, quien propone una reacción frente a las teorías modernistas sobre la nación y un retorno a abordajes más “tradicionalistas”, siendo el “pueblo israelí” uno de sus ejemplos más importantes para sostener la existencia milenaria de las naciones. Cfr. Gat, Azar. *Nations. The long history and deep roots of political ethnicity and nationalism*. Nueva York: Cambridge University Press, 2013, pp. 89-91.

³³ Reciben este nombre los enfoques sobre las naciones y los nacionalismos que vinculan su surgimiento a la aparición del Estado moderno y el capitalismo, entendiendo las naciones como un constructo político radicalmente nuevo que no guarda continuidades ni hunde sus raíces en comunidades premodernas. Pionero de este tipo de enfoques es Ernest Gellner (Gellner, Ernest, *Naciones y nacionalismo*, Madrid: Alianza, 1988), y algunos de sus exponentes importantes son Benedict Anderson, Eric Hobsbawm y John Breuilly. Cfr. Anderson, Benedict, *Comunidades imaginadas*, México: FCE, 2011; Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Buenos Aires: Crítica 2012; Breuilly, John, *Nacionalismo y estado*, Barcelona: Pomares-Corredor, 1990.

nuevos grupos hacia la política, proporcionándoles objetivos y justificaciones políticas. Legitimación es el papel que juega la ideología en presentar a los extraños una imagen aceptable de un movimiento político.”³⁴

Si se sigue la línea teórica de Breuilly, es preciso considerar la acción de estos movimientos nacionalistas como una forma de fortalecer sus posiciones a través de la movilización de nuevos militantes, su coordinación en pos de objetivos comunes a pesar de sus divergencias internas, pero sobre todo la búsqueda de legitimación en el plano internacional ante las grandes potencias y el nuevo organismo multilateral en construcción, las Naciones Unidas. La presencia institucionalizada de estos movimientos en Uruguay es también una muestra de esa pretensión.

2.1. Dos nacionalismos en pugna: discursos y prácticas

El sionismo tuvo sus antecedentes en la primera mitad del siglo XIX en la obra de algunos intelectuales liberales y las inquietudes de líderes comunitarios, ante lo que algunos de ellos consideraban un fracaso de la asimilación prometida por el liberalismo político y la crisis del Antiguo Régimen en Europa occidental. Tanto los teóricos sionistas como buena parte de la historiografía coinciden en que el salto cualitativo hacia la constitución de un verdadero movimiento político nacionalista, estuvo motivado por algunos hitos en la confirmación de ese fracaso de la asimilación que los sionistas postulaban: los grandes pogroms que siguieron al asesinato del zar Alejandro II (1881-1882) y el caso Dreyfus en Francia (1894).³⁵ No obstante, para algunos autores esto no agota la explicación. Zeev Sternhell concibe la emergencia del sionismo menos como un fenómeno reactivo ante la

³⁴ Breuilly, John. Op. cit., p. 70.

³⁵ Gudrun Krämer distingue dos etapas del sionismo. Una etapa es la del “sionismo práctico” surgida a partir de 1860 y anterior al fracaso de la asimilación de los judíos a las sociedades europeas occidentales denunciada por los sionistas políticos. Esta etapa se caracterizó por la revalorización del idioma hebreo como lengua nacional y el aliento, tímido y desorganizado, a la migración a Palestina o incluso a otros lugares aptos para la colonización. El “sionismo político”, originado en la década de 1890, constituía ya un verdadero movimiento nacionalista, surgido a partir de la prédica de teóricos como Theodor Herzl y Max Nordau, y que reelaboró e incluso creó elementos de identidad cultural, e impulsó instituciones internacionales dedicadas a organizar la emigración y colonización masiva de Palestina por judíos, así como para lograr el reconocimiento internacional de un Estado judío soberano en dicha región. Cfr: Krämer, Gudrun, *Historia de Palestina. Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*, España: Siglo XXI, 2009, cap. 5.

reformulación moderna de la judeofobia y más como parte de un proceso amplio de afianzamiento de formas de “nacionalismo tribal” en Europa del Este, donde las formas de nacionalismo liberal nunca se habían afianzado. Esto explica, para el autor, la preponderancia en el sionismo de un “socialismo nacional” antiliberal y antimarxista.³⁶ Lo cierto es que tras los hitos mencionados, se dieron rápidos avances en la institucionalización y proyección internacional del movimiento sionista, destacándose la obra y militancia de Theodor Herzl,³⁷ la organización de los congresos sionistas, la creación de la Organización Sionista Mundial y del Fondo Nacional Judío para el financiamiento de las migraciones sistemáticas a Palestina.³⁸ Todos estos fueron mojones de lo que se ha dado en llamar “sionismo político”. Durante las primeras décadas del siglo XX, las migraciones organizadas a la Palestina otomana y luego británica –llamadas *aliá*³⁹–, y la creación de instituciones comunitarias en el territorio, se enfrentaron al desafío de homogeneizar una comunidad nacional, que se postulaba en el discurso pero que en los hechos implicaba la convivencia de una población multiforme, con diversas lenguas, orígenes, costumbres y tradiciones.⁴⁰ Este esfuerzo de síntesis se complementó con una intensa diplomacia informal por parte de las instituciones y personalidades sionistas, que contribuyeron a imponer el asunto del “hogar nacional judío” entre las preocupaciones de la política internacional de las potencias europeas. Esas potencias –una vez desintegrado el Imperio Otomano– extendieron su área de dominio directo sobre el Cercano Oriente tras los acuerdos de Sykes-Picot (1916) y la Conferencia de San Remo (1920). En simultáneo, la Declaración Balfour de 1917⁴¹ constituyó una importante victoria

³⁶ Sternhell, Zeev. *Los orígenes de Israel. Las raíces profundas de una realidad conflictiva*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2013, pp. 18-25.

³⁷ Ver: Herzl, Theodor. *El Estado Judío*. Buenos Aires: Organización Sionista Argentina, s/d.

³⁸ El Primer Congreso Sionista se celebró en Basilea en 1897 y dio lugar a la formación de la Organización Sionista Mundial. El Quinto Congreso Sionista de 1901 implicó otro hito de la institucionalización del movimiento, al crearse el Fondo Nacional Judío. Ya en el marco del Mandato británico se dio un nuevo impulso a la institucionalización del movimiento, ya que en 1920 se creó la Histadut (federación de trabajadores, representativa del ala laborista del sionismo, mayoritaria en esa época) y su brazo armado, la organización paramilitar Haganá. En 1923 se creó la Agencia Judía con el objetivo de desarrollar oficialmente una acción diplomática a nivel mundial.

³⁹ Estas migraciones masivas y progresivamente más organizadas a Palestina, vinculadas crecientemente al proyecto nacionalista del sionismo, tuvieron lugar entre finales del siglo XIX y el comienzo de la segunda guerra mundial. La primera se dio a partir de la década de 1880, la segunda a partir de 1904 hasta el estallido de la primera guerra mundial, a la que le siguieron tres oleadas sucesivas durante el período de entreguerras.

⁴⁰ Sobre las tensiones provocadas por esta situación, ver: Krämer, Gudrun. Op. cit., pp. 185-195; Pappé, Ilan, *Historia de la Palestina moderna: un territorio, dos pueblos*, Madrid: Akal, 2007, pp. 87-92 y 133-136. Sobre el carácter fundacional de los nuevos migrantes y su “socialismo nacionalista”, central en la formación de un judío nuevo, en la pretensión de “corregir al hombre”, ver particularmente: Sternhell, Zeev. Op. cit.

⁴¹ Laqueur, Walter (Ed.). *The Israel-Arab reader. A documentary history of the Middle East conflict*. New York:

de esa diplomacia informal sionista, ya que supuso una declaración de apoyo del Foreign Office británico a la constitución de un “hogar judío” en Palestina. Este compromiso se incluyó en el texto que oficializaba, por parte de la Sociedad de Naciones, la concesión del mandato británico en 1922. La historiografía revisionista israelí y palestina, crítica con las interpretaciones nacionalistas predominantes hasta el momento, comenzó a partir de la década de 1990 a estudiar más sistemáticamente esta intersección entre el movimiento nacionalista sionista y la hegemonía de las potencias europeas en el Cercano Oriente en el contexto del colonialismo europeo, como un caso de colonialismo occidental.⁴²

Tras esto, sucesivas comisiones estudiaron el problema de la creación de un Estado judío y de las migraciones de judíos europeos a Palestina, al tiempo que el gobierno británico revisó sucesivamente sus posturas en función del panorama internacional y el devenir de los conflictos en el Cercano Oriente. La Comisión King-Crane, a instancias del presidente Wilson, exhortó en 1919 a modificar el plan prosionista de la Declaración Balfour, al diagnosticar una muy intensa oposición árabe, diagnóstico corroborado por la británica Comisión Palin (1920). De esta revisión surgió el Libro Blanco de 1922, donde el Colonial Office mantuvo en lo esencial las líneas del documento de 1917, pero negó la viabilidad del establecimiento de un hogar judío en toda Palestina, sujetando la inmigración al concepto de “capacidad de absorción” del territorio. El estallido de las rebeliones árabes en 1936 hizo más evidente para la potencia mandataria la incompatibilidad de las aspiraciones de árabes palestinos y judíos, motivando la creación de la Comisión Peel (1937), que propuso oficialmente la partición del territorio. La idea fue rechazada más tarde por la Comisión Woodhead (1938). El Libro Blanco británico de 1939, entendido por los sectores sionistas como una traición a la Declaración Balfour, propuso una transacción: un estado binacional tras la proyectada finalización del Mandato, y en lo inmediato la limitación a 75.000 personas de la inmigración judía durante los siguientes cinco años, así como el control estricto de las transferencias de tierras.

The Citadel Press, 1969; pp. 18-20.

⁴² Cfr. Hilal, Jamil. “Palestine: the last colonial issue”. En: Hilal, Jamil (ed.). *Where now for Palestine? The demise of the two-state solution*. Londres: Zed Books, 2007, pp. 1-29.

El genocidio nazi modificó grandemente el panorama en los años siguientes, acrecentando la presión migratoria y la presión política del movimiento sionista.⁴³ Tras la guerra, el Anglo-American Committee of Inquiry (1946) supuso un mayor involucramiento de los Estados Unidos en el problema palestino, y acabó proponiendo un fideicomiso de las Naciones Unidas y la suspensión del Libro Blanco de 1939, autorizando el ingreso de 100.000 desplazados judíos europeos. El gobierno británico no aceptó lo dispuesto y el Plan Morrison-Grady (1946) introdujo la propuesta de dos provincias con relativa autonomía bajo mandato británico. La búsqueda de un acuerdo entre las comunidades en disputa por el territorio fue infructuosa, fracasando la Conferencia de Londres (1946-1947) creada con ese propósito y acelerando la remisión del problema a las Naciones Unidas.⁴⁴

Paralelamente al ascenso del sionismo como un actor relevante para la política del Cercano Oriente, se desarrolló el complejo proceso de formación de un nacionalismo palestino. Se trató de un devenir nunca lineal ni unívoco, sino complejo y oscilante, mediante el que una identidad nacional palestina se impuso sobre otro tipo de identidades o lealtades colectivas –otomanismo, arabismo, islamismo– con las que durante mucho tiempo estuvo superpuesta o solapada, sin que esto constituyera una contradicción. Esto es un claro indicio de que, si bien el discurso nacionalista postula una identidad suprema y predominante sobre cualquier otra,⁴⁵ la forma en que las sociedades viven sus identidades colectivas es mucho más compleja. Asimismo, la afirmación de una identidad nacional supone disputas políticas nunca absolutamente cerradas y sujetas a la irrupción transformadora de la contingencia.

La historiografía sobre el nacionalismo palestino en las últimas décadas se ha esforzado por desarrollar su campo de estudios, emancipándose de los planteos de la historiografía de inspiración sionista más tradicional y su lectura, que considera dicho nacionalismo como un proceso tardío y reactivo respecto al sionismo.⁴⁶ Para ello esa producción ha analizado la

⁴³ Paul Johnson es muy elocuente acerca de la centralidad del genocidio nazi para la constitución del Estado de Israel. Cfr: Johnson, Pual. Op. cit., pp. 761-762. Otros autores también concuerdan en este punto. Ver, por ejemplo: Fraser, Thomas G. *El conflicto árabe-israelí*. Madrid: Alianza, 2008, pp. 36-43.

⁴⁴ Sobre el desarrollo de estas negociaciones ver: Cohen, Michael J. *Palestine and the great powers 1945-1948*. New Jersey: Princeton University Press, 1982, cap. 9. Las líneas de este estudio se revisaron y profundizaron en: Cohen, Michael. *Britain's hegemony in Palestine and the Middle East, 1917-1956. Changing strategic imperatives*. Londres: Vallentine Mitchell, 2017.

⁴⁵ Cfr. Calhoun, Craig. *Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota, 1997, pp. 82-89.

⁴⁶ Nasser, Issam. "Palestinian nationalism. The difficulties of narrating an ambivalent identity". En: Pappé, Ilan; Hilal, Jamil (eds.). *Across the wall. Narratives of Israeli-Palestinian history*. Nueva York: I. B. Tauris, 2010, pp. 217-234.

formación de movimientos autonomistas e independentistas y su discurso identitario en las últimas décadas del Imperio Otomano, durante la etapa crítica de la primera guerra mundial y tras la afirmación de los mandatos occidentales en el Cercano Oriente.⁴⁷ Rashid Khalidi propone un análisis interesante del devenir del nacionalismo palestino, atendiendo en su período fermental a la tensión entre las élites intelectuales y religiosas incorporadas a la administración otomana, pero resistentes, negociadoras de su autonomía.⁴⁸ La superposición de la identidad palestina con otras identidades posibles, en disputa por un espacio de legitimidad política, signó ese período. Tras esto, la coyuntura 1917-1923 introdujo cambios radicales, por los efectos traumáticos de la guerra y el fracaso sucesivo del otomanismo y el arabismo como afiliaciones alternativas, lo que hizo de la identidad nacional palestina un proyecto político mucho más legitimado que en las décadas anteriores.⁴⁹ El desarrollo del nacionalismo palestino como movimiento político y el éxito de su propuesta identitaria tampoco pueden disociarse del devenir del sionismo, y tampoco del impacto de la inmigración judía y su adquisición de tierras en Palestina. La explosión de las revueltas entre 1936 y 1939 en la región, constituyó una compleja mezcla de reacciones espontáneas signadas por las penurias económicas y la xenofobia, de reacción anticolonialista y movilización nacionalista.⁵⁰

⁴⁷ Aunque difieren en la valoración de los factores que explican el proceso de fortalecimiento de un nacionalismo palestino no panárabe, buena parte de esta historiografía coincide en estudiarlo en relación a su compleja coexistencia con lealtades múltiples en un período de definición política signado por sucesivas crisis (la política represiva del “turquificación” de los jóvenes turcos, la caída del Imperio Otomano, la frustración de la afirmación de la monarquía siria del rey Feisal –luego Feisal I de Irak– y la unificación de la “Gran Siria”). Las principales de estas lealtades fueron el otomanismo, el arabismo que postulaba la unión de Palestina con Siria, y el nacionalismo palestino. El agotamiento sucesivo de las dos primeras al calor de las sucesivas crisis mencionadas, potenció a la última. La debilidad que esta historiografía no ha logrado superar a pesar de pretender hacerlo, es la de un casi exclusivo estudio de la iniciativa política de las diversas generaciones de las élites –mayoritariamente urbanas– palestinas. Si bien es común que los movimientos nacionalistas surjan como iniciativas políticas de las élites, su fortalecimiento depende en buena medida de su capacidad de movilizar sectores más amplios de la sociedad. El hecho de que el movimiento nacionalista palestino haya mostrado debilidades y fracasos en la movilización y coordinación, no exime al estudio de los vínculos establecidos con los sectores subalternos urbanos y rurales. Sobre nacionalismo palestino ver: Hilal, Jamil. “Reflections on contemporary Palestinian history”. En: Pappé, Ilan; Hilal, Jamil (eds.). *Across the wall. Narratives of Israeli-Palestinian history*. Nueva York: I. B. Tauris, 2010, pp. 177-215; Ayyad, Abdelaziz. *Arab nationalism and the Palestinians, 1850-1939*. Jerusalén: PASSIA, 1999; Muslih, Muhammad. *The origins of Palestinian nationalism*. Nueva York: Columbia University Press, 1988.

⁴⁸ Khalidi, Rashid. *La identidad palestina. La reconstrucción de una conciencia nacional moderna*. Buenos Aires: Canaán, 2015, cap. IV.

⁴⁹ *Ibid.*, cap. VII.

⁵⁰ Sobre la “insurrección árabe” ver: Krämer, Gudrun. *Op. cit.*, cap. 12.

El conflicto abierto tras la Segunda Guerra Mundial y cerrado por la catastrófica derrota de los palestinos y sus aliados regionales –conocida entre ellos como la *nakhba*–, supuso un evidente fracaso del movimiento nacionalista palestino, incapaz de arrancar concesiones a Gran Bretaña durante 1936-1939 y derrotado militarmente en 1948. Se vio golpeado por el desplazamiento de la población, el exilio de sus líderes y el éxito del discurso sionista, que explicaba el fracaso palestino por la falta de la cohesión propia de una verdadera nacionalidad. Khalidi argumenta que, paradójicamente, la experiencia común del trauma de la guerra y los campos de refugiados fortaleció la idea de “destino común”, e hizo posible en las décadas siguientes el resurgimiento del movimiento nacionalista bajo el nuevo liderazgo de Fateh.⁵¹

Si atendemos a lo expuesto al principio de este apartado, acerca de la importancia de la legitimación a nivel internacional para los movimientos nacionalistas, es preciso detenerse en la disputa discursiva que éstos desplegaron en el plano diplomático, paralela a su disputa concreta en el territorio. Para ello, es particularmente importante analizar los debates del UNSCOP, donde se sintetizaron los principales argumentos de las partes involucradas.

El sionismo político se autoproclamaba portavoz legítimo de un pueblo que definía de forma difusa, en base a criterios culturales, religiosos y étnicos. Si bien en su seno existían diversas tendencias a menudo en conflicto,⁵² sus representantes ante el UNSCOP y AHC mostraron coincidencia en determinados argumentos básicos para justificar la creación de un Estado judío.

El principal argumento era el derecho ancestral del pueblo judío a la tierra palestina, basado en referencias histórico-étnicas y religiosas, y expresado en un ininterrumpido deseo de retorno.⁵³ Palestina era, en ese discurso, necesaria para redimir al pueblo judío y normalizar su situación en el mundo, tanto como ese pueblo era necesario para redimir Palestina con su trabajo y aporte civilizatorio. El segundo en relevancia lo constituía la

⁵¹ Khalidi, Rashid. Op. cit., p. 194.

⁵² Sobre las disputas internas al sionismo en el período ver: Culla, Joan. *Breve historia del sionismo*. Madrid: Alianza, 2005, pp. 179-197 y 214-218.

⁵³ UNSCOP, Sesión 26, 14 de julio de 1947 (A/AC.13/PV.26) [La denominación entre paréntesis indica la signatura oficial de las actas en el archivo de las Naciones Unidas. Todos los documentos de este tipo fueron consultados en diciembre de 2015 en: documents.un.org; unispal.un.org].

referencia al derecho otorgado por los acuerdos internacionales a partir de la Declaración Balfour de 1917, traicionados, a entender de la Agencia Judía, por el Libro Blanco de 1939. El tercer argumento era la persistencia del antisemitismo en Europa, que hacía necesaria la migración judía a un lugar seguro, a resguardo de las ambiciones de Amin al-Husseini (Gran Muftí de Jerusalén, líder religioso y político árabe palestino), de reputación filonazi. Se establecía así un vínculo crucial entre la cuestión de los desplazados europeos y la cuestión palestina, y se recurría a la presión moral sobre las Naciones Unidas, cuyos miembros estaban mayoritariamente sensibilizados por el genocidio nazi.⁵⁴

Los beneficios civilizatorios y modernizadores llevados a los árabes por los judíos en sus recientes migraciones, funcionaban como otro argumento. Esto presuponía una actitud de superioridad civilizatoria de inspiración occidental.⁵⁵

Finalmente, otro argumento lo constituía la negación del nacionalismo palestino, considerado ficción de una élite que movilizaba a una masa inculta e ingenua, e inspirado por intereses mezquinos y una prédica violenta.⁵⁶ Esto justificaba la posibilidad de una “transferencia” forzosa de los palestinos a otros países árabes, pues se presuponía una identidad nacional común de los primeros con una más amplia nación árabe.⁵⁷

Estas posiciones se radicalizaron tras el XXII Congreso Sionista de diciembre de 1946, en que se reafirmó el liderazgo de David Ben Gurión y Abba Hillel Silver en desmedro de Chaim Weizmann,⁵⁸ cerrando el paso a cualquier solución de compromiso con las autoridades británicas.

⁵⁴ Sobre la naturaleza filonazi del Muftí: UNSCOP, Sesión 31, 6 de agosto de 1947 (A/AC.13/PV.31), p. 24. Se llegó a vincular las revueltas árabes de 1936-1939 con la financiación por parte de las potencias del Eje (Cfr. UNSCOP, Sesión 21, 9 de julio de 1947 (A/AC.13/PV.21), p. 48. En cuanto al necesario vínculo de la cuestión de los desplazados y la creación de un Estado judío en Palestina: UNSCOP, Sesión 16 (A/AC.13/PV.16), 4 de julio de 1947, pp. 25-26.

⁵⁵ UNSCOP, Sesión 16 (A/AC.13/PV.16), 4 de julio de 1947, p. 64; UNSCOP, Sesión 17 (A/AC.13/PV.17), 6 de julio de 1947, p. 8.

⁵⁶ UNSCOP, Sesión 31, 6 de agosto de 1947 (A/AC.13/PV.31), pp. 22-24 y 30-31.

⁵⁷ UNSCOP, Sesión 16 (A/AC.13/PV.16), 4 de julio de 1947, p. 44; UNSCOP, Sesión 31 (A/AC.13/PV.31), 6 de agosto de 1947, p. 32. Sobre el concepto de transferencia en la prédica sionista ver: Masalha, Nur. *Expulsión de los palestinos: el concepto de transferencia en el pensamiento político sionista, 1882-1948*. Buenos Aires: Canaán, 2008.

⁵⁸ Weizmann, Chaim. *A la verdad por el error: Palestina*. Buenos Aires: Santiago Rueda, 1949, pp. 604-605.

Frente a esto, las reivindicaciones palestinas fueron sostenidas por varios actores con intereses diferentes y en algunos casos contradictorios.⁵⁹ El liderazgo palestino estaba en manos del Muftí Husseini, quien desde el primer momento en que el problema se internacionalizó en el contexto de las Naciones Unidas no cejó en su boicot al UNSCOP.⁶⁰ Los representantes de los Estados de la Liga Árabe, por su parte, contaban con una posición internacionalmente más firme, con una legitimidad como actores en el juego diplomático que el Muftí no tenía. Los representantes de esos Estados comparecieron en las últimas sesiones del UNSCOP para sostener las reivindicaciones palestinas,⁶¹ a excepción de Abdullah I, rey de Transjordania, a quien el Comité visitó expresamente.

Los representantes de la Liga Árabe rechazaron la acusación de filonazismo, esgrimida por la Agencia Judía para descalificar a los árabes, y concentraron sus principales argumentos en cuestionar la legitimidad del Mandato para imponer las pretensiones sionistas a los verdaderos dueños del territorio. Rechazaron la Declaración Balfour, y reivindicaron la condición de los palestinos como parte interesada capaz de decidir sobre el futuro del territorio del vencido Imperio Otomano, negada por Gran Bretaña y la Sociedad de Naciones en función del derecho de conquista tras la primera guerra mundial.

Su segundo núcleo argumental recayó en un terreno pseudocientífico, de genealogías y constitución de las “razas”, en pos de negar a los judíos como pueblo y por consiguiente su derecho a la tierra palestina. Criticaban además el terrorismo y la violencia intrínseca en las reivindicaciones sionistas para desacreditarlas.

Sostenían, a su vez, que el Estado árabe que proyectaban, debía tener la potestad de regular la inmigración a su territorio, para salvaguardar los derechos del pueblo palestino, sin que esto supusiera una actitud racista y prometiendo garantías para la minoría judía ya instalada. Agregaban que Palestina no podía sacrificarse para remediar culpas europeas, separando el problema discutido y el de los desplazados judíos.

⁵⁹ Cohen, Michael J. Op. cit., pp. 194-197; Klieman, Aaron. “The Arab States and Palestine”. En: Kedourie, Elie; Haim, Sylvia (eds.). *Zionism and Arabism y Palestine and Israel*. Londres: Frank Cass, 2005, pp. 119-137.

⁶⁰ García Granados, Jorge. Op. cit., p. 50.

⁶¹ Los argumentos que se sintetizarán a continuación fueron expuestos por los representantes de la Liga árabe durante los interrogatorios hechos por los miembros del UNSCOP en las sesiones del 4 de agosto de 1947, transcritos en documentos oficiales de las Naciones Unidas. Cfr. UNSCOP, Sesión 38 (A/AC.13/PV.38), 4 de agosto de 1947; UNSCOP, Sesión 39 (A/AC.13/PV.39), 4 de agosto de 1947.

Rechazaron, por otra parte, los beneficios civilizatorios de la inmigración judía, condenando el desplazamiento de la población árabe. Además, argumentaron la inviabilidad económica de un Estado judío, apoyándose en la idea –ya presente en las evaluaciones de algunas de las comisiones británicas que se habían ocupado del problema palestino– de la capacidad limitada del territorio para la absorción de población.

Señalaron, finalmente, una evidente parcialidad prosionista en varios de los miembros del UNSCOP, entre ellos los delegados de Uruguay y Guatemala.

2.2. Los posicionamientos de las grandes potencias en torno al problema palestino

Es necesario detenerse en el posicionamiento de las potencias que más activamente se involucraron en el problema palestino, dado el poder con que contaban en el concierto internacional y la importancia de sus posturas en el condicionamiento de otros actores menores implicados en el debate.

Gran Bretaña, desde comienzos de 1947 se mostró contraria a la partición del territorio palestino en dos Estados. Los ministros del Foreign Office (Ernest Bevin) y el Colonial Office (Arthur Creech-Jones) siguieron buscando alternativas, intentando llevar a árabes y sionistas a negociar en los términos impuestos por los británicos.

Según varios autores,⁶² las alternativas posibles entre 1946 y 1947 para la solución del problema palestino eran múltiples. En primer lugar existía la posibilidad de la partición (rechazada en general por Gran Bretaña pero con Creech-Jones como su defensor), siendo otras opciones un Estado binacional bajo fideicomiso británico, un Estado federal con autonomías provinciales, un Estado árabe unitario, o bien el mantenimiento del *status quo* mediante la continuidad en la aplicación del Libro Blanco de 1939. Dado el temor a que el rechazo árabe debilitara su posición en el Cercano Oriente, la primera alternativa era considerada poco beneficiosa para los intereses británicos. Las siguientes dos fueron

⁶² Cohen, Michael J. Op. cit.; Lepkin, Fred Lennis. *The British Labour Party and Zionism*. Canadá: Simon Fraser University, 1986; Beckerman-Boys, Carly. *British foreign policy decision-making towards Palestine during the Mandate (1917-1948): a poliheuristic perspective*. Birmingham: University of Birmingham e-theses repository, 2013.

rechazadas por la Agencia Judía, los Estados árabes y los Estados Unidos. La voluntad británica de separar la cuestión de los desplazados europeos del problema palestino se vio frustrada por la presión norteamericana, que buscaba promover la inmigración de 100.000 de esos desplazados.

Los árabes eran afines a las dos últimas posibilidades: preferían un Estado árabe palestino, pero el mantenimiento del *status quo* era considerado aceptable si conservaban las restricciones migratorias impuestas en 1939. Para Gran Bretaña, esto podía dar tiempo para atenuar el peso del problema de los desplazados europeos.⁶³

Gran Bretaña se debatía entre la necesidad de mantener cordiales relaciones con Estados Unidos –deseando involucrarlo en apoyo a sus bases de negociación–, y no hacer peligrar sus vínculos con los países árabes por razones estratégicas.⁶⁴ Las opciones para la potencia mandataria se reducían a imponer una solución sin consensos –negativa desde el punto de vista estratégico y onerosa para sus recursos económicos y militares– o retirarse de Palestina. Finalmente, la idea de encomendar el problema a las Naciones Unidas se impuso entre febrero y abril de 1947. Sin embargo, Gran Bretaña no estaba dispuesta a involucrarse en la aplicación de lo proyectado por el plan de mayoría del UNSCOP, e incluso boicoteó la actividad de ese comité y el AHC.⁶⁵ La decisión de remitir el problema a las Naciones Unidas abrió otra alternativa para Palestina, que contribuía a limitar la capacidad británica de incidir en las decisiones y puede ser leída como un signo de debilidad e impotencia de la corona: la posibilidad de un fideicomiso de las Naciones Unidas que sustituyera el mandato británico sobre el territorio.

En lo que respecta a Estados Unidos, se ha mencionado su creciente involucramiento a partir de su participación en el Anglo-American Committee of Inquiry de 1946, fuertemente relacionada con la necesidad de esa potencia de solucionar el problema de los desplazados judíos en la Europa de la posguerra. Inicialmente, este aspecto condicionó sus consideraciones sobre el problema de la creación de un Estado nacional judío. Hasta el 11 de octubre de 1947, cuando el gobierno norteamericano dio un apoyo oficial inequívoco a la partición, su posición fue dubitativa y muy discutida internamente. Truman se debatía entre

⁶³ Beckerman-Boys. Op. cit., pp. 128-136 y 259-262

⁶⁴ Cohen, Michael J. Op. cit., p. 108.

⁶⁵ Ibid., pp. 265-268.

las presiones del Departamento de Estado (encabezado por Edward Stettinius hasta 1945, luego por James Byrnes, y a partir de 1947 por George Marshall) y del lobby judío sobre su partido, el Demócrata. Ese grupo de presión utilizaba el voto de la comunidad en estados clave como instrumento de presión.⁶⁶ A su vez, el sionismo moderado contaba con la ayuda de dos influyentes asesores prosionistas en la Casa Blanca, David Niles y Max Lowenthal. Por otra parte, desde 1945 el Departamento de Estado insistía en la importancia de los intereses petrolíferos en el Cercano Oriente y su valor estratégico en la posguerra, recomendando no alterar las relaciones con los Estados árabes.⁶⁷ No obstante, las manifestaciones públicas de Truman, a menudo interpretadas como de apoyo al sionismo (especialmente su discurso durante la celebración de Yom Kippur de 1946), contravinieron estas recomendaciones y los esfuerzos británicos por avenir a las partes a sus términos.

Estas indecisiones llevaron a Estados Unidos a no actuar para lograr el triunfo de la propuesta particionista en la votación de la Asamblea General de las Naciones Unidas del 25 de noviembre de 1947. Pero tras esto, Truman decidió un viraje hacia una postura más activa y proselitista, presionando a algunos países para torcer la votación decisiva del 29 de noviembre.⁶⁸ Es posible que el pronunciamiento soviético en favor del plan del UNSCOP condicionara esta decisión. Lo cierto es que esa tardía definición estadounidense es uno de los elementos que hace posible cuestionar una explicación del posicionamiento uruguayo como reflejo o alineamiento con la potencia norteamericana, tal como sostienen Marchesi y Markarian según se refirió en el apartado anterior.

Si se atiende a la Unión Soviética, es preciso destacar que Gran Bretaña y Estados Unidos buscaron excluirla del debate sobre las soluciones del problema palestino en sus primeras etapas, siendo esto uno de los motivos de la inicial renuencia británica a remitir el tema a las Naciones Unidas. No obstante, el papel de la Unión Soviética tuvo una relevancia dada por el propio poder de esa potencia en el contexto de posguerra, tanto como por los vínculos establecidos por el sionismo con el gobierno soviético con el objeto de incrementar su capacidad de negociación.

⁶⁶ Cohen, Michael J. *Truman and Israel*. Los Angeles: California University Press, 1990, p. 165.

⁶⁷ Carta de Edward Stettinius a Harry Truman, 18/4/1945; carta de Joseph Grew a Harry Truman, 6/6/1945. En: www.trumanlibrary.org [consultado en diciembre de 2015].

⁶⁸ Cohen, Michael J. *Palestine and...* Op. cit., pp. 292-300.

El posicionamiento soviético fue variando, al tiempo que se fortalecían los lazos diplomáticos con las organizaciones sionistas durante la guerra y en el contexto de la posterior negociación de las esferas de influencia⁶⁹ con la declinante Gran Bretaña.⁷⁰ Durante las negociaciones anglo-estadounidenses en 1945 y 1946, los soviéticos presionaron para que el problema fuera delegado a las Naciones Unidas,⁷¹ pues un acuerdo bilateral entre aquellos países los excluiría. Conociendo esto, la Agencia Judía intensificó las conversaciones con los diplomáticos del régimen estalinista.⁷²

A comienzos de 1947, la posición soviética aún desvinculaba del conflicto palestino de la situación de los desplazados europeos, y recomendaba un fideicomiso internacional.⁷³ Pero el 14 de mayo, el delegado en la Asamblea General de las Naciones Unidas, Andrei Gromyko, defendió un Estado binacional, y ante su posible inviabilidad, la partición.⁷⁴ El Ministro de Relaciones Exteriores Viacheslav Molotov, en correspondencia secreta, reconoció más tarde que la referencia al Estado binacional había sido meramente táctica.⁷⁵

⁶⁹ La Unión Soviética negociaba dichas esferas de influencia en una dinámica similar a la tradicional realpolitik zarista (Cfr. Pechatnov, Vladimir. "The Soviet Union and the world, 1944-1953". En: Westad, Odd Arne; Leffler, Melvyn (eds.). *The Cambridge History of the Cold War. Volume I: Origins*. New York: Cambridge University Press, 2009, p. 92). Esto coincidía con la actitud británica pero contrastaba con la política estadounidense inspirada en el Informe Kennan.

⁷⁰ Ro'I, Yaacov. *Soviet decision making in practice. The USSR and Israel 1947-1954*. New Jersey: Transaction Publishers, 1980, pp. 15-25. Sobre el papel de la Unión Soviética, ver también: Rucker, Laurent, *Moscow's surprise: the Soviet-Israeli alliance of 1947-1949*, Washington D.C.: Woodrow Wilson Center for Scholars, 2005, (version digital en: wilsoncenter.org) [Consultado: diciembre 2015].

⁷¹ Gorodetsky, Gabriel. "The Soviet Union's role in the creation of the state of Israel". *The Journal of Israeli History*, vol. 22, Issue 1, 2003, pp. 4-20, pp. 13-14.

⁷² Memorándum de N. Goldman en: *Documents on Israeli-Soviet relations, 1941-1953*. London: Frank Cass, 2000, pp. 128-130.

⁷³ Carta de Mikhail Maksimov a S. Nemchinov, 5/3/1947, en: Ibid., pp. 166-168.

⁷⁴ ONU, Asamblea General, Primera Sesión Especial (A/PV.77), 14 de mayo de 1947.

⁷⁵ *Documentos on Israeli-Soviet...* Op. cit., p. 227.

3. El punto de llegada: actuación de la delegación uruguaya en las Naciones Unidas

Es particularmente difícil reconstruir el proceso de elaboración de la posición política de los representantes uruguayos en las Naciones Unidas a través de los documentos disponibles. Los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores dicen más sobre los canales de comunicación y la posible influencia de las instituciones sionistas sobre esa cartera, que sobre los lineamientos políticos de sus diplomáticos en Lake Success. Además, este acervo contiene mayoritariamente documentos posteriores a 1948, año en que la delegación uruguaya había mostrado ya una postura decidida y activa de apoyo a la creación de un estado judío en Palestina. Es posible aventurar la hipótesis de que se priorizaran en varios momentos otros canales de comunicación entre el Poder Ejecutivo y la delegación uruguaya, diferentes de la correspondencia diplomática a través del Ministerio de Relaciones Exteriores. Esto ha sido parcialmente confirmado por otros archivos. Esto guarda relación, como se verá más adelante, con el hecho de que existían en la época importantes problemas para el servicio diplomático, derivados de la falta de organización y profesionalización de las labores del ministerio.

Al decidir la integración del UNSCOP en la Asamblea General de las Naciones Unidas buscó excluir a las grandes potencias y ocupar los lugares con una serie de pequeños países que representaban, sin embargo, las diferentes tendencias dentro de la organización.⁷⁶ Fue así que Uruguay fue designado entre de sus miembros, siendo representado por el batllista Enrique Rodríguez Fabregat, el baldomirista –y riverista en los años treinta– Óscar Secco Ellauri y Edmundo Sisto, ninguno de ellos diplomático profesional. Más allá de las áreas oscuras en torno a las características precisas de las instrucciones dadas a la delegación diplomática, desde un momento temprano del funcionamiento del UNSCOP el posicionamiento uruguayo fue claro. Las preguntas hechas en las audiencias por Rodríguez

⁷⁶ Los países que integraron el UNSCOP fueron Australia, Canadá, Suecia, Holanda, Guatemala, Checoslovaquia, Yugoslavia, Irán, India, Perú y Uruguay. Se buscó, con la exclusión de las grandes potencias, una integración que incluía a países más claramente alineados con Estados Unidos y otros con la Unión Soviética, países integrantes de la Commonwealth británica y otros que, como la India, se encontraban en pleno proceso de descolonización. Se contempló, además, la presencia de Irán como país más afín a la posición de los árabes, siendo claro que otros de los integrantes ostentaban una postura más prosionista. Es preciso destacar, por otra parte, el peso que el bloque latinoamericano tenía en el UNSCOP, algo que indica la importancia que en general tuvo en la etapa formativa de las Naciones Unidas.

Fabregat mostraban por sí mismas una toma de posición, al menos incipiente, de crítica al imperialismo británico⁷⁷ y de afinidad con las posiciones sionistas. En la novena y vigésima sesión unió esfuerzos con el representante guatemalteco García Granados, conformando el que sería un tándem prosionista perdurable. Las memorias del representante guatemalteco – que a diferencia de las de Rodríguez Fabregat fueron editadas íntegramente– han impuesto un relato detallado de sus vicisitudes durante el funcionamiento de la comisión. Con su valoración positiva de la figura del representante uruguayo –con el que García Granados afirma haber forjado amistad–, ha favorecido una interpretación del posicionamiento uruguayo que gira en torno a tres argumentos fácilmente sintetizables: un principismo democrático y compromiso con criterios de justicia en la política internacional que compartían Guatemala y Uruguay; vinculado a esto un incondicional compromiso con la creación de un Estado soberano que consideraban justa reparación para el pueblo judío; y finalmente un componente de sensibilidad humana profunda por parte de García Granados y Rodríguez Fabregat, que explicaba el compromiso y el protagonismo que ambos se arrogaron en el proceso de estudio del problema. Esta explicación, exclusivamente centrada en el principismo y la incondicionalidad debe ser, por lo menos, complejizada.

Lo cierto es que en los hechos, durante la última sesión del UNSCOP, ambos representantes defendieron la visita del comité a los campos de refugiados judíos establecidos por los británicos en Chipre. Esto supone una muestra de afinidad con el discurso sionista, al vincular el asunto de los refugiados europeos con el de la solución del problema palestino, que luego fue fortalecida por la propuesta de visitar los campos de desplazados en Europa. Por esa razón, recibieron duras críticas de los delegados de Irak y la India, que simpatizaban con la postura árabe.

A partir de ese momento la postura filosionista de Rodríguez Fabregat fue más evidente, y sus preguntas a los representantes de la Agencia Judía parecían colaborar con la

⁷⁷ En sus memorias esas críticas son más elocuentes. Un capítulo que exhibe las pruebas de lo que Rodríguez Fabregat entendía como un deliberado incumplimiento de las obligaciones del mandato por Gran Bretaña, culmina con una afirmación contundente: “Sobre la tierra de Palestina, que la Comisión Especial de las Naciones Unidas visitará en breve, se tiende ahora la sombra de las horcas coloniales del Imperio” (Rodríguez Fabregat, Enrique. Op. cit., p. 83). Es preciso destacar que existía en 1947 en las Naciones Unidas las posturas anticolonialistas gozaban de cierta buena reputación, o al menos así lo consignaba Jaime Bayley en sus crónicas referidas a las deliberaciones en dicha organización internacional (Cfr. *El Día*, “El ambiente de Flushing Meadows a través de las impresiones de uno de los delegados uruguayos”, 23/9/1947, p. 5).

necesidad de estos delegados de enfatizar ciertos puntos de su argumentación. A título de ejemplo se puede citar una pregunta: *“The Irrigation and Water Bill. Do you consider this law as restrictive and not creative?”*⁷⁸. En este caso, con un juicio valorativo claro sobre el carácter no creativo de la legislación del Mandato, daba espacio a la denuncia sionista de una ley entendida como racista. Similar fue el caso en la exposición de los argumentos sionistas relativos a su aporte civilizatorio a los árabes. Ya para el momento en que se presentó el plan de partición, en setiembre de 1947, la posición de Uruguay era explícita y clara:

“La creación de un Estado judío será la solución territorial para el problema judío europeo y permitirá reparar, en parte, el terrible perjuicio que bajo la dominación ha sufrido el pueblo judío, el cual sigue expuesto a nuevas injusticias y discriminaciones raciales.”

Es evidente que si el problema de Palestina está directamente ligado con el problema de inmigración, éste por su vez estuvo asistido y está estimulado por dos hechos notorios: el primero, la persecución nazi que costó al pueblo judío de Europa seis millones de vidas sistemáticamente consumidas en las cámaras de gas y los crematorios del régimen; el segundo, la subsistente discriminación antisemita que puede precipitarse en nuevos estallidos de persecución y violencia.

*De ahí la necesidad urgente de dar solución territorial al problema judío. Y de darla fundamentalmente en Palestina. Ya la dió así el Texto del Mandato de 1922 al disponer la creación del Hogar Nacional Judío en Palestina. Y así lo reclaman hoy (...) los judíos de Europa, sobrevivientes de la exterminación nazi, capaces de sobrellevar las más rudas pruebas por los caminos de este nuevo éxodo continental, a fin de alcanzar la tierra que les fuera dos veces prometida: en la promesa de su Dios desde el Monte de la Revelación y en la promesa de las Naciones que redactaron en San Remo, en 1922, las disposiciones del Mandato.”*⁷⁹

Nuevamente se reiteraban algunos lugares comunes de la argumentación sionista: la vinculación del problema de los refugiados europeos con el problema de Palestina y su utilización como elemento legitimador de la partición;⁸⁰ el recurso a la sensibilización humanitaria⁸¹ y a la responsabilidad internacional por la reparación al pueblo judío; y

⁷⁸ UNSCOP, Sesión 24 (A/AC.13/PV.24), 9 de julio de 1947, p. 10.

⁷⁹ UNSCOP, Informe a la Asamblea General. Volumen II (A/364, Add. 1), p. 57.

⁸⁰ Cfr. AHC, Sesión 19 (A/AC.14/SR.19), 21 de octubre de 1947, p. 134.

⁸¹ La sensibilización del propio Rodríguez Fabregat, que buscó transmitir a sus pares en las Naciones Unidas, está elocuentemente atestiguada por el tono emocionado de las líneas que dedica, en uno de los dos capítulos editados de sus inconclusas memorias, a su visita a los campos de refugiados judíos en Europa: “fueron

finalmente la aceptación de la legitimidad del reclamo judío por la restitución de su vínculo milenario con el territorio. Este último elemento es el único que puede considerarse un argumento jurídico, no obstante antecedido por consideraciones morales y valoraciones políticas, que ocuparon un lugar muy relevante en el discurso de Rodríguez Fabregat en el UNSCOP y luego en el AHC.

Es importante destacar que la postura del delegado uruguayo fue siempre de defensa de la legitimidad del Mandato británico, al tiempo que criticaba las pretensiones imperialistas de Gran Bretaña. Esta aparente contradicción se resolvía de esta manera: el Mandato otorgado a Gran Bretaña era legítimo, pero este país no había respetado las condiciones en que le fue concedido,⁸² incurriendo en prácticas imperialistas. Por ello era preciso que el problema fuera resuelto por las Naciones Unidas. De nuevo uniendo fuerzas con García Granados, y oponiéndose a los argumentos árabes, buscaba salvaguardar la legitimidad de las decisiones de un organismo internacional de corta existencia,⁸³ que se enfrentaba, aún sin haber consolidado siquiera sus mecanismos de funcionamiento interno,⁸⁴ a uno de los primeros problemas de entidad en el plano internacional que era depositado en sus manos. Muy cercano en el recuerdo estaba aún el fracaso de la Sociedad de Naciones, y la preocupación por el descrédito del nuevo organismo jugaba un papel muy importante en la toma de posición de algunos de sus miembros. Así, desconocer la legitimidad del Mandato británico era poco razonable, pues ponía en tela de juicio la legitimidad de un ejercicio resolutivo similar por parte de las Naciones Unidas.

aprisionados, secuestrados, tatuados con su número de muerte en los brazos, martirizados, convertidos en humo y ceniza de la hornalla, de las cien hornallas, de las mil infernales hornallas que ardían en Europa para cremar judíos, mientras la cultura, el pensamiento, la economía y los altos negocios continuaban enriqueciendo la flor de la civilización cristiana de un Occidente sin remordimientos” (Fabregat, Enrique. *Sion: rebelión y cumplimiento: dos capítulos del manuscrito inédito de Enrique Fabregat*. Jerusalén: Instituto Cultural Israel-Ibero América, 1992, p. 33). Unía su empatía humanitaria con una idea de culpa de la civilización occidental que se unía lógicamente con la propuesta de una reparación.

⁸² El texto del Mandato la obligaba a alentar la autonomía de las comunidades locales, el surgimiento de instituciones de autogobierno, a beneficiar el desarrollo económico de la región (sobre todo en lo referente a la productividad de la tierra), garantizar el derecho a una educación afín a la cultura y los preceptos religiosos de cada comunidad, proteger la “libertad de conciencia” de sus habitantes. Todas estas cosas no fueron debidamente cumplidas a entender de Rodríguez Fabregat.

⁸³ Cfr. AHC, Sesión 6 (A/AC.14/SR.6), p. 33.

⁸⁴ No debe olvidarse que al mismo tiempo que se discutía el problema de Palestina, los miembros de las Naciones Unidas debatían acaloradamente en torno al derecho de veto de los miembros permanentes del Consejo de Seguridad.

4. El posicionamiento de los sectores políticos uruguayos en torno al problema de Palestina

En un primer acercamiento es posible observar cierto consenso en el espectro político uruguayo en pos de impulsar internacionalmente la creación de un Estado judío. La prensa comenzó a abordar el tema de forma esporádica en los primeros años de la posguerra y su atención se hizo más asidua a partir de 1947.⁸⁵ El hecho de que la prensa fuera en la época una importante formadora de opinión, así como la adscripción de la mayoría de los principales medios a partidos políticos o sectores dentro de éstos, hacen su consulta ineludible si se espera conocer el posicionamiento de las colectividades políticas sobre Palestina y las adhesiones o apoyos que desde sus páginas se podían movilizar. Es preciso advertir que, en muchas ocasiones, los diarios dieron espacio al problema palestino a través de cables de agencias de noticias como Associated Press (AP), Agence France-Press (AFP) o United Press (UP), o bien aportes ensayísticos de periodistas y diarios extranjeros, y mucho menos a través de sus páginas editoriales. Esto hace que la reconstrucción de su opinión editorial sea difícil en algunos casos. *La Tribuna Popular* y *El Debate* se destacan particularmente por seguir esta tendencia.

A la consideración de la prensa es necesario añadir el análisis de las pocas sesiones parlamentarias en que los representantes de los diferentes partidos discutieron el problema.

4.1. Los más firmes aliados del proyecto sionista: batllismo, nacionalismo independiente y socialismo

Entre principales impulsores del posicionamiento prosionista del país se encontraban figuras políticas del batllismo, el nacionalismo independiente y el socialismo. Referentes de

⁸⁵ Se prestó considerable atención al problema de Palestina durante 1947 y 1948, particularmente entre finales de abril de 1947 y los primeros veinte días de mayo (en torno a la formación del UNSCOP), y en noviembre y diciembre del mismo año (coincidiendo con la votación de la Resolución 181 y los disturbios desatados en Palestina tras su aprobación), y finalmente en mayo y junio de 1948 (con la declaratoria de independencia de Israel y los primeros momentos de su guerra con los estados árabes vecinos).

esas colectividades políticas estuvieron representados en las organizaciones prosionistas en una proporción mayor que los de otros sectores. Además, aparecieron en la primera fila de los actos de solidaridad con la causa sionista y entre los firmantes de proclamas y discursos con el mismo objetivo. También en el Parlamento fueron quienes defendieron una postura afín a la creación del Estado judío. Asimismo, los órganos de prensa a través de los que se expresaban adoptaron una postura editorial más claramente comprometida con lo que interpretaban como una aspiración justa.

El nacionalismo independiente expresó su aprobación a la formación de un Estado judío a través de unos pocos editoriales de *El País*, diario que respondía a este sector político, pero también mediante las colaboraciones de periodistas o personalidades políticas extranjeras a las que les dio lugar y reforzaron sus argumentos. En términos generales se mostraba alineado con la insistente defensa de una política exterior uruguaya comprometida con el panamericanismo y con el impulso a las Naciones Unidas, en función del modelo de multilateralismo preconizado para las naciones americanas y consagrado en el Acta de Chapultepec. De esta forma, el principal argumento para defender la partición de Palestina lo constituía el respeto por la intervención pacificadora, racional y meditada de las Naciones Unidas, que debía imponerse a los perniciosos chauvinismos.⁸⁶ Esto fue precedido, desde 1945, por varios editoriales en que *El País* mostró la sensibilidad de los nacionalistas independientes respecto al genocidio nazi en Europa, su solidaridad con los judíos y su compromiso con la necesaria reparación de que se habían hecho merecedores.⁸⁷

El Plata otro órgano representativo del nacionalismo independiente, en uno de los editoriales dedicados al problema palestino, destacó ante todo la valentía de las Naciones Unidas al decidir la partición. Llamó a la “cordura y el buen sentido” para evitar una guerra, y ofreció una expresión de solidaridad con la causa sionista. Además de esto, se puede leer en esa publicación el usual argumento sionista del merecimiento de los judíos de recibir el suelo desértico por ellos fructificado. Finalmente el diario expresó su acuerdo con la solución particionista en estos términos:

⁸⁶ Sobre sus críticas a los sostenedores de perimidas doctrinas de nacionalistas y de soberanía absoluta, ver: *El País*, “Un mito nefando”, 1/9/1948, p. 3; *El País*, “Las soberanías intocables”, 30/9/1948, p. 5.

⁸⁷ *El País*, “Finaliza el Congreso Sionista Latino Americano”, 16/3/1945, p. 5; *El País*, “El mundo se ha estremecido”, 24/4/1945, p. 2; *El País*, “Las cuatro grandes figuras de la conferencia hicieron conocer las ideas, exponiendo además sus pretensiones”, 28/4/1945, p. 2, *El País*, “Seis millones de asesinados”, 17/5/1945, p. 4.

*“El pueblo hebreo tiene el derecho de poseer un puesto bajo el sol, como todos lo demás de la tierra. Era un problema milenario, agudizado en lo que va de este siglo, al que había que darle solución, y lógico era buscarla ubicándolo en su territorio tradicional, donde según la historia y una vieja leyenda religiosa, ellos tuvieron su cuna originaria.”*⁸⁸

Con todo, desde *El País* se contemplaba como posibilidad la prolongación de una etapa de transición bajo mandato de las Naciones Unidas, que debía sustituir a Gran Bretaña “*hasta que los litigantes se avengan*” a la solución particionista.⁸⁹

Por su parte, *El Plata* recogió varias notas escritas por el periodista Walter Lippmann, de apoyo relativamente crítico a la solución particionista, a la que consideraba no obstante inevitable en el contexto del declive de los viejos imperios coloniales. Este periodista asumía una postura pragmática en función de la cual la mejor solución era la que perjudicara menos la paz del Cercano Oriente, sobre todo considerando la posibilidad de que la Unión Soviética buscara explotar la inestabilidad en la región para ampliar su esfera de influencia. De esta manera, la solución particionista se imponía como parte del esfuerzo de contención al comunismo. Se expresaba también desde *El Plata* el reconocimiento a la labor de las Naciones Unidas, su exaltación como entidad supranacional garante de la paz, lugar de la política racional y civilizada frente a la *realpolitik*. Con la guerra fría en ciernes se valoraba su papel para minimizar los focos de tensión: se trataba de un actor clave para evitar exponer las soluciones políticas en esos “*puntos críticos*” del mundo a lo que llamaban el “*toma y dame*” de las dos potencias hegemónicas.⁹⁰ Y dentro de las Naciones Unidas, era sobre las naciones pequeñas como Uruguay, sobre las que recaía buena parte de la responsabilidad de buscar soluciones para estos asuntos conflictivos. Estas apreciaciones se correspondían bastante bien con la opinión sostenida por algunos parlamentarios prosionistas así como por figuras clave del Ejecutivo y el cuerpo diplomático (como se referirá más adelante). A esto es necesario sumar el hecho de que *El País* abonó también una visión negativa del Muftí de Jerusalén, mostrado como líder antisemita y autoritario, a partir de la reproducción de testimonios de un palestino musulmán disidente. Uno de los títulos con que se publicó este testimonio atestigua incluso los prejuicios civilizatorios que formaban parte del repertorio de

⁸⁸ *El Plata*, “Un éxito de las Naciones Unidas”, 2/12/1947, p. 3.

⁸⁹ *El País*, “La encrucijada de Palestina”, 13/10/1947, p. 3.

⁹⁰ *El Plata*, “La decisión sobre Palestina”, 8/12/1947, p. 3. Sobre las posturas véase también: *El Plata*, “Un éxito de las Naciones Unidas. La creación del Estado judío”, 2/12/1947, p. 3.

ideas prosionistas, ya que se condenaban sus “feroces métodos orientales” de ejercicio del poder.⁹¹

En 1948, ante la inminencia de una guerra abierta y la constatación de la voluntad del gobierno estadounidense de dejar de lado el proyecto de partición (resolución 181 de las Naciones Unidas), *El País* dio espacio a la crítica de Eleanor Roosevelt ante esta marcha atrás de la administración Truman. De nuevo la centralidad en la argumentación la ocupó la necesidad de prestigiar a las Naciones Unidas, de fortalecerla con el respeto a sus resoluciones.⁹²

No obstante el temprano apoyo de los nacionalistas independientes a la causa sionista, pueden encontrarse en *El País* valoraciones críticas respecto al terrorismo de organizaciones como el Irgún, así como un explícito distanciamiento de la condena al imperialismo británico, que caracterizaba al discurso sionista y también podía rastrearse en las intervenciones de Rodríguez Fabregat. *El País* creyó preciso hacer puntualizaciones al respecto, condenando el encono de los terroristas judíos contra la administración británica que, en definitiva, había sido la que “*propició y autorizó la instalación de judíos en Palestina, enfrentando para ello innumerables dificultades*”. En buena medida comprendía, si no justificaba, el fusilamiento de los responsables de los atentados.⁹³

Ya avanzado el año 1948, *El País* incluso mostró una visión más amarga del proceso de partición que había apoyado con convicción y que había derivado en una guerra cuya prevención fuera el principal objetivo de las Naciones Unidas. Al respecto se escribía:

“La guerra (...) realizada con impulso fanático entre razas que se odian, que desean aniquilarse, se ha posesionado del oeste asiático, y no se vislumbra cómo ni dónde puede estar su detención.

El conflicto tiene su origen, en la larga porfía de los judíos por obtener el reconocimiento de un estado propio. A sus pretensiones (...) se opone el derecho innegable de los árabes, proveniente de su larga posesión del territorio.

⁹¹ Cfr. *El País*, “El gran Muftí de Jerusalén hace 30 años ya amenazaba con exterminar a los sionistas”, 3/1/1948, p. 1; *El País*, “Con feroces métodos orientales el Muftí eliminó a sus rivales y se adueñó del cargo”, 4/1/1947, p. 1.

⁹² *El País*, “El problema de tierra santa es cuestión de apoyo a la U.N.”, 10/3/1948, p. 1.

⁹³ *El País*, “Algo que requiere puntualizaciones”, 26/4/1947, p. 3.

El árabe no se resigna a ver amputar su territorio, y lo alarma en especial que, si bien al presente, los judíos se muestran conformes con las extensiones que se le adjudicaron (...) [pero] pronto podrían replantear el problema exigiendo 'espacio vital', hasta quizás absorber Palestina íntegramente."⁹⁴

El curso de la guerra y la oportunidad aprovechada por las fuerzas sionistas para apropiarse progresivamente de un territorio mayor al que se le había asignado al Estado judío, explican esta visión desencantada, donde por primera vez se le reconocieron a los palestinos árabes derechos históricos al territorio. Al mismo tiempo se hacía referencia a la intransigencia de la dirigencia sionista, a la que también se responsabilizaba de la guerra. No obstante, lo que permaneció incambiado para el nacionalismo independiente, era la importancia del éxito de un modelo multilateral de organización de las relaciones internacionales y el mantenimiento de la paz. En función de eso valoraron el problema palestino durante todo el período, ese fue su rasero, aunque los juicios sobre las partes implicadas pudieran variar.

En cuanto al diario *El Día*, órgano representativo del batllismo, el abordaje del problema palestino fue mayor. En buena medida el diario batllista compartió apreciaciones y preocupaciones con los órganos del nacionalismo independiente, particularmente en lo que se refiere a la sensibilización con el genocidio nazi en Europa,⁹⁵ y a la importancia de garantizar el éxito de las Naciones Unidas en dirimir los conflictos internacionales, esto es el éxito de su modelo de intervención colectiva.⁹⁶ Desde comienzos de 1947 en que se remitió el problema a las Naciones Unidas y hasta finales de 1948, en que la guerra por Palestina se encontraba en etapas decisivas, el discurso del diario batllista mostró algunas variaciones. Al igual que *El País* las esperanzas depositadas en una salida pacífica y negociada al amparo del nuevo organismo internacional,⁹⁷ fueron dejando espacio a una visión mucho más

⁹⁴ *El País*, "Guerra Santa en Palestina", 16/5/1948, p. 5.

⁹⁵ *El Día*, "Mujeres y niños, algunos agonizantes, hacinados en una sucia barraca del 'Campo de la muerte' de Belsen", 24/4/1945, p. 6; *El Día*, "Relato de un prisionero que salió vivo del infernal campo de concentración de Buchenwald", 4/5/1945, p. 6; *El Día*, "Espeluznante narración de un niño que estuvo internado en el campo de Auschwitz-Birkenau", 5/5/1945, p. 4; *El Día*, "A 6.000.000 judíos masacró el nazismo", 13/5/1945, p. 3.

⁹⁶ Sobre su defensa del modelo de intervención colectiva ver: *El Día*, "Organización mundial", 28/4/1945, p. 3; *El Día*, "Texto completo del discurso pronunciado en San Francisco por el ministro Serrato", 13/5/1945, p. 7; *El Día*, "Discurso pronunciado en la Conferencia de San Francisco por el canciller Serrato", 14/5/1945, p. 7; *El Día*, "Discurso pronunciado en la Conferencia de San Francisco por el canciller Serrato", 15/5/1945, p. 9. En particular, sobre la defensa de la potestad de las Naciones Unidas para resolver el problema palestino, ver: *El Día*, "Lo de Palestina", 30/11/1947, p. 4.

⁹⁷ Cfr. *El Día*, "Palestina en la 'U.N.'", 28/4/1947, p. 4.

escéptica acerca de las posibilidades de pronta resolución de lo que se consideraba una “guerra de razas”.⁹⁸ Con todo, un discurso que pretendía ser ecuánime, apoyando los reclamos sionistas y reconociendo al mismo tiempo el derecho adquirido de los árabes al territorio,⁹⁹ se fue permeando progresivamente de una interpretación del conflicto que atribuía culpas a los árabes por su intransigencia y cuestionaba a sus líderes. Desde editoriales o colaboraciones provenientes del extranjero, *El Día* fue mostrando una creciente consonancia con el discurso sionista, transitando por algunos lugares comunes de la argumentación de la Agencia Judía. De esta forma, se compartió la idea de una justa reparación a los judíos por el genocidio sufrido,¹⁰⁰ y se refirió al aporte civilizatorio de los judíos en Palestina, reforzando la representación de estos últimos como “raza” productiva y de los árabes como un pueblo atrasado.¹⁰¹ Al mismo tiempo, destacó la vinculación del liderazgo palestino con el nazismo¹⁰² y cuestionó duramente su intransigencia¹⁰³ y su falta de representatividad –negando así, en definitiva, el nacionalismo palestino–.

En el Suplemento Dominical de *El Día*, se reiteraron también argumentos sionistas usuales como el de la fructificación del suelo por parte de los judíos y su condición de pueblo adelantado cultural y técnicamente. Esta publicación destaca por contar con información de primera mano y fotografías de la visita del UNSCOP a Palestina.¹⁰⁴

Pero probablemente el elemento más notable de la cobertura de *El Día* lo constituyen las crónicas remitidas desde Estados Unidos por el Dr. Jaime Bayley, uno de los diplomáticos integrantes de la delegación uruguaya ante las Naciones Unidas. Esto le permitió al diario batllista, como a ningún otro, contar con información de primera mano acerca de las deliberaciones y del concreto desarrollo del proceso de toma de decisiones en Lake Success. Bayley se refirió en sus escritos a la existencia de una corriente dentro de la Asamblea

⁹⁸ Cfr. *El Día*, “El Estado judío”, 16/5/1948, p. 4.

⁹⁹ Sobre este punto, un editorial de *El Día* sostenía: “Los judíos se defienden con la historia, mientras que los árabes invocan las realidades seculares que llevaron al país al estado en que actualmente se encuentra. Es evidente que existe razón de las partes, y ahí está el grave conflicto, desde que ninguna de las dos razas quiere aceptar la razón de la otra” (*El Día*, “Palestina en la ‘U.N.’”, 28/4/1947, p. 4).

¹⁰⁰ Cfr. *El Día*, “Lo de Palestina”, 30/11/1947, p. 4.

¹⁰¹ *El Día*, “La Sra. Kluger, miembro de la ‘Haganah’, nos habla de la situación en Palestina”, 9/1/1948, p. 7.

¹⁰² *El Día*, “Silueta biográfica del Gran Muftí de Jerusalem”, 3/1/1948, p. 5.

¹⁰³ Se habló de naciones “en rebeldía” que podían llegar a ser expulsadas de las Naciones Unidas de no aceptar sus resoluciones (*El Día*, “El Estado judío”, 16/5/1948, p. 4).

¹⁰⁴ Cfr. *Suplemento Dominical El Día*, “El Comité de la U.N. en Palestina”, 14/9/1947, pp. 6-7 y “Nuevas tribulaciones de Israel”, 22/2/1948, p. 10.

General que defendía de manera activa (podría decirse militante) la solución particionista. Según el diplomático, Uruguay se encontraba tomando protagonismo en este compromiso, sobre la base de lo que se consideraban criterios de justicia. En esta corriente estaba alineado, entre otros, el delegado uruguayo Rodríguez Fabregat, a quien Bayley le asignaba un papel protagónico:

*“Tenemos mucha fe en la justicia de la causa y en el tesón, capacidad y aplicación fervorosa al asunto, de nuestro delegado permanente en la UN y miembro relator Rodríguez Fabregat, a quien secundan con afán y amor en su justiciero empeño el guatemalteco García Granados, el venezolano Zuloaga y otros prestigiosos delegados.”*¹⁰⁵

Más allá de estas crónicas de Bayley, es preciso señalar que los editoriales de *El Día* reflejaban un apoyo crítico a la causa sionista, en tanto se distanciaban de sus métodos, en particular el terrorismo irgunista.¹⁰⁶

Además del posicionamiento de su prensa, es necesario destacar que tanto el nacionalismo independiente como el batllismo fueron los principales responsables de llevar el asunto de palestina al Parlamento, donde se trató en cámaras y comisiones, aunque la documentación disponible al respecto es exigua. Pocas veces apareció planteado el asunto en las sesiones ordinarias de las cámaras, interviniendo legisladores para dar sus opiniones al respecto. Hubo, además, referencias a su tratamiento dentro de la Comisión de Asuntos Internacionales del Senado, cuyas actas no se labraron o no se conservan. No obstante, esta comisión se expresó sobre el particular cuando ya la posición uruguaya era clara, en respaldo a un Estado de Israel ya constituido. De tal modo, es dudoso que las discusiones parlamentarias tuvieran un efecto importante en las líneas adoptadas por el cuerpo diplomático, aunque sí pueden servir para atestiguar que las mayorías del cuerpo legislativo se encontraban en consonancia con dicha orientación, no existiendo una oposición relevante al curso seguido por la labor diplomática en este aspecto.

¹⁰⁵ *El Día*, “El ansia por terminar la reunión de la UN se trasunta en la febril labor de las comisiones”, 13/11/1947, p. 7. Con todo, es necesario aclarar que los registros de las sesiones del UNSCOP y el AHC permiten sostener que fue García Granados quien tuvo muchas veces una posición más activa, de relativo liderazgo, secundado en muchas ocasiones por Rodríguez Fabregat.

¹⁰⁶ Cfr. *El Día*, “Lo de Palestina”, 30/11/1947, p. 4.

Las primeras manifestaciones parlamentarias acerca del tema luego de que se constituyó el UNSCOP datan del 11 de junio de 1947, cuando el senador (suplente de Gustavo Gallinal) Héctor Payssé Reyes,¹⁰⁷ del Partido Nacional Independiente, felicitó a Rodríguez Fabregat por su posición sobre el problema palestino y destacó que en temas de asuntos exteriores el Parlamento no contaba con mucho más que información recabada a través de la prensa.¹⁰⁸ Por esto, hizo un pedido de informes al Poder Ejecutivo,¹⁰⁹ respondido el 5 de mayo de 1947 (y del cual lamentablemente no se conserva copia).¹¹⁰ Payssé Reyes, jurista, periodista de *El País* y *El Plata*, y miembro de varias organizaciones antifascistas como Acción Antinazi y el Comité Nacional de Ayuda a la República Española, fue un legislador que actuó en varias ocasiones como delegado uruguayo en organismos internacionales y fue, a su vez, probablemente el político más comprometido públicamente con la causa sionista dentro de su partido.

A pesar de la carencia de información oficial que este legislador lamentaba, en mayo de 1948 se dio un intercambio de opiniones entre varios diputados, motivado por la carta que un grupo de ciudadanos ilustres enviara a ambas cámaras, con el objeto de persuadirlas de pronunciarse en solidaridad con el Estado de Israel ante los ataques de los estados árabes limítrofes. Varios de estos ciudadanos formaban parte del CUPP.¹¹¹ Las opiniones vertidas

¹⁰⁷ El compromiso militante de este legislador del nacionalismo independiente con la causa sionista no fue circunstancial, sino continuada, y tras la resolución de la partición lo llevó a ofrecer una calurosa recepción al Moshe Tov, primer representante diplomático israelí que visitó Uruguay, en la que además participó Eduardo Rodríguez Larreta (Cfr. *El País*, “Actividades montevidéanas a través del objetivo”, 1/9/1949, p. 5). Más tarde se le hizo una invitación oficial para visitar Israel, país sobre el que hizo declaraciones muy elogiosas a su regreso (Cfr. *El País*, “Impresiones de una visita a Israel nos formula el doctor Payssé Reyes”, 14/9/1950, p. 5).

¹⁰⁸ Diarios de Sesiones de la Cámara de Senadores (en adelante DSCS), Tomo 185, Sesión del 11/6/1947, p. 395. Es preciso destacar que la postura prosionista de Payssé Reyes supone, a su vez, un respaldo a la línea sostenida por la cancillería uruguaya, que continuaba la línea del también nacionalista independiente, Eduardo Rodríguez Larreta, ministro hasta hacía tan sólo dos meses.

¹⁰⁹ DSCR, tomo 470, Sesión del 15/4/1947, p. 71.

¹¹⁰ DSCR, tomo 470, Sesión del 5/5/1947, p. 259.

¹¹¹ Cfr. Archivo de la Cámara de Representantes, Fondo Comisión de Asuntos Internacionales, Caja 910, f. 1. Entre los firmantes de esta carta se encontraban personas muy importantes dentro de la esfera política y diplomática así como intelectual. Destaca el Ing. José Serrato, ex presidente y presidente de la delegación uruguaya en la Conferencia de San Francisco, donde el diputado Payssé Reyes pronunció por primera vez su apoyo a la causa sionista, y el ya mencionado diplomático Jaime Bailey. Están asimismo representadas diversas agrupaciones políticas, tanto del Partido Colorado (batllistas como Serrato, riveristas como Pedro Manini Ríos, también delegado en Naciones Unidas durante 1947), socialistas (Emilio Frugoni), nacionalistas independientes (Arturo Lussich) y Carlos Quijano, nacionalista disidente y líder de la Agrupación Nacionalista Demócrata Social. También apoyaban los decanos de varias facultades de la Universidad de la República, el vicepresidente del Ateneo de Montevideo, y el presidente del CUPP, el Prof. Carlos Sabat Ercasty (acompañado por otros miembros del comité).

por los diputados reiteraban los argumentos sionistas ya descritos. A los nacionalistas independientes como Adolfo Tejera y Payssé Reyes unió fuerzas el batllista Carbonell y Migal. Payssé Reyes (de nuevo en esa cámara tras su suplencia en el Senado) cerró las argumentaciones con una opinión muy similar a la de Rodríguez Fabregat, recordando el fracaso de la Sociedad de Naciones:

“Bien dicen esos distinguidos ciudadanos de la República en su nota que el hecho que denuncian no sólo compromete la existencia del Estado naciente, sino que compromete algo aún mucho más grande: el esfuerzo realizado por el mundo civilizado al terminar la guerra y estructurarse jurídicamente en la organización de la UN, con los sucesos de Palestina se está poniendo en el filo de la navaja.

Si la UN no es capaz (...) de hacer respetar su resolución, tendremos que decir, con profunda amargura, que la UN, estructura organizada del mundo, se ha suicidado a sí misma.”¹¹²

El peligro del descrédito del nuevo organismo internacional, ya referido en otros discursos políticos o periodísticos, estaba también presente como preocupación de los legisladores, así como el deseo de jerarquizar la labor de las Naciones Unidas y de países como Uruguay en su seno. Esta voluntad de potenciar la importancia diplomática de Uruguay, a través de su protagonismo en esta como en otras discusiones centrales de la política internacional, contraviniendo lo que podría dictar su poco limitado poder real, se encontraba en consonancia con las aspiraciones del Poder Ejecutivo (como se verá más adelante).

Las discusiones en el Parlamento acabaron con la decisión de los diputados de remitir mensajes llamando a la solidaridad con un Israel agredido a los Parlamentos de Argentina, Brasil, Canadá, México, Venezuela, Filipinas, India y El Salvador, según muestran los mensajes de acuse de recibo o respuesta en el archivo correspondiente. La Comisión de Asuntos Internacionales del Senado buscó alentar pronunciamientos análogos pero sin el éxito de la Cámara de Representantes.¹¹³

En el impulso de estas iniciativas, se sumó a las voces de batllistas y nacionalistas independientes también la del diputado socialista José Pedro Cardoso, quien llegó incluso a

¹¹² DSCR, Tomo 474, Sesión del 27/5/1948, p. 273.

¹¹³ Cfr. Archivo de la Cámara de Representantes, Fondo Comisión de Asuntos Internacionales, Caja 910.

hacerse eco de la típica dicotomía del discurso sionista entre judíos civilizados y árabes atrasados, a los que veía guiados por “*antiguos caudillos feudales*”.¹¹⁴ Las opiniones vertidas en la Cámara de Diputados por Cardoso iban en consonancia con las publicadas por la prensa socialista, cuya prédica prosionista fue muy temprana. Ya en 1944 se recordaba el aniversario de la Declaración Balfour y se afirmaba:

“El judaísmo que desempeñó un papel de fundamental importancia en esta guerra, que fue la primera víctima del régimen más bárbaro de todas las épocas, tiene derecho a que no se le olvide en la Conferencia de Paz.

*Es necesario que la Declaración Balfour se transforma en realidad para bien de este sufrido pueblo y para bien de toda la Humanidad.”*¹¹⁵

Eso le valió a Emilio Frugoni, líder del Partido Socialista y director del diario, un caluroso saludo del movimiento sionista por su apoyo a la causa.¹¹⁶ Al año siguiente, en marzo de 1945, *El Sol* dio cobertura al Congreso Sionista Latinoamericano y los actos organizados en Uruguay por la Organización Sionista Femenina, reproduciendo en sus páginas en rasgos generales la argumentación sionista que ya fue sintetizada más arriba.¹¹⁷ Sucesivos editoriales de Frugoni bajo su seudónimo “Espolón” se publicaron en 1947 y 1948, con críticas a la actitud británica en Palestina, una acérrima defensa de la potestad de las Naciones Unidas para resolver el problema y de la justicia de las aspiraciones sionistas.¹¹⁸ Llamaba a las naciones americanas al reconocimiento del Estado judío y compartía, además, la preocupación –ya vista entre batllistas y nacionalistas independientes– por la incapacidad de las Naciones Unidas de hacer efectiva su solución y evitar la guerra.¹¹⁹

El socialista José Pedro Cardoso, quien en el Parlamento aunó fuerzas con el batllista Hugo Fernández Artucio y el nacionalista independiente Héctor Payssé Reyes –entre otros–, integraba también junto con ellos y desde julio de 1944 el CUPP. Como se verá más adelante, este “comité de amigos” de la causa sionista fue pieza importante en el esfuerzo por

¹¹⁴ DSCR, Tomo 474, Sesión del 27/5/1948, p. 274.

¹¹⁵ *El Sol*, “La declaración Balfour”, primera semana de noviembre de 1944, p. 1.

¹¹⁶ Cfr. *El Sol*, “De la Organización Sionista al Dr. Frugoni”, primera semana de noviembre de 1944, p. 7.

¹¹⁷ *El Sol*, “Primer Congreso Sionista Latino-Americano”, segunda semana de marzo de 1945, p. 8; *El Sol*, “Interesante exhibición sobre Palestina”, tercera semana de mayo de 1945, p. 4.

¹¹⁸ Cfr. *El Sol*, “La patria Judía”, 27/9/1947, p. 6; *El Sol*, “La patria judía”, 21/5/1948, p. 1.

¹¹⁹ Cfr. *El Sol*, “La guerra en Palestina”, 4/6/1948, p. 1.

poner el problema de Palestina en la discusión pública y recabar apoyos para las reivindicaciones sionistas, empresa en la que actuó en coordinación con la Agencia Judía.

Un lugar algo más marginal en el debate tuvo el Partido Comunista, que tras varios vaivenes en su posicionamiento frente al problema, impulsó a través de su senadora Julia Arévalo de Roche el envío de la ya citada carta que invitaba a varias repúblicas a dar su apoyo al Estado judío.¹²⁰ No obstante, este posicionamiento comunista fue tardío y su prensa no dio gran cobertura al problema. Con todo, desde el diario comunista *Justicia* en una serie de notas de opinión firmadas por J. L. Massera, entre agosto y septiembre de 1946, puede verse una toma de posición interesante. El análisis de Massera sobre la situación en Palestina identificaba una omnipresencia de las dos grandes potencias imperialistas (Estados Unidos y Gran Bretaña), tejiendo sus intrigas. Por otra parte, se observaba la presencia de agrupaciones políticas elitistas que daban la espalda a sus respectivos pueblos, y acababan siendo ingenuos instrumentos de aquellas potencias (La Liga Árabe,¹²¹ el Muftí de Jerusalén y sus seguidores, las agrupaciones radicales del sionismo y su ala derecha en general). Condenaba, incluso, el colaboracionismo de algunos líderes sionistas como Ben Gurión y Kaplan, y se expresaba contra el plan de partición:

*“La consigna del Estado Judío, por ejemplo, defendida por los sectores más reaccionarios del sionismo –no por el sionismo en su conjunto, que es un conglomerado sumamente heterogéneo, dentro del cual hay fuertes corrientes progresistas–, es una consigna falsa y antidemocrática – la población judía de Palestina es de 600.000, mientras que los árabes son 1.300.000- que provoca una violenta reacción árabe, facilitando la política de “dividir para reinar” de los británicos y proyectos más audaces de división, tales como los planes de partición de Palestina. Así, algunos dirigentes sionistas han llegado a posiciones que lindan con la traición a los intereses de su propio pueblo.”*¹²²

Esta posición varió en 1947, una vez que ya la Unión Soviética se había comprometido en el apoyo a la partición. En octubre, en la sección de internacionales del semanario, se dio

¹²⁰ DSCS, tomo 188, Sesión del 2/6/1948, p. 214.

¹²¹ Sin rodeos, expresaba: “Los representantes de Irak, Egipto y Transjordania en la Liga, son agentes británicos; el de Arabia Saudita responde a los yanquis, y los de Siria y Líbano parcialmente a ambos imperialismos.” (*Justicia*, “Las intrigas belicistas en el Cercano Oriente”, 30/8/1946, p. 2).

¹²² Ídem.

la noticia del retiro británico de Palestina y del citado respaldo soviético al plan de mayoría del UNSCOP, que se justificaba de la siguiente manera:

*“(…) los árabes habían anunciado su decisión de ir a la guerra en contra la cesión de un territorio al pueblo judío. Se nos ocurre que en los preparativos bélicos de los pueblos árabes no está ajena la mano que dirige los consorcios petroleros del Cercano Oriente, dado que una guerra árabe-judía daría a los imperialistas yanquis el motivo para intervenir en nombre de la paz. Esto es lo que ha querido evitar el delegado de la URSS aceptando, en principio, la partición de Palestina.”*¹²³

Durante 1948, y especialmente tras la propuesta de Estados Unidos de retirar el plan de partición en favor de un fideicomiso de las Naciones Unidas,¹²⁴ se volvió a dar espacio editorial al asunto. Se acusaba el deseo estadounidense de heredar la posición imperial británica “*como eslabón de un plan de dominación mundial*”¹²⁵ y en contra de una victoria de los pueblos, y se llamaba, por otra parte, a la unión de judíos y árabes con la Unión Soviética para formar un bloque dentro de las Naciones Unidas. Esto aseguraría la defensa de una independencia que consideraban un hito en el camino hacia la paz y la libertad de los pueblos. Es notable que apenas se mencionaran las contradicciones violentas de las aspiraciones nacionalistas de ambos pueblos, y que aún en mayo de 1948 con la guerra ya en curso, se demostrara cierta confianza en las posibilidades de conciliación entre árabes y judíos, en consonancia con la prédica del Partido Comunista Palestino.¹²⁶ De cualquier modo, tanto el inicial rechazo como el posterior apoyo a la solución particionista, se justificaban de igual manera desde el punto de vista comunista: como posicionamiento estratégico en la lucha contra el imperialismo.

Finalmente, un párrafo aparte merece el semanario *Marcha*, de perfil más independiente, que fue uno de los que más cubrió el tema a través de notas de opinión que

¹²³ *Justicia*, “La semana internacional. Palestina”, 17/10/1947, p. 3. El subrayado es mío.

¹²⁴ Se trata de un proyecto impulsado por el Secretario de Estado George Marshall a partir de marzo de 1948, en el que ante la difícil situación de Palestina, se proponía tal fideicomiso. Para ver el texto del proyecto estadounidense, presentado el 20 de abril de 1948 ver: Asamblea General, Primer Comité, Sesión 2º (A.C.1/277).

¹²⁵ *Justicia*, “La semana internacional. Palestina”, 24/3/1948, p. 3.

¹²⁶ Cfr. *Justicia*, “¡Fuera el imperialismo de Palestina!”, 14/5/1948, p. 3. El Partido Comunista de Palestina (mayoritariamente judío y con poca y desorganizada adhesión árabe) compareció ante el UNSCOP en 1947, defendiendo la convivencia de ambos pueblos en un estado binacional, con la confianza de que la lucha de clases (y la solidaridad proletaria que esto supone) se sobrepusiera sobre los antagonismos nacionales. Cfr. UNSCOP, Sesión 29ª (A/AC.13/PV.29).

reflexionaban sobre el conflicto. Entre julio de 1946 y junio de 1948 trece números hicieron alguna referencia relevante sobre el tema, mucho más que las otras publicaciones consultadas. El semanario buscaba mostrarse como sitio de pluralidad, sin embargo hasta diciembre de 1947, cuando los editores recibieron un comunicado del Comité Árabe pro Defensa de Palestina y lo divulgaron (como se verá más adelante), todo lo publicado siguió una línea claramente prosionista.¹²⁷ Las publicaciones de la primera etapa en *Marcha* –de diversos autores nacionales e internacionales– reiteraron en términos muy similares los argumentos sionistas ya descritos, habiendo incluso dado espacio tiempo antes a una dura semblanza del Gran Muftí en que se destacaban sus vínculos con el nazismo.¹²⁸ Se consideraba que la única alternativa viable para garantizar el “espacio vital” para los judíos, asegurando paz y seguridad en un entorno árabe hostil, era la partición. Dada su función de garante de la justicia, la autodeterminación de los pueblos y la paz mundial, las Naciones Unidas debían actuar a favor de esta solución, pues era su deber moral y lo que mandataba la Carta que daba sentido a su existencia. Por tanto, su destino estaba unido a la solución de este asunto ineludible para la comunidad internacional. En síntesis, se presenta la opción particionista como la decisión en la que se jugaba la viabilidad misma de las Naciones Unidas: no es extraño que uno de esos artículos se titulara “Palestina es la piedra de toque para la U.N.”.¹²⁹

En suma, los posicionamientos consignados hasta aquí demuestran la existencia de un apoyo bastante amplio entre los sectores políticos del país al plan de partición de Palestina y la creación allí de un Estado judío.

Sólo una voz discordante con el discurso mayoritario se oyó en el Parlamento, pero fue ridiculizada, como lo expresa la transcripción taquigráfica de la sesión:

"Los judíos tienen tanto que ver con Israel o Palestina, como yo con los judíos, que no tengo nada que ver."

¹²⁷ Cfr. *Marcha*, “El problema de Palestina”, 5/7/1946, p. 5; *Marcha*, “El Estado bi-nacional, es una solución ideal pero irrealizable”, 3/10/1947, p. 10; *Marcha*, “La Tierra Santa se transforma en el jardín del mundo”, 14/11/1947, p. 4; *Marcha*, “Ellos tenían lágrimas en los ojos pero nosotros deberíamos avergonzarnos”, 21/11/1947, p. 4.

¹²⁸ *Marcha*, “El gran Muftí”, 14/6/1946, p. 1.

¹²⁹ Cfr. *Marcha*, “Palestina es la piedra de toque para la U.N.”, 19/12/1947, p. 4.

Además, poner a los judíos organizados en un Estado, en una nación árabe donde secularmente los judíos han explotado a los árabes, es provocar una guerra y no fomentar la paz.

(No apoyados)

Este problema es un poco ficticio, porque el deseo que tienen los israelitas de ir a Palestina no es de todos ellos: fue planteado en el siglo pasado (...).

*(Hilaridad)*¹³⁰

El orador citado no es otro que el diputado Guillermo Stewart Vargas, miembro del sector herrerista del Partido Nacional y periodista de *El Debate*.

4.2. La postura del herrerismo, de los sectores conservadores del Partido Colorado y la derecha católica

La intervención de Stewart Vargas muestra la dirección en que es necesario indagar para encontrar una recepción menos entusiasta de la causa sionista. No obstante, y aunque se trata de un político e intelectual importante dentro del herrerismo,¹³¹ no es posible tomar sus palabras como una prueba del posicionamiento institucional del sector político en cuyas filas militaba.

Cierto es que el herrerismo fue señalado desde los años treinta y hasta entrados los cincuenta por su filofascismo, siendo esta acusación una importante arma política para sus opositores. Similares críticas se dirigieron a los sectores antibatllistas a la derecha del Partido Colorado, que al igual que el herrerismo constituyeron el sostén del régimen terrista.¹³² Las acusaciones no carecían completamente de sustento, ya que en varias ocasiones personalidades de estas colectividades, así como sus órganos de prensa, manifestaron su

¹³⁰ Diario de Sesiones de la Cámara de Representantes, Tomo 474, Sesión del 27/5/1948, p. 274.

¹³¹ Stewart Vargas puede contarse entre los representantes del revisionismo histórico. Quizá su principal obra sea la dedicada a la figura de Oribe (Stewart Vargas, Guillermo. *Oribe y su significación frente a Rozas y Rivera*. Buenos Aires: s/d, 1958), prologada por Washington Reyes Abadie y Alberto Methol Ferré. En la década de 1930 integró también la comisión redactora de la revista *Estudio* de la Asociación de Profesores de Enseñanza Secundaria y Preparatoria del Uruguay, dirigida por José Claudio Williman.

¹³² Esto se desarrollará con más profundidad en el siguiente capítulo.

simpatía o condescendencia respecto de los regímenes autoritarios de Hitler, Mussolini y Franco.¹³³ Con todo, tal como señala Juan Antonio Oddone, no es exacto considerar a ninguno de estos sectores políticos ni al régimen terrista como expresiones de un fascismo vernáculo.¹³⁴

También es cierto que, ante la evidencia de la persecución sufrida por los judíos en Europa, el herrerismo mostró posiciones ambiguas. La investigación de Miguel Feldman reconstruye estos vaivenes del sector liderado por Luis Alberto de Herrera, que aunque se compadeció de la situación de los judíos en Europa y condenó en algunas ocasiones las medidas adoptadas contra ellos, también reprodujo un discurso signado por prejuicios que podían ser interpretados como antisemitas. Ejemplo de ello es la defensa en 1936, por parte de Eduardo Víctor Haedo¹³⁵ en el Senado, de las leyes de limitación a la inmigración y de la prohibición de publicaciones y transmisiones en idiomas extranjeros, que en la época fue señalada como una medida que apuntaba a desestimular el uso del idish entre los inmigrantes judíos.¹³⁶ Feldman muestra también cómo, durante ese año, *El Debate* reprodujo los sermones judeofóbicos del sacerdote Ignacio Iribarren.¹³⁷ Pero sobre todo el impulso de la “ley de indeseables”, en el que el herrerismo se comprometió fuertemente, tenía como uno de sus objetivos el cierre de las fronteras a una importante corriente migratoria judía sobre la que recaían viejos prejuicios antisemitas, referidos a su poca laboriosidad, su vínculo con

¹³³ Varios autores se han referido a este tipo de manifestaciones. Gerardo Caetano ha pasado revista a las opiniones profascistas de Osvaldo Medina e Ismael Cortinas en su correspondencia con Herrera a finales de los años veinte (Caetano, Gerardo. “Las resonancias del primer fascismo en Uruguay (1922-1939/30)”. *Revista de la Biblioteca Nacional*, n° 25, 1987, pp. 101-137, pp. 120-121). Magdalena Caomu, por su parte, ha destacado la ambigüedad del herrerismo y su prensa respecto al problema de la inmigración judía y a su persecución en Europa (Camou, María Magdalena. *Los vaivenes de la política exterior uruguaya ante la pugna de las potencias. Las relaciones con el Tercer Reich (1933-1942)*. Montevideo: FCU, 1990, pp. 32-33 y 36-37).

¹³⁴ Sobre este punto ver: Oddone, Juan Antonio. *Uruguay entre la depresión...* Op. cit., pp. 150-155. El autor es elocuente al afirmar que “[o]bviamente no hay un proyecto fascista de gobierno entre 1933 y 1938, por más que numerosos dirigentes políticos de entonces pueden ser señalados por tales simpatías, auténticas o pragmáticas, por más que algunas adhesiones o inclinaciones sean lo bastante expresivas” (Ibid., pp. 152-153).

¹³⁵ Es preciso señalar que en 1954 Haedo fue objeto de una investigación por la Comisión de Actividades Antinacionales por denuncias que señalaban sus vínculos con altos cargos nazis en Argentina. Los informes la comisión y los debates en torno a ellos pueden consultarse en: DSCR, tomo 499, sesiones del 7 y 8 de setiembre, 9 de setiembre y 15 de setiembre, pp. 60-199, 244-265 y 386-390.

¹³⁶ Cfr. Feldman, Miguel. “El antisemitismo en Uruguay durante los años treinta”. En: Aldrichi, Clara et al. *Antisemitismo en Uruguay. Raíces, discursos, imágenes (1870-1940)*. Montevideo: Trilce, 2000, pp. 9-30, p. 13; Feldman, Miguel. *Tiempos difíciles. Inmigrantes judíos en Uruguay 1933-1945*. Montevideo: Udelar-FHCE, Departamento de publicaciones, 2001, pp. 95 y 109.

¹³⁷ Ibid., p. 108.

el “ambulantismo” y la agitación política, sus dudosas virtudes morales.¹³⁸ Si bien la cautela de *El Debate* mayormente evitó la individualización de los judíos como núcleo del problema, las referencias a ellos fueron reiteradas en la discusión parlamentaria de la ley.¹³⁹ Menos cautela observaron las publicaciones abiertamente antisemitas que vieron la luz tanto en el período terrista como durante la administración de Baldomir. Como muestra Clara Aldrighi, entre quienes publicitaban en el periódico abiertamente antisemita *El Orden*, y por tanto sostenían su publicación, se encontraban figuras estrechamente vinculadas al herrerismo, como Martín Echegoyen y Carlos María Penadés.¹⁴⁰ Otro semanario antisemita y filonazi, *Audacia*, era dirigido por un militante herrerista, Aníbal Alzaga.¹⁴¹

A estos antecedentes ha de sumarse la dura oposición del herrerismo al intervencionismo de los organismos multilaterales hegemonizado por las grandes potencias –considerados instrumentos de su política imperialista–, que era justamente lo que se preconizaba para resolver el problema de Palestina. Si a eso se añade la posibilidad de que el apoyo a la causa sionista pudiera resentir el vínculo de Uruguay con Gran Bretaña, que el herrerismo deseaba preservar, puede imaginarse como esperable una al menos fría recepción de las demandas sionistas por parte de ese sector político. Incluso, se podría suponer que entre sus filas era factible encontrar un aliado potencial para los defensores de la postura árabe. Este había sido el camino transitado por los sectores revisionistas representados en el gobierno peronista, con los cuales el herrerismo guardaba importantes afinidades. Desde el punto de vista opuesto, para los defensores de la causa sionista el herrerismo no era visto como un aliado potencial, sino que por el contrario movilizaba una serie de prejuicios negativos, dada las acusaciones de filofascismo que recaían sobre el sector. A tal punto era así que en octubre de 1946 *El Debate* creyó necesario publicar una respuesta “a varios israelitas”, donde buscaba dejar claro, ante la aparición de acusaciones públicas, “*que en el herrerismo nunca se planteó la lucha de razas*” y que repudiaban las persecuciones fundadas en tales motivos.¹⁴²

¹³⁸ Ibid., pp. 151-163.

¹³⁹ Sobre la ambigüedad de *El Debate* ver también: Aldrighi, Clara. “La ideología antisemita en Uruguay. Su contexto católico y conservador (1870-1940)”. En: Aldrighi, Clara et. al. Op. cit., pp. 171-172.

¹⁴⁰ Ibid., p. 213.

¹⁴¹ Así lo identifica Alfredo Alpini en: Alpini, Alfredo. *La derecha política en Uruguay en la era del fascismo, 1930-1940*. Montevideo: FCU, 2015, p. 21.

¹⁴² *El Debate*, “A varios israelitas”, 20/10/1946, p. 3.

No obstante lo dicho, la oposición de Stewart Vargas a la partición de Palestina no encontró gran eco entre las principales figuras de su partido, o al menos éste no se hizo público. Entre los pocos editoriales que *El Debate* dedicó al problema palestino, destacan llamativamente algunos en los que incluso se valoraba positivamente la creación de un Estado judío. En el contexto de una breve nota que celebraba las luchas independentistas de los territorios coloniales del mundo, se destacó que “*el drama culmina en el caso de los judíos, a los que ayer se les adjudicara una patria –la milenaria de sus mayores–*”, en contraste con otras luchas frustradas.¹⁴³ En mayo de 1948, tras la proclamación del Estado de Israel, otro editorial lamentó los siglos de diáspora y las persecuciones de que fue objeto ese “*pueblo sufrido*”, para luego concluir:

*“Cualesquiera sean las diferencias y los antagonismos, no habrá nación independiente que no salude con alegría el advenimiento de un nuevo Estado, que sobre [sic] en esta época convulsionada por los imperialismos, el sagrado principio de la libre determinación, constituye la culminación de una empresa por la cual se sacrificaron centenares de generaciones.”*¹⁴⁴

A diferencia del tono en que este apoyo fue dado por la prensa del nacionalismo independiente, el batllismo y el socialismo, fuertemente comprometidos con la causa sionista específicamente, el respaldo exhibido por el herrerismo se sustentaba en el hecho de que la aparición del nuevo Estado constituía la materialización de un principio universal. Se celebraba la creación de un Estado judío en función de su nacionalismo doctrinario.

Más allá de esto, *El Debate* mostraba en el abordaje del problema otras diferencias notables respecto de los órganos más arriba examinados. A diferencia de la defensa casi sin fisuras del sionismo en otros diarios, el órgano herrerista –además de condenar, como todos, el terrorismo sionista–,¹⁴⁵ dio espacio en sus páginas tanto a remitidos de instituciones y personalidades de la comunidad judía uruguaya, como a colaboraciones que reproducían argumentos contrarios a las pretensiones sionistas. Si se observa esto en el tiempo, puede apreciarse que la publicación de artículos afines al sionismo fue ganando mayores espacios hacia la segunda mitad de 1947, coincidiendo con el fortalecimiento de esa posición en el

¹⁴³ *El Debate*, “La ‘Carta del Atlántico’ y su sarcasmo”, 20/7/1947, p. 1.

¹⁴⁴ *El Debate*, “Un nuevo Estado judío consagra el principio de la libre determinación de los pueblos”, 16/5/1948, p. 1.

¹⁴⁵ *El Debate*, “El problema de Palestina en la U.N.”, 8/5/1947, p. 3.

concierto internacional. Durante los años anteriores predominó la publicación de aquellas visiones críticas al sionismo, entre las que se contaba la del general británico Spears, quien afirmaba que “[l]os *elementos fanáticos que se encuentran entre los sionistas continuarán siendo violentamente anti-británicos y el Estado judío sería una fuente de agitación permanente y constituiría el mayor obstáculo para el desarrollo de la unidad árabe, que estimo esencial para el progreso y la estabilidad en esas regiones vitales*”¹⁴⁶. En marzo de 1947 se publicó también una serie de notas del escritor egipcio Georges Chalaby en que se exponía “el punto de vista árabe” sobre el problema palestino, y en las que el autor se explayaba sobre los conocidos argumentos con que se reivindicaban los derechos de los palestinos a la tierra.¹⁴⁷ También es digno de destaque el hecho de que en las páginas del diario se le diera lugar a una entrevista al Muftí Husseini (recogida de la prensa internacional), en la que exponía sus argumentos contra el sionismo, volviendo también sobre algunos lugares comunes del discurso árabe ya analizado.¹⁴⁸ Todavía en mayo, un editorial de *El Debate* afirmaba que un elemento que coadyuvaba al enrarecimiento del clima político en Palestina era la complicidad del pueblo judío con los grupos extremistas en su seno. Luego se destacaba la “coincidencia” entre el hecho de que las Naciones Unidas sesionaran en Nueva York, y que esa ciudad fuera “*la capital espiritual y oficial del mundo judío*”. Esto, dada la presión que podían ejercer los judíos allí, hacía que la decisión del organismo internacional pudiera tener “*derivaciones insospechadas*”. Tal capacidad de presión de la comunidad judía neoyorkina se debía, a entender del editorialista, a que “*en sus manos está la mayor parte del comercio, la industria pesada y la propiedad raíz*”, logrando convertir esto en influencia política. Incluso se sugería que los judíos podrían no acatar los resultados de las negociaciones con Gran Bretaña y la decisión de las Naciones Unidas, ya que desde la misma Agencia Judía “*no (...) descartan las posibilidades de defender la tesis extremista del movimiento en el caso de no lograr en la U.N. plena satisfacción a sus demandas autonomistas*”.¹⁴⁹

Más tarde la presencia de estos alegatos proárabes dejó paso a la publicación de artículos prosionistas como los de Eugenio Horvath, miembro de la comunidad judía

¹⁴⁶ *El Debate*, “Grave peligro se prevé para la Palestina”, 31/1/1946, p. 1.

¹⁴⁷ Ver la serie: *El Debate*, “El problema de Palestina desde el punto de vista árabe”, 17 al 19/3/1947, p. 4.

¹⁴⁸ *El Debate*, “El Gran Muftí habló sobre el problema judío, en Palestina”, 15/4/1947, p. 2.

¹⁴⁹ *El Debate*, “El problema de Palestina en la U.N.”, 8/5/1947, p. 3.

uruguay, en que se abonaba el estereotipo de los judíos laboriosos que fructificaran la tierra palestina, en contraste con los árabes rústicos. Asimismo, reproducía la visión simplificadora de una élite árabe explotadora, que arrastraba a masas incultas en una lucha nacionalista que no les era propia.¹⁵⁰

La ambigüedad exhibida por *El Debate* se podía constatar también en la actuación de los legisladores herreristas. Si bien Stewart Vargas cuestionó la creación de un Estado judío en Palestina, también es preciso señalar que uno de los primeros en alzar su voz en apoyo a la causa sionista fue el también herrerista José Olivera Ubíos, quien el 22 de julio de 1946 intervino con una expresión de solidaridad y elevando el tema a la Comisión de Asuntos Internacionales de la Cámara de Representantes. En esa ocasión hizo referencia a la necesaria empatía para con “*los integrantes de otra tierra chica*”.¹⁵¹ Mientras el nacionalista independiente Payssé Reyes fue gran responsable de la introducción del tema en el Senado, en la Cámara de Representantes fue el diputado Olivera Ubíos quien inició una defensa de la causa sionista, reiterando incluso la idea del pueblo laborioso en la tierra desierta y su necesidad de espacio vital.¹⁵² El 27 de mayo de 1948 un proyecto de resolución de la Cámara de Representantes, mediante el que se saludaba la creación del Estado de Israel, también llevaba la firma de una diputada herrerista, Zulma Soto Freire de Otamendi¹⁵³ —esposa de José Otamendi, quien fuera ministro de Instrucción Pública durante el terrismo y candidato herrerista a la Intendencia de Montevideo en 1946—.

Años después, en enero de 1951, con el Estado de Israel ya constituido y en proceso de consolidación, y con la dura situación de los judíos desplazados en Europa más lejana, *El Debate* llevó adelante una dura prédica contra la intervención de la colectividad judía en las elecciones uruguayas. El diario se hizo eco de una proclama del Directorio del Partido Nacional en la que la acusación principal iba destinada al batllismo, al que se atribuía el “regimentar” a una organizada y homogénea colectividad extranjera para decidir las elecciones de 1950 en su favor. El lenguaje utilizado era duro: se hablaba de un escándalo,

¹⁵⁰ *El Debate*, “El problema de Palestina”, 15/4/1948, p. 2; *El Debate*, “Judíos y árabes y la política inglesa”, 16/4/1948, p. 2.

¹⁵¹ Diarios de Sesiones de la Cámara de Representantes (en adelante DSCR), Sesión del 22/7/1946, tomo 467, p. 94. *El Debate* dio publicidad a esa intervención: *El Debate*, “¡La Tierra de Israel para los hebreos!””, 26/7/1946, p. 5; *El Debate*, “La tierra de Israel para los israelitas”, 5/10/1946, p. 5.

¹⁵² DSCR, Sesión del 27/5/1948, p. 273.

¹⁵³ Ídem.

de “perfidia”, de una “confabulación” en la que se señalaba a Rodríguez Fabregat como principal instigador.¹⁵⁴ Se aducía que este era el precio de la votación uruguaya en las Naciones Unidas en 1947, acusando al batllismo de extorsión.¹⁵⁵ Lo notable de esta virulenta prédica que se prolongó durante todo un mes, es la negación de los judíos como parte integrante de la nación tal como la concebían los herreristas, que se traducía en la insistente distinción entre ciudadanos naturales y ciudadanos legales mandatados por organizaciones extranjeras.¹⁵⁶ Estos argumentos, que recuerdan a la prédica antiinmigratoria de los años treinta e incluso recurrían al estereotipo conspirativo de los judíos financistas que actuaban en las sombras,¹⁵⁷ pretendían probar la ilegitimidad de una elección decidida por individuos que el herrerismo excluía de su idea esencialista de la nación. Es posible identificar en esta dura y prolongada prédica rastros de antisemitismo, aunque *El Debate* buscara adjudicárselo a los batllistas quincistas por su “coacción espiritual” hacia los judíos.¹⁵⁸

La constatación de esta actitud permite sospechar que, dentro del espectro político uruguayo, era entre los herreristas donde se podrían haber encontrado los posicionamientos de menos consonancia con las demandas sionistas, e incluso posibles afinidades con las posturas proárabes. Sin embargo, como se ha visto, no hubo una actitud antisionista de parte de este sector en la coyuntura crítica de 1947-1948.

.....

¹⁵⁴ *El Debate*, “La regimentación de colonias extranjeras”, 3/1/1951, p. 3; *El Debate*, “El oficialismo no puede demostrar que no hubo votos extranjeros regimentados”, 6/1/1951, p. 3; *El Debate*, “Piezas de la maniobra de captación de los sionistas”, 16/1/1951, p. 3.

¹⁵⁵ *El Debate*, “Promesas diplomáticas y veladas amenazas para obtener votos extranjeros”, 7/1/1951, p. 7. Se agregaron incluso acusaciones de maniobras extorsivas, de “terrorismo” de representantes de la Haganá en Uruguay (*El Debate*, “Gravísimas denuncias”, 27/1/1951, p. 3; *El Debate*, “La 'lista negra' de la Haganá”, 28/1/1951, p. 3; *El Debate*, “¿Quiénes dirigen el terrorismo?”, 30/1/1951, p. 3), que fueron llevadas a la justicia por un abogado herrerista que, en correspondencia privada con Herrera, consideraba a la Haganá un grupo peligroso, “revolucionario y disgregante”, que amenazaba la soberanía nacional, y que felicitaba al líder partidario por su cerrada defensa de la orientalidad (Carta de Guido Gazzano Maiorana a Luis Alberto de Herrera, 20 de agosto de 1951, Museo Histórico Nacional-Archivo Luis Alberto de Herrera, Tomo 3682, foja 60).

¹⁵⁶ *El Debate*, “Un testimonio de la 'regimentación’”, 6/1/1951, p. 3.

¹⁵⁷ *El Debate*, “El oficialismo apeló a una colonia extranjera para decidir la elección”, 8/1/1951, p. 3.

¹⁵⁸ *El Debate*, “La coacción a los israelitas es una forma peligrosa de antisemitismo”, 10/1/1951, p. 3; *El Debate*, “Hoy los explotan políticamente; mañana los perseguirán”, 11/1/1951, p. 3.

Así como el herrerismo había sido, y era aún en 1947-1948, considerado filofascista y señalado por sus presuntos prejuicios antisemitas, algo similar sucedía con los sectores situados a la derecha del Partido Colorado, antibatllistas que habían apoyado el gobierno terrista¹⁵⁹ y que, a pesar de –y en buena medida gracias a– haberse reinventado políticamente, conservaban un espacio importante dentro del partido de gobierno y tenían como tribuna de sus ideas al diario de inspiración riverista *La Mañana*. Este órgano y *El Diario*, publicado por la misma empresa editora que *La Mañana*, habían manifestado también sus simpatías por los regímenes fascistas en los años treinta, llevando adelante una campaña muy activa en favor de la “ley de indeseables”, en la que se aludía directamente a los judíos.¹⁶⁰

Si el herrerismo mantuvo frente a Palestina en 1947-1948 la misma ambigüedad que frente al “problema judío” en los años treinta y tempranos cuarenta, el riverismo parece haber secundado a la mayoría del Partido Colorado en su alineación con la defensa de la causa sionista. Las publicaciones de *La Mañana* se caracterizaron ante todo por editorializar mucho más en torno a asuntos de política internacional y por dar una cobertura que otros diarios no dieron a la acción del movimiento sionista en Latinoamérica desde 1944.¹⁶¹ La sección internacional justificó su interés por el problema de Palestina por el hecho de constituir una encrucijada estratégica en las pugnas entre las grandes potencias,¹⁶² y se caracterizó por tener una postura bastante pesimista sobre la relación del conflicto en Palestina con esas tensiones. Se afirmaba allí que el apoyo de la Unión Soviética a la partición, su presión en pos del retiro de Gran Bretaña y su deseo de injerencia a través de las Naciones Unidas, obedecían a aspiraciones hegemónicas sobre el Cercano Oriente. Esto lo reflejaba tanto los editoriales como en la sección de humor gráfico, donde apareció una caricatura en la que se mostraba a Stalin vestido como un pescador, sonriente, regodeándose, con la inscripción “*Je, je, je... a río revuelto, ganancia de pescadores*”.¹⁶³ En las múltiples ocasiones en que se dedicó espacio

¹⁵⁹ Las simpatías con los fascismos que estos sectores manifestaban, databan ya de la segunda mitad de la década de 1920, como prueba la investigación de Gerardo Caetano (Cfr. Caetano, Gerardo. “Las resonancias...”. Op. cit., pp. 121-124).

¹⁶⁰

¹⁶¹ Entre enero de 1946 y junio de 1948 se han contabilizado al menos cincuenta editoriales que reflexionaban sobre el problema palestino. Por otra parte, *La Mañana* fue, el diario montevideano que dio más amplia cobertura al Primer Congreso Sudamericano de La Nueva Organización Sionista en marzo de 1944, cobertura que reiteró al celebrarse el Primer Congreso Sionista Latinoamericano de marzo de 1945.

¹⁶² *La Mañana*, “La cuestión de Palestina y el plan de Truman”, 6/10/1946, p. 5; *La Mañana*, “El problema de Palestina ante la UN”, 27/4/1947, p. 3.

¹⁶³ *La Mañana*, “Al margen del drama de Palestina”, 6/12/1947, p. 3.

al asunto en la sección de política internacional, se intentó presentar análisis desapasionados del problema, sin que fuera muy claro un posicionamiento al respecto, más allá del deseo de que se mantuviera la paz. Asimismo, al igual que lo hecho por *El Debate*, se dio espacio tanto a los argumentos árabes como sionistas, dejando hablar a los militantes de ambos bandos a través de sus crónicas y entrevistas.¹⁶⁴

Pero a su vez, *La Mañana* tenía una postura decididamente prosionista, que se expresaba con particular énfasis en la reiteración de uno de los lugares comunes del discurso sionista: la contraposición de una civilización adelantada, factor de progreso, frente a otra civilización atrasada y violenta. Compartía también, con buena parte de los diarios reseñados hasta aquí, la exaltación y el compromiso con la labor de las Naciones Unidas, en términos similares a los ya referidos.¹⁶⁵ Insistía en el hecho de que se jugaba el prestigio de la institución en la resolución del problema.¹⁶⁶

En el ámbito parlamentario los representantes del riverismo no jugaron el papel destacado de los batllistas o nacionalistas independientes en defensa de la causa sionista. Sin embargo, es notable que entre los firmantes de la carta de ciudadanos notables a las cámaras en defensa del Estado judío –ya referida en el apartado anterior–, se encontraba un destacado político de este sector como era Pedro Manini Ríos. Por otra parte, en las primeras manifestaciones de adhesión de políticos uruguayos a la causa sionista en 1944, se contaba el riverista Cyro Giambruno (como se verá más adelante), y el ya mencionado CUPP fue integrado por los baldomiristas Tomás de la Fuente y Hugo Ricaldoni. Este último, junto al riverista Carlos Mora Otero, fue firmante del proyecto de resolución de la Cámara de Representantes –antes referido–, que el 27 de mayo de 1948 saludaba la constitución del Estado de Israel.

¹⁶⁴ En algunas ocasiones se dio lugar a los argumentos proábraes (*La Mañana*, “La lucha árabe”, 29/5/1947, p. 1; *La Mañana*, “El informe de la Comisión Especial sobre Palestina”, 2/9/1947, p. 3), mientras que en otras se dio espacio a las reivindicaciones sionistas (*La Mañana*, “Los árabes y judíos no están de acuerdo sobre su posición”, 30/5/1947, p. 1; *La Mañana*, “Llegó el Presidente del Congreso Judío Mundial”, 4/7/1947, p. 4), predominando los conceptos elogiosos para con los gobernantes del nuevo Estado judío una vez que éste fue proclamado (*La Mañana*, “El cuadro que rodea al nuevo Estado de Israel”, 16/5/1948, p. 3; *La Mañana*, “Chaim Weizmann, presidente del Estado judío”, 18/5/1948, p. 3).

¹⁶⁵ *La Mañana*, “El problema de Palestina ante la UN”, 27/4/1947, p. 3.

¹⁶⁶ *La Mañana*, “La decisión de la UN sobre Palestina”, 26/5/1948, p. 3.

Un párrafo aparte merece la prensa católica. Entre ella *La Tribuna Popular* es considerada por Migel Feldman como “el campeón del antijudaísmo en la década de los treinta”,¹⁶⁷ algo ampliamente ratificado por la investigación de Clara Aldrighi.¹⁶⁸ En cuanto a *El Bien Público*, esta autora observa ya para los años treinta una moderación de las expresiones antisemitas que la publicación había tenido en el pasado.¹⁶⁹ De hecho, diputados de la Unión Cívica, partido cuya línea expresaba este último diario, secundaron las iniciativas prosionistas: Salvador García Pintos firmó el ya citado proyecto de resolución de mayo de 1948, mientras que Tomás Brena se contaba entre los miembros del CUPP.

El Bien Público dio publicidad a la carta dirigida por el Comité Central Israelita del Uruguay (CCIU) al Ministro de Relaciones Exteriores Mateo Marques Castro, solicitando apoyo a la partición en las Naciones Unidas,¹⁷⁰ informó sobre las argumentaciones de Rodríguez Fabregat,¹⁷¹ y cubrió la conferencia en el Jockey Club del retornado miembro de la delegación en el UNSCOP, Secco Ellauri.¹⁷² Asimismo hizo referencia a la amistad entre católicos y judíos, y a la solidaridad de los primeros con los segundos en tiempos difíciles, especialmente durante el régimen nazi.¹⁷³ No obstante, no hizo un pronunciamiento claro en torno a las reivindicaciones sionistas. Una vez consumada la partición e iniciada la guerra, sí lamentó amargamente que en la evaluación del problema se desatendiera por parte de Occidente la relevancia que, para la “civilización cristiana”, tenía la Tierra Santa. Se advertía, además, sobre la reacción antioccidental desatada en la región y materializada en la Liga Árabe.¹⁷⁴ Finalmente, se concluía:

“El problema de Palestina está tratado como una cuestión de vulgaridad total, porque se ha descuidado estos aspectos [espirituales vinculados al cristianismo]. El mundo cristiano olvida que tiene allí fuentes de inspiración. Si lo hubiera recordado, su presencia con su claro título hubiera sido suficiente para no llegar a esta guerra y para haber

¹⁶⁷ Feldman, Miguel. Op. cit., p. 91.

¹⁶⁸ Aldrighi, Clara. Op. cit.

¹⁶⁹ Ibid., pp. 196-204.

¹⁷⁰ *El Bien Público*, “Los israelitas del Uruguay piden al gobierno que apoye las propuestas de la Comisión Investigadora de la U.N.”, 24/9/1947, pp. 2-3.

¹⁷¹ *El Bien Público*, “Uruguay por la división de Palestina”, 7/10/1947, p. 1 y “El Uruguay por la división de Palestina”, 25/11/1947, p. 1.

¹⁷² *El Bien Público*, “Palestina, un brasero de odios y pasiones”, 26/11/1947, p. 3.

¹⁷³ *El Bien Público*, “Católicos y judíos”, 22/2/1948, p. 3.

¹⁷⁴ *El Bien Público*, “Comentario internacional. La tragedia de Palestina”, 5/5/1948, p. 3.

logrado modos de habilitación compatibles con un alto mandato supra-racial, y supra-nacional.”¹⁷⁵

De manera implícita se deslizaba una crítica al desenlace de la cuestión palestina, si no a la partición en sí misma al menos sí a la incapacidad de mantener una administración supranacional de los Santos Lugares. Una línea similar exhibió *El Amigo del Obrero*.¹⁷⁶

El caso de *La Tribuna Popular* es, probablemente, el más llamativo. A pesar de su línea editorial histórica, que varios autores han calificado de antisemita, se alineó en la defensa de la creación de un Estado para los judíos en Palestina, reivindicándose como tribuna siempre respetuosa de todos los pueblos y “razas”.¹⁷⁷ De todas formas, mantuvo su preocupación por los lugares santos para el cristianismo, análoga a la del resto de la prensa cristiana.¹⁷⁸ En sus páginas se dio lugar a elocuentes alegatos prosionistas firmados por el exiliado antiperonista argentino Agustín Rodríguez Araya, quien se expresó en estos términos:

*“¿Quién más que ellos [los judíos], con derechos que arrancan desde los albores mismos del género humano, de exigir les sea devuelta su autonomía dentro de su tierra originaria? ¿Ni siquiera los cinco millones de judíos asesinados en campos de concentración y cámaras letales (...) sirven para despertar la conciencia justiciera de los hombres que tienen en sus manos hoy el poder de la justicia? No, no sólo derechos como hombres tienen los judíos, sino también y fundamentalmente, derecho como pueblo.”*¹⁷⁹

Este mismo autor, en una segunda entrega reafirmó:

“Israel lleva en su corazón una esperanza que nunca podrá ser extinguida, una justicia que nunca podrá ser arrebatada y una reivindicación histórica que jamás dejarán de reconocer los hombres y los pueblos que aman su patria.

*(...) Todos los hombres libres del mundo, todos los que rendimos culto y depositamos fe en los postulados de equidad y democracia, estamos contigo y por ti lucharemos (...).”*¹⁸⁰

Es notable que esta prédica, que se reafirmó con el saludo al pueblo judío una vez proclamado el Estado de Israel,¹⁸¹ se conjugó con la continuidad de sus llamados a la

¹⁷⁵ *El Bien Público*, “Aspectos descuidados del problema de Palestina”, 20/5/1948, p. 3.

¹⁷⁶ *El Amigo del Obrero*, “Refiérese Su Santidad Pío XII, en una Encíclica a la grave situación en Palestina”, 22/5/1947, p. 5; *El Amigo del Obrero*, “La actualidad palestina”, 22/5/1948, p. 5.

¹⁷⁷ *La Tribuna Popular*, “En torno al problema Israelita”, 13/1/1947, p. 1.

¹⁷⁸ *La Tribuna Popular*, “¡Tierra Santa!”, 8/1/1948, p. 1.

¹⁷⁹ *La Tribuna Popular*, “La igualdad de derechos no soluciona el problema judío”, 15/3/1945, p. 1.

¹⁸⁰ *La Tribuna Popular*, “Pascua judía. Origen de una nacionalidad”, 1/4/1945, p. 7.

¹⁸¹ *La Tribuna Popular*, “Los judíos tienen patria”, 16/5/1948, p. 1.

limitación de la inmigración, evitando los “sentimentalismos” respecto a los pueblos sufridos del mundo.¹⁸² Incluso apuntó sus baterías contra la afluencia irregular de judíos al país.¹⁸³ Cabe preguntarse si el respaldo a las aspiraciones nacionalistas del sionismo no era visto por este sector católico, tradicionalmente antisemita, como una forma de detener la inmigración judía que veían como problemática.

En síntesis, puede afirmarse que el batllismo y el nacionalismo independiente fueron los sectores que mostraron un más claro compromiso con la causa de un Estado judío, con argumentos coincidentes que más que propios parecían reflejo de los de la Agencia Judía. Compartían, además, la preocupación en torno a la viabilidad de las Naciones Unidas puesta en juego en la resolución del problema palestino. Los grupos de la derecha antibatllista del Partido Colorado, por su parte, secundaron la postura prosionista con un menor grado de visibilidad y militancia, atreviéndose incluso a dar lugar en su prensa a los argumentos proárabes, algo que los sectores antes referidos no hicieron. Mientras tanto, el herrerismo mostró una postura ambigua que suponía una continuidad respecto a sus vínculos con la comunidad judía desde los años treinta, pero que además reflejaba sus dificultades para el reacomodo político en la posguerra y para procesar un distanciamiento de su estigma filofascista. Otros sectores menores se expresaron también al respecto. Por su grado de militancia se destacó el socialismo, que siguió una línea prosionista similar a la del batllismo y el nacionalismo independiente, sin que las preocupaciones acerca su coherencia con la orientación proestadounidense de la política exterior uruguaya estuvieran en sus consideraciones. El sector político liderado por Carlos Quijano logró articular con cierta coherencia una postura tercerista en lo internacional con una postura prosionista, enarbolando criterios de justicia y autodeterminación nacional, mientras que los comunistas siguieron en este punto los vaivenes de la posición soviética hasta llegar a una postura igualmente prosionista.

¹⁸² *La Tribuna Popular*, “El sentimentalismo y la inmigración”, 26/7/1944, p. 1; *La Tribuna Popular*, “El problema inmigratorio”, 1/4/1945, p. 1.

¹⁸³ *La Tribuna Popular*, “Un nuevo escándalo”, 3/10/1946, pp. 1-2; *La Tribuna Popular*, “Sobre el sensacional escándalo de los inmigrantes judíos”, 4/10/1946, p. 2.

Lo expuesto hasta aquí en este capítulo abre el interrogante acerca del porqué de la mayor consustanciación de ciertos sectores políticos con las reivindicaciones sionistas, llegando incluso a expresarse en términos muy similares a los de la Agencia Judía; y por otro lado el porqué de la actitud ambigua, prescindente o incluso prosionista de sectores en los que por sus antecedentes podría presumirse una actitud distante o contraria a las reivindicaciones del nacionalismo judío y la intervención de las Naciones Unidas en su favor. El siguiente capítulo pretenderá dar algunas respuestas a estas preguntas.

5. La dimensión de la presión sionista, prosionista y proárabe, y su integración en el contexto político uruguayo de posguerra

5.1. Presencia de las organizaciones sionistas, prosionistas y proárabes

Para valorar la capacidad de presión de la comunidad judía uruguaya es, ante todo, necesario presentar algunos datos demográficos que permitan entender su peso. Según Rosa Perla Raicher, para 1938 la comunidad judía estaba constituida por 25.000 personas en 2.118.507 habitantes.¹⁸⁴ En vísperas de la guerra, entre 1938 y 1939, ingresaron al país 5.000 refugiados, principalmente polacos y alemanes,¹⁸⁵ y alrededor de 3.500 más entre 1939 y 1942.¹⁸⁶ Para los años cincuenta, se estimaba una población judía en el país de alrededor de 50.000 personas, casi el 90% radicadas en Montevideo, manteniendo una tendencia de décadas anteriores.¹⁸⁷ Anabella Loy sostiene que, tanto la comunidad sefaradí de inmigración más temprana, como la mayoritaria comunidad azkenazí –la más fuertemente vinculada al movimiento sionista–, sufrieron un proceso profundo de aculturación e integración, más allá de las expresiones de antisemitismo en la sociedad uruguaya.¹⁸⁸

El afianzamiento de la organización comunitaria judía en el Uruguay, a entender de Raicher, tuvo un hito importante en enero de 1940, cuando tras una reunión de representantes de diversas organizaciones nacionales y extranjeras en el país, se decidió trazar ciertos lineamientos comunes –dentro de los que se encontraban la defensa de la causa sionista– e incorporarse al Congreso Judío Mundial, creado en 1936 como aglutinador de diversas instituciones judías.¹⁸⁹ En diciembre del mismo año se creó el CCIU, que jugó luego un rol muy importante en la defensa de la causa sionista en el país. Junto con esta institución, se

¹⁸⁴ Raicher, Rosa Perla. Op. cit., p. 18.

¹⁸⁵ Ibid., p. 53.

¹⁸⁶ Cfr. Feldman, Miguel. Op. cit., p. 185.

¹⁸⁷ Cfr. Loy, Anabella. *La inmigración del siglo XX como fuente de información antropológica. Un estudio comparativo de casos de inmigrantes de orígenes étnicos diversos: españoles y judíos arribados a Montevideo entre 1920 y 1960*. Inédita (consultada en Biblioteca de la FHCE, Udelar, junio 2016), p. 123. Sobre este tema ver también: Bouret, Daniela; Martínez, Álvaro; Telias, David, *Entre la Matzá y el mate: La inmigración judía en Uruguay, una historia en construcción*, Montevideo: Banda Oriental, 1997; Porzecanski, Rafael, *El Uruguay judío: demografía e identidad*, Montevideo: Trilce, 2006.

¹⁸⁸ Sobre este tema, consultar Aldrighi, Clara. Op. cit.

¹⁸⁹ Cfr. Raicher, Rosa Perla. Op. cit., p. 127.

destacan también en el mismo sentido el Consejo Central Sionista y la representación en Uruguay de la sección latinoamericana de la Agencia Judía para Palestina, inicialmente presidida por el rabino sefardí Isaac Algazi, y luego por el médico judío Jacobo Hazán. Con todo, no fueron las únicas en llevar adelante tal labor proselitista.¹⁹⁰

Las mencionadas instituciones llevaron adelante diversas acciones orientadas a la persuasión de la opinión pública y la élite política del país. Éstas involucraron publicaciones destinadas a la comunidad judía con el fin de alentar la militancia sionista¹⁹¹ y la organización de *aliá*, convocatoria a reuniones¹⁹² y actos públicos, audiencias radiales,¹⁹³ distribución de volantes y afiches en la vía pública, entrevistas con políticos connotados, así como el envío de mensajes y de publicaciones propagandísticas a los poderes del Estado. Un dato que no debe pasarse por alto, es el hecho de que una de las referidas publicaciones comunitarias judías exhibía en sus páginas publicidad estatal que aportaba a su financiamiento.¹⁹⁴

Ya desde 1944 las organizaciones sionistas encontraron en Uruguay un ambiente propicio para el desarrollo de sus actividades, y de hecho no sólo organizaron varios actos de

¹⁹⁰ Cfr. Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla; Bankier, David (eds.). *Historia viva: memorias del Uruguay y de Israel*. Montevideo: Instituto de judaísmo contemporáneo de la Universidad hebrea de Jerusalem, 1989, capítulos III y V.

¹⁹¹ Entre ellas destaca *La tribuna sionista*, órgano de la Federación Juvenil Sionista del Uruguay, no por su continuidad en el tiempo, sino por dejar de manifiesto los lazos de las organizaciones sionistas con los sectores prosionistas, ya que el Comité Uruguayo Pro Palestina (cuya relevancia se abordará más adelante) publicó en dicho órgano una declaración de sus objetivos. Pero sobre todo puede verse una coincidencia exacta entre los argumentos expuestos en favor de la causa sionista en sus páginas (Cfr. *La tribuna sionista*, “Lo que Vd. debe conocer”, enero de 1946, pp. 4-5), con los que pueden encontrarse en los documentos internacionales de la Agencia Judía y aquellos que fueron remitidos desde el exterior y desde otras organizaciones sionistas uruguayas a la cancillería. La comparación de estas fuentes y con otras publicaciones comunitarias locales atestiguan una argumentación sin fisuras en lo que respecta a la defensa del Estado judío en Palestina, aunque permiten entrever disputas internas entre las diferentes organizaciones sionistas existentes (sobre las divisiones en la Federación Juvenil Sionista ver: *Moledet*, “¿Debe “Moledet” unirse a la Federación?”, nº 2, s/f [probablemente 1946], p. 3) y entre sectores de la comunidad judía uruguaya más militantes por la causa sionista y aquellos que no demostraban el mismo compromiso (Cfr. *Sion*, “Vayan a trabajar”, setiembre de 1944, p.6; *Sion*, “Indiferencia suicida”, diciembre de 1944, p.3, en estas notas se atacaba duramente a los judíos poco movilizados y renuentes a contribuir con donaciones a las organizaciones sionistas).

¹⁹² El Dr. Jacobo Hazán sostiene que desde 1945 había diversas peñas que reunían intelectuales sionistas y prosionistas (Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla (eds.). *Memorias del Uruguay: holocausto y lucha por la fundación del estado de Israel*. Jerusalem: Universidad Hebrea de Jerusalem. Instituto de Judaísmo Contemporáneo, 1986, p. 23). Esto, a su entender, fue el antecedente directo del CUPP.

¹⁹³ Destaca entre ellas la audición “La voz de Israel” de radio Carve, patrocinada por la Organización Sionista Theodor Herzl y dirigida por uno de los miembros activos de su sección juvenil, locutor y periodista, Nissim Yitzhak. En ella participaron, según su testimonio, Rodríguez Fabregat y Secco Ellauri, antes de ser enviados como representantes de Uruguay en el UNSCOP, y demostrando ya una postura prosionista. Cfr. *Ibid.*, pp. 37-59.

¹⁹⁴ Cfr. *Revista Familiar Israelita*, “Caja Nacional de Ahorro Postal” [publicidad], 30/9/1943, guarda de tapa.

alcance nacional,¹⁹⁵ sino que también hicieron de la capital del país la sede de congresos en que se reunieron delegaciones del movimiento sionista a nivel continental. El 10 de marzo de 1944 el Ateneo de Montevideo albergó el Primer Congreso Sudamericano de la Nueva Organización Sionista, en cuya oratoria participaron figuras políticas de importancia, tempranamente vinculadas con la causa israelita, como Payssé Reyes, el batllista Justino Zavala Muniz y Cyro Giambruno.¹⁹⁶

Esta primera etapa de institucionalización y labor proselitista pública de la causa sionista, con las importantes adhesiones recabadas, significó un gran avance en el posicionamiento de sus organizaciones. La Agencia Judía había logrado desplegar su actividad en Montevideo y tejer lazos con parte de la élite política, lo que le permitió impulsar a través de su representación en Uruguay la creación de un “Comité de Amigos” de la causa sionista, compuesto por personalidades no judías importantes de la vida política y cultural del país. Gracias a este impulso y a cierto grado de compromiso filosionista previo de algunos de sus miembros, se fundó el 8 de julio de 1944 el ya referido CUPP. El CUPP estuvo presidido inicialmente por el reconocido médico Augusto Turenne, e integrado por intelectuales, políticos y diplomáticos de importancia. Entre ellos se destacó quien fuera representante de Uruguay en la Conferencia de San Francisco y defensor en el Parlamento de la causa sionista, el ya mencionado Dr. Héctor Payssé Reyes. También lo integraron el político batllista Hugo Fernández Artucio (con lazos previos con el CCIU) y el diplomático —que en 1947 pasó a integrar la delegación uruguaya presente en las Naciones Unidas— Jaime Bayley. Completaban su plana mayor el historiador Celedonio Nin y Silva y el poeta Carlos Sabat Ercasty, y de acuerdo a lo afirmado por Jacobo Hazán, el profesor y decano de la Facultad de Humanidades, Emilio Oribe, así como Alberto Zum Felde.¹⁹⁷ La presencia de Bayley entre sus miembros le otorgaba a la causa sionista un inmejorable canal de comunicación y potencial influencia en el servicio exterior uruguayo, y específicamente en

¹⁹⁵ *El Día*, “Los israelitas proclamaron sus derechos en Palestina en un acto realizado en el Ateneo”, 15/7/1944, p. 8 (se trató de un acto organizado con motivo del aniversario de la muerte de Theodor Herzl); *El País*, “Un gran acto sionista tendrá lugar el día 21”, 18/8/1944, p. 4 (se trató de uno de los primeros actos de la Organización Sionista Internacional Femenina, WIZO por su sigla en inglés).

¹⁹⁶ *La Mañana*, “1er. Congreso Sudamericano de la Nueva Organización Sionista”, 11/3/1944, p. 8.

¹⁹⁷ Cfr. Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla (eds.). Op. cit., p. 24.

su delegación en las Naciones Unidas. Payssé Reyes ofrecía además una vía de acceso de las demandas sionistas al Parlamento.

Desde su creación en 1944 el comité organizó reuniones en el Ateneo de Montevideo,¹⁹⁸ y en 1945 llevó adelante una campaña radial constituida por un ciclo de conferencias de sus más destacados miembros e invitados extranjeros. Esta campaña fue culminada el 9 de octubre de ese mismo año, con lo que ellos mismos calificaron como “*un brillante acto público en el Ateneo de Montevideo, al cual asistió una entusiasta concurrencia, estimada en 5.000 personas*”,¹⁹⁹ y con la publicación en un folleto de algunas de las conferencias y discursos del acto final.

Dos grandes objetivos se proponía este comité: uno de ellos, el de revertir la imagen “*del judío como la del individuo perseguido, vejado, sucio, raído, barbudo, doblado*”,²⁰⁰ y el otro, el de bogar por la creación de un estado judío en Palestina. En relación a este último punto, uno de los responsables de la publicación del folleto, Augusto Turenne fue muy explícito:

"El objeto de esta publicación es informar al pueblo uruguayo de la realidad, de la cruel realidad del actual problema judío.

*(...) Queremos que la voz del Uruguay se incorpore al clamor universal para que por derecho histórico y por pertinencia nacional, por los sufrimientos indecibles soportados, durante largos años, el pueblo judío tenga derecho a vivir en donde hace más de dos milenios supo organizar una civilización autóctona, crean una corriente ideológica que está en la raíz de la civilización cristiana actual y conservar en medio de las contingencias históricas más terribles, un sentido de unidad, único en la Historia."*²⁰¹

Los discursos radiales y del Ateneo reiteraron los típicos argumentos sionistas ya analizados. La influencia directa de las líneas del discurso de la Agencia Judía se ve en las citas que los miembros del CUPP hicieron de algunos de los más connotados miembros esa organización sionista. Pero sobre todo se explica por la comunicación directa que tenía el

¹⁹⁸ En una carta a Rajel Sefaradí Yarden, el rabino Isaac Algazi le informaba que ya para junio de 1945 se reunían en este ámbito un Comité Ejecutivo dedicado a organizar labores proselitistas (Documento fechado el 5 de junio de 1945, citado en: Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla; Bankier, David (eds.). Op. cit., p. 75).

¹⁹⁹ Comité Uruguayo Pro Palestina. *La opinión uruguaya sobre el problema judío*. Montevideo: CUPP, 1945, p. 1.

²⁰⁰ Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla (eds.). Op. cit., p. 28.

²⁰¹ Comité Uruguayo pro Palestina. Op. cit., p. 6.

CUPP con la cúpula de la Agencia, como atestigua la respuesta, en enero de 1946, a una misiva de Rajel Sefaradí Yarden, encargada de la División Latinoamericana de la Agencia Judía, en la que “con placer” afirmaban estar siguiendo sus recomendaciones.²⁰² Tales nexos eran ya evidentes desde 1944, cuando en el Ateneo de Montevideo el CUPP organizó un acto para celebrar la llegada del enviado de la Agencia Judía Michael Traub, que previamente se había entrevistado con representantes del movimiento sionista local.²⁰³

Además de la creación del CUPP, otro hito en el fortalecimiento de la posición de la Agencia Judía en Uruguay lo constituyó la celebración del Primer Congreso Sionista Latinoamericano, que eligió Montevideo como sede y se celebró en el Cine Radio City entre el 12 y 15 de marzo de 1945, al que concurrieron importantes figuras del movimiento sionista a nivel continental, como Rajel Sefaradí Yarden e Ida de Silvermann. El congreso contó con una amplia cobertura de la prensa uruguaya durante varios días.²⁰⁴

Más allá de estas iniciativas tendientes a dar publicidad a la causa defendida, de acuerdo a lo expresado por Jacobo Hazán la influencia más efectiva sobre la élite política uruguaya se daba por el relacionamiento personal, de amistad, con miembros clave del Poder Legislativo, del Ejecutivo o el servicio diplomático. Al relatar la creación del UNSCOP en 1947, afirma el representante de la Agencia Judía en Uruguay:

*“Nosotros [en la representación de la Agencia Judía] ya habíamos hecho precisamente amistad con Rodríguez Fabregat que fue una persona extraordinaria, un hombre de valores singulares, y despertamos en él un interés por los problemas de Israel y establecimos al mismo una amistad que continuaría acrecentándose hasta el final de sus días. De esta época surge el contacto con Secco [Ellauri] y con el ingeniero Sixto (...).”*²⁰⁵

²⁰² Carta del CUPP a Rajel Sefaradí Yarden, fechada el 25 de febrero de 1945, y firmada por Augusto Turenne y Ernesto Guerrini: reproducida en Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla (eds.). Op. cit., pp. 60-61.

²⁰³ Cfr. *Sion*, “El Dr. Michael Traub en Montevideo”, noviembre de 1944, p. 7. Al CUPP también se le autorizó a hacer uso de la palabra en el Congreso Sionista de marzo de 1945 celebrado en Montevideo (Cfr. *Sion*, “Primer Congreso Sionista Latino-Americano”, febrero de 1945, pp. 4-5).

²⁰⁴ Cfr. *La Mañana*, “Se celebró anoche el acto inaugural del Primer Congreso Sionista Latinoamericano”, 13/3/1945, p. 10; *El País*, “El congreso judío”, 14/3/1945, p. 5; *La Tribuna Popular*, “El Primer Congreso Sionista Latinoamericano realizó ayer su sesión inaugural en el Radio City”, 13/3/1945, p. 1; *El Día*, “Con un gran acto público se inauguró anoche el primer Congreso Sionista Latinoamericano”, 13/3/1945, p. 8; *El Sol*, “Primer Congreso Sionista Latino-Americano”, segunda semana de marzo de 1945, p. 8.

²⁰⁵ Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla (eds.). Op. cit., pp. 30-31.

De esta manera la red de influencias y contactos se extendió a los tres representantes de Uruguay en el UNSCOP.

La propaganda sionista tuvo, a partir de 1947, como uno de sus objetivos principales incidir en el Ministerio de Relaciones Exteriores uruguayo, cuyo titular al momento de las deliberaciones del UNSCOP era Mateo Marques Castro, tal como atestiguan las numerosas publicaciones propagandísticas que la Agencia Judía le hacía llegar y que se conservan en el archivo de la cancillería. Ya en el pasado había logrado también recabar adhesiones públicas de otros cancilleres, como José Serrato y Alberto Guani.²⁰⁶ La circulación de esa propaganda sionista fue notablemente mayor que la de la prácticamente inexistente (como se verá más adelante) propaganda proárabe, y pudo haber influido en la política exterior uruguaya. Al menos así lo considera Jacobo Hazán, quien en una entrevista realizada por Raicher, afirma que los canales de comunicación de la Agencia Judía con el Poder Ejecutivo eran asiduos, y esto le abría puertas para cierta incidencia en la línea diplomática seguida por el gobierno:

“En el año 47 (...) presentábamos a la Agencia Judía como un gobierno judío, no reconocido todavía, pero un gobierno de hecho, y conseguimos que con la firma de Ben Gurión y Moshe Shertok se nos enviaran credenciales para ser presentadas al presidente de la época, don Tomás Berreta y al Ministro de Relaciones Exteriores, Eduardo Marques Castro. Eso nos dio un estado oficioso frente al Gobierno, y como la población y el gobierno, a pesar de la presión británica eran pro judíos, nosotros tuvimos un ‘status’ que nos permitía, por lo menos, entrar al Ministerio de Relaciones Exteriores como si fuéramos diplomáticos. (...) Los distintos Ministros de Relaciones Exteriores que pasaron por la Cancillería fueron todos muy proclives a Israel y era habitual que nosotros discutiéramos y fuéramos a hacer pedidos y a insistir para que se siguiera una línea favorable.”²⁰⁷

²⁰⁶ Ya en 1943, las celebraciones por los veinticinco años del sionismo organizado en Uruguay, realizadas en el Ateneo, contaron con la oratoria de Serrato (Cfr. *Revista Familiar Israelita*, “El judaísmo uruguayo manifestará sus aspiraciones nacionales”, 15/10/1943, p. 5). La prensa comunitaria judía en 1944 volvió a consignar la adhesión del canciller a su causa (Cfr. *Sion*, “Pronuncióse por un estado judío el canciller uruguayo”, noviembre de 1944, p. 6), y nuevamente en 1945 un acto pro-Estado judío en Palestina contó también con la asistencia de Serrato (Cfr. *La Tribuna Popular*, “Pro constitución del Estado Judío”, 16/3/1945, p. 2). La prensa informó, a su vez, sobre la participación de Guani en el Congreso Sionista celebrado en Montevideo (Cfr. *La Tribuna Popular*, “El Primer Congreso Sionista Latinoamericano realizó ayer su sesión inaugural en el Radio City”, 13/3/1945, p. 1).

²⁰⁷ Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla (eds.). Op. cit., p. 31. Moshe Tov corrobora esto al afirmar que Hazán “tenía fácil acceso a las personalidades y oficinas públicas, oficiales, científicas, literarias” (Tov, Moshe. Op. cit., p. 258).

Hazán, además, ha declarado que mantenía contacto telefónico con Juan Carlos Schauritch (a quien calificó de “*íntimo amigo mío*”), el secretario de Luis Batlle Berres. Por otra parte, el enlace uruguayo de la Agencia Judía, había sido médico de cabecera de la madre de Rodríguez Fabregat, desarrollando una relación de familiaridad que le permitió contactarlo directamente, previo a la partida de este último hacia Palestina como integrante del UNSCOP. Hazán ofició de enlace para favorecer el primer encuentro de Rodríguez Fabregat con Moshe Tov²⁰⁸ en Estados Unidos.²⁰⁹ De esta manera se propició una relación cercana entre los miembros de la delegación uruguaya e integrantes del movimiento sionista internacional, ya desde antes del comienzo de las sesiones del UNSCOP.²¹⁰ El grado de influencia de Hazán sobre el gobierno es destacado por Moshe Tov, quien llega a afirmar:

*“Recuerdo que durante una de las Asambleas más escabrosas de las Naciones Unidas el profesor Fabregat me confesó que, en determinado asunto de debate, le era imprescindible recibir instrucciones precisas y libertad de acción para maniobrar su posición en el bloque latinoamericano. Me bastó telegrafiarle a Hazán (...); logró rápidamente audiencia con el canciller a quien convenció de que la razón estaba de nuestra parte, y a las pocas horas Fabregat tenía en sus manos el consiguiente cable con las debidas instrucciones”.*²¹¹

Si bien esto no pudo ser corroborado por otras fuentes, y es complejo establecer una inequívoca relación causal entre la presión sionista y el pronunciamiento gubernamental, sí es cierto que la acción del lobby judío era muy intensa, y que importantes canales y mecanismos para intentar ejercer influencia sobre el servicio exterior estaban establecidos.

²⁰⁸ Judío de origen argentino, importantísimo en los años cuarenta en la labor diplomática de la Agencia Judía, cuyo Departamento Latinoamericano dirigió, desarrollando una intensa labor de propaganda, coordinando las acciones de organizaciones prosionistas en diversos países, y entrevistándose con las misiones diplomáticas en las Naciones Unidas para conseguir apoyo a su causa. Representó a la Agencia Judía en el UNSCOP.

²⁰⁹ Entrevista a Daniel Rodríguez Oteiza (hijo de Enrique Rodríguez Fabregat), 10/5/2016. Esto es corroborado por el mismo Tov, quien sostiene que Hazán “*desde Montevideo me envió una carta de introducción a la vez que él mismo le escribía directamente al profesor*” (Tov, Moshe. Op. cit., p. 47).

²¹⁰ “*Prácticamente nos encontrábamos a diario para cenar con Fabregat, Secco Ellauri, Sisto y con Granados, y no pocas veces con el profesor [Fabregat] también para almorzar y tratar de adelantar información*”, sostiene Tov (Ibid., p. 64), quien en otros pasajes relata conversaciones más informales e incluso episodios de la vida privada del delegado uruguayo.

²¹¹ Ibid., p. 258.

A diferencia de la acción del lobby de las organizaciones sionistas y prosionistas, la opinión pro-árabe no tuvo la misma fuerza, no dispuso de los mismos medios de difusión ni de defensores ilustres.

Tanto el peso demográfico como el compromiso militante de la comunidad árabe en Uruguay parecía ser, en general, limitado. Raicher afirma:

“Según estimaciones de Itzak Navón [funcionario de la embajada israelí] en 1950, en Montevideo vivían en ese entonces unos 15.000 árabes (inmigrantes y sus descendientes), en su mayoría libaneses cristianos bien integrados a la sociedad y a la economía locales; algunos estaban afiliados al partido batllista. Conservaban sus costumbres, poseían organizaciones sociales y culturales y publicaban diarios, pero su organización política era débil. En 1946 existía un programa semanal de radio auspiciado por la comunidad musulmana, sobre temas de cultura y folclor; pese a que respondía a las tendencias de la Liga Árabe, sus responsables se declaraban indiferentes a lo que ocurría en Palestina.”²¹²

La primera expresión pública que se pudo encontrar de una organización árabe antisionista y comprometida con los sucesos de Palestina, apareció en las páginas de *Marcha*, el día 5 de diciembre de 1947. Este periódico, autoproclamado como una tribuna plural y largamente identificado con la lucha antifascista como muchos de los sostenedores de la causa sionista en Uruguay, había dado hasta el momento un lugar bastante amplio a la difusión de las reivindicaciones israelitas. Sólo ante el reclamo de algunos de sus lectores dio espacio a los argumentos proárabes. De hecho, desde 1945 había cuestionado elocuentemente la legitimidad de las posturas de los gobiernos árabes, en tanto “[e]n ningún estado afiliado a la Liga Árabe, el pueblo tiene voz en el gobierno de su país”.²¹³

Con todo, *Marcha* se avino a publicar un muy breve comunicado que se iniciaba con esta declaración de intenciones:

*“Nos es particularmente grato poner en su conocimiento que ha quedado constituido en Montevideo, el Comité Árabe Pro Defensa de Palestina, cuya finalidad primordial es hacer conocer el problema de nuestros hermanos y luchar por la defensa de sus legítimos derechos.”*²¹⁴

²¹² Raicher, Rosa Perla. Op. cit., p. 175.

²¹³ *Marcha*, “La independencia de los países árabes es un mito”, 19/10/1945, p. 10.

²¹⁴ *Marcha*, “Los árabes y Palestina”, 5/12/1947, p. 12.

A continuación se transcribieron dos telegramas sumamente breves, dirigidos a la delegación uruguaya ante las Naciones Unidas, y donde se expresaba la solidaridad con la causa árabe en torno al problema de Palestina. Quienes suscribían el comunicado y los telegramas citados se autodenominaban “demócratas probados”, que formaban parte de las comunidades libanesa y siria en Uruguay.

Esta prédica proárabe, sin embargo, no logró ser replicada ni alcanzó las páginas de los grandes medios de prensa de Montevideo, de mayor tiraje y llegada que *Marcha*.

Probablemente también motivado por la carta de un lector en respuesta a los artículos prosionistas, que llevó a la publicación del mensaje del Comité Pro Árabe antes mencionado, el semanario incluyó el artículo (reproducido del *Atlantic Monthly*) de William Stace, un profesor de filosofía británico de la Universidad de Princeton y ex funcionario del British Civil Service en Ceilán.²¹⁵ En dicho artículo, Stace buscaba resumir y ordenar los argumentos centrales del discurso sionista y rebatirlos uno a uno. Concluía que todas las naciones subpobladas capaces de hacerlo deberían absorber a los desplazados judíos, más allá del deseo de los judíos a emigrar a Palestina. Se preguntaba: “¿Desde cuándo se ha convertido en un principio de justicia el que en una disputa con respecto a una propiedad o cualquier otra cosa, el fuerte deseo de una de las partes de conseguir cualquiera que fuese la cosa en disputa, le dé un derecho a ella?”.²¹⁶ El problema que el autor observaba era la poca disposición de los “países civilizados” a aumentar las cuotas de inmigración a sus propios territorios.

Este artículo motivó airadas respuestas por parte de sionistas locales en los números siguientes, que reiteraron buena parte de los argumentos expuestos meses antes también en las páginas de *Marcha*.²¹⁷ Uno de estos artículos llegó al punto de afirmar que habían sido los árabes quienes “invadieron” el suelo de Palestina, fructificado por los judíos:

²¹⁵ Uno de sus artículos fue reproducido también en *The Sun* durante varios números del mes de diciembre. La obra de Stace fue también reproducida por la propaganda proárabe en Uruguay (Cfr. Stace, Walter. *La ilusión sionista*. Montevideo: Comité Árabe pro Defensa de Palestina, 1947).

²¹⁶ *Marcha*, “Palestina es la piedra de toque para la U.N.”, 19/12/1947, p. 9.

²¹⁷ Las múltiples e inmediatas respuestas de lectores e incluso colaboradores de *Marcha* a los argumentos proárabes reproducidos, muestran cierto grado de posible presión o influencia sobre la línea seguida por el semanario.

“Prácticamente puede decirse que la población árabe de Palestina acudió desde los vecinos Estados árabes para aprovechar del progreso de la nueva vida creada por el pueblo judío.

Los judíos no han desplazado pues a los árabes de Palestina. Al contrario: han hecho lugar para que los árabes de los países limítrofes puedan beneficiarse de los adelantos de la patria judía.”²¹⁸

Concluían su argumentación sosteniendo que la inmigración judía facilitaría “a los árabes el proceso de occidentalización”.²¹⁹

Finalmente, el 21 de mayo de 1948, uno de los colaboradores habituales de *Marcha*, Mauricio Müller, sugirió que en buena medida el gobierno uruguayo –matizando así la idea de una postura prosionista incondicional– se veía motivado a un rápido reconocimiento al Estado de Israel, por el hecho de que no suponía enfrentarse a ninguno de los intereses poderosos a nivel mundial.

A pesar de la aparición de estas manifestaciones de un sector proárabe uruguayo activo, en el relevamiento llevado a cabo en los archivos del Ministerio de Relaciones Exteriores, en los documentos del Poder Legislativo, así como en el resto de la prensa consultada, no se encontró otra referencia al comité proárabe. A diferencia de la propaganda sionista, que parece haber llegado en grandes cantidades a las oficinas del servicio exterior y al Poder Legislativo, ninguna publicación proárabe se guarda en los archivos consultados. Esto hace pensar en una limitada capacidad de impacto público de su prédica e igualmente limitada capacidad de presión ante el gobierno.

Se puede ver, de esta manera, un contraste notorio con el lobby sionista y prosionista, que contaba con el respaldo de una institución internacional como la Agencia Judía, con un discurso consolidado, con una gran capacidad para la generación y distribución de propaganda; y asimismo con el poder de la radio y del prestigio del Ateneo de Montevideo como centros de irradiación de su mensaje. En esto aventajaba al Comité Árabe.

Pero quizá más importante ventaja fuera el arraigo de instituciones abocadas casi exclusivamente a la labor de lobbying y creación de una opinión pública favorable a su causa

²¹⁸ *Marcha*, “La realidad sionista”, 16/1/1948, p. 9.

²¹⁹ *Ibid.*

nacionalista, así como los antiguos vínculos que habían establecido con figuras clave de la intelectualidad y la política uruguaya. El factor tiempo es central en este caso: la aparición pública del citado comité proárabe fue muy tardía, una vez que la resolución particionista había sido aprobada, y es probable que en respuesta a ella, mientras que las instituciones judías ejercían presión ya desde comienzos de la década. De esta forma el comité proárabe se encontraba buscando influir sobre una delegación uruguaya que ya se ha comprometido varios meses atrás, abiertamente y de forma militante, en pro de la causa sionista.

En contraste con la intensa propaganda sionista, sólo se ha podido rastrear una publicación de propaganda proárabe editada en Uruguay. Este folleto propagandístico recogía los alegatos de la delegación árabe en Río de Janeiro.

El folleto sostenía que la causa árabe “*es evidentemente justa y clara*”. Se buscaba presentar la contracara de uno de los principales argumentos sionistas, refiriéndose al pueblo palestino como “*un pueblo legendario y de indudable influencia en la creación de la civilización humana*”. Pero la idea más fuerte del folleto era el rechazo al “*espíritu inconsciente*” de las Naciones Unidas, influidas por la prédica antidemocrática del sionismo, al “[*q*uerer corregir una injusticia [*las persecuciones nazis a los judíos*], practicando otra más grave y más clamorosa”.²²⁰

Dada la pertenencia a la comunidad sirio-libanesa uruguaya de las autoridades del Comité Árabe Pro Palestina, es necesario indagar en la actitud de las instituciones de dicha comunidad en torno a la creación de un Estado judío. La comunidad libanesa tuvo a partir de 1944 una publicación llamada *Al Watan* (La Patria), que promovía las actividades culturales de la colectividad, y daba publicidad a las reivindicaciones nacionalistas libanesas y sirias, particularmente a través de la promoción de las actividades del Comité Central de Ayuda a Siria y Líbano²²¹ o las publicaciones del Movimiento Nacional Árabe.²²² En sus páginas se reivindicaba la cultura árabe, la unión de los pueblos árabes y la proyección de su importancia en el concierto internacional, así como la importancia de su cultura en el continente americano. En los diferentes números se atestiguaron los intensos vínculos con las

²²⁰ Comité Árabe Pro Defensa de Palestina. *Palestina y del derecho de los árabes*. Montevideo: s/d, 1947 sin numeración, puntos 2 y 8.

²²¹ *Al Watan*, “Manifiesto del Comité Central de Ayuda a Siria y Líbano”, setiembre de 1945, p. 11.

²²² Cfr. *Al Watan*, “El Movimiento Nacional Árabe”, abril de 1946, pp. 14-15.

comunidades sirio-libanesas de Argentina y Brasil. De hecho, la comunidad libanesa uruguaya cumplió, según *Al Watan*, un papel importante en la llegada y el recibimiento honorífico brindado por el primer diplomático libanés que llegó a Montevideo, el Ministro Plenipotenciario radicado en Río de Janeiro.²²³ Asimismo, a la intercesión la colonia siria de Durazno se le atribuía –quizá exageradamente– el logro de obtener un decreto del Poder Ejecutivo por el que se establecieron relaciones diplomáticas con Siria.²²⁴ *Al Watan* además buscó, a través de entrevistas de sus corresponsales con algunos políticos importantes del país, fortalecer los vínculos de la comunidad libanesa con las élites y los gobernantes uruguayos. En 1948 se creó con este objetivo la Asociación Amigos del Uruguay a instancias del representante en este país de la nación libanesa.²²⁵

Sin embargo, y a pesar de su prédica proárabe, no se dio lugar sino tardíamente al problema de palestina en la publicación. Recién en setiembre de 1947 se dio cuenta de la actividad que planeaba desplegar en Uruguay –entre otros países de América– una comisión de notables que organizaba por ese entonces una gira por el Sudamérica para promover la causa árabe palestina. En esa comisión estaba integrada por el diplomático sirio en Brasil Tufic Yazigy, el representante del Alto Comité Árabe de Palestina Akram Zaiter, el representante libanés Masri Malouf y Emilio Yafet. Ninguno de esos personajes tenía actividad en Uruguay ni estaba asentado en el país, fortaleciendo la idea de la dependencia del débil movimiento proárabe uruguayo con los núcleos de Brasil y Argentina.²²⁶ *Al Watan*, a falta de producción local de literatura de propaganda proárabe, dio publicidad al libro del importante intelectual y propagandista sirio-argentino Mlatios Khouri.²²⁷

La debilidad económica de la comunidad sirio-libanesa para sostener, si lo quisiera, una labor de propaganda intensa en favor de la causa árabe palestina, queda demostrada por el hecho de que a los directores de *Al Watan*, en un momento clave para la resolución del

²²³ *Al Watan*, “El Ministro del Líbano en Río de Janeiro”, pp. 10-11, 19 y 21.

²²⁴ *Al Watan*, “Las relaciones entre Siria y Uruguay”, noviembre de 1946, p. 18.

²²⁵ *La Mañana*, “Amigos del Uruguay en el Líbano”, 6/5/1948, p. 4.

²²⁶ *Al Watan*, “Ilustrarán a la opinión pública de América sobre el problema de Palestina”, setiembre de 1947, p. 18. Se refería a: Khouri, Mlatios. *Palestina corazón de los árabes*. Mendoza: Talleres Gráficos Jorge Best, 1949. En las primeras páginas el autor declaraba que el libro había sido “distribuido entre las altas esferas representativas del Continente Americano” (Ibid., p. 17).

²²⁷ *Al Watan*, “Palestina, corazón de los árabes”, noviembre de 1948, p. 41.

conflicto, sólo les fue posible publicar dos números, uno en setiembre de 1947 y otro en noviembre de 1948. El siguiente se publicó recién en 1950.

En Argentina, el sector proárabe en cambio contaba con una mayor organización y desarrollaba una ofensiva propagandística más importante que no tenía paralelo en Uruguay.²²⁸ El Comité Central Árabe Pro Ayuda a Palestina de Buenos Aires contaba con una publicación, cuyos primeros números –en los que se recogen, aunque algo tardíamente en 1948, las líneas propagandísticas de la delegación del Alto Comité Árabe para Palestina en Nueva York– son especialmente interesantes.²²⁹ En Argentina, el sector proárabe tenía una fuerte base de apoyo en la comunidad sirio-libanesa. Contaba, además, con un líder espiritual que cumplía también la función de delegado en América de la causa palestina, el Arzobispo libanés de Zahlé, Nifón Saba, y con Mlatios Khouri, acérrimo seguidor del Muftí de Jerusalén y gran propagandista de su causa.²³⁰ Este último era puntal del *lobby* propalestino en una comunidad árabe-argentina que, encabezada por la predominante colonia sirio-libanesa, parece haber tenido una postura moderada, dados sus importantes lazos con la comunidad judía.²³¹ La línea, en apariencia igualmente moderada de la comunidad sirio-libanesa uruguaya, parece haber abrevado de su par argentina.

²²⁸ No se profundizará en este trabajo el posicionamiento de otros países de la región sobre el problema de Palestina, a pesar de la especial relevancia de Brasil y Argentina, importantes para delinear el marco regional en que se inscribió la postura uruguaya. Para ahondar en estos aspectos se recomienda la lectura de Raanan Rein para el caso argentino (Rein, Raanan. *Argentina, Israel y los judíos...* Op. cit.), y de Vigevani, Tulio; Kleinas, Alberto. “Brasil-Israel: da partilha da Palestina ao reconhecimento diplomático (1947-1949)”. En: Breda dos Santos, Norma (org.). *Brasil e Israel: diplomacia e sociedades*. Brasília: Universidade de Brasília, 2000. De acuerdo a lo expuesto por Rein, puede deducirse que Argentina era un espacio más propicio para el desarrollo del proselitismo proárabe: pueden explicar esto su neutralidad ante la partición –devenida de su política de “tercera posición”–, su deseo de no enfrentarse frontalmente con los británicos, y la búsqueda del apoyo de los países árabes en su inestable situación en las Naciones Unidas. Ello no significó un enfrentamiento con los sionistas argentinos, que tuvieron gran libertad de acción, y sobre cuyas reivindicaciones había posiciones encontradas dentro de la diplomacia argentina. Brasil, por su parte, votó a favor de la partición en noviembre de 1947, pero no tuvo un papel importante en los debates como Guatemala o Uruguay, y según los autores consultados su decisión no fue fruto de un profundo compromiso prosionista. En cuanto a los grupos de presión internos, estos autores observan la presencia de una comunidad judía bastante movilizada respecto al problema palestino, colaborando como en Uruguay con la creación de una organización prosionista compuesta por no judíos (incluidos políticos en funciones), entre otras actividades de *lobbying*. En cuanto a los árabes, se dice que si bien constituían una minoría importante, no estaban igualmente movilizados, aún a pesar de haberse creado en Río de Janeiro una oficina de la Liga Árabe que sí realizaba actividades proselitistas contra la partición.

²²⁹ *Informativo del Comité Árabe Pro Ayuda a Palestina*. Buenos Aires: 1948, N° 1-6.

²³⁰ Cfr. Khouri, Mlatios. Op. cit., p. 17.

²³¹ Cfr. Rein, Raanan. *Los muchachos peronistas judíos...* Op. cit., p. 179.

Si bien es posible asegurar que las organizaciones sionistas argentinas –especialmente la DAIA– tenían contacto asiduo con sus paralelas uruguayas,²³² no es tan sencillo probar con el mismo grado de certeza una similar conexión entre la organización proárabe bonaerense y la montevideana. Ciertamente es, sin embargo, que el movimiento proárabe uruguayo recogía publicaciones provenientes tanto de Brasil como de Argentina, replicadas en sus propias piezas de propaganda.

5.2. La persistencia de los marcos ideológicos de la lucha antifascista y el nuevo equilibrio político de la posguerra como contexto favorable para la acción prosionista

Como ya fue desarrollado en el capítulo introductorio, el contexto internacional en que se insertó esta nueva etapa del problema palestino estuvo signada por la afirmación del antagonismo bipolar de la guerra fría. En las últimas décadas los historiadores latinoamericanistas han revisado las interpretaciones canónicas sobre la guerra fría, caracterizadas por la preponderancia de abordajes diplomáticos centrados en la agencia de las grandes potencias y sus principales decisores políticos. Estas nuevas lecturas, al proponer rescatar a actores subalternos así como dinámicas locales y regionales, no sólo han buscado hacer aportes conceptuales al campo sino que han cuestionado las periodizaciones tradicionalmente aceptadas. Siguiendo esta línea, los trabajos de Ernesto Bohoslavsky han demostrado cómo en Argentina los antagonismos propios de la guerra fría y de la lucha anticomunista que con ella se potenció, se integraron a marcos ideológicos y tensiones preexistentes como el antifascismo y el antiperonismo, que mantuvieron su vigencia más allá de la segunda guerra mundial.²³³ En un artículo escrito en conjunto con Mariana Iglesias planteó un análisis comparativo que contempla la trayectoria de los países del Cono Sur. Los

²³² Ya desde 1944 se han podido rastrear los nexos entre el movimiento sionista uruguayo y argentino. La revista *Sion*, de la Organización Sionista Theodor Herzl, perteneciente al sector sefaradí de la comunidad judía uruguaya, consignó en octubre de ese año la participación de delegaciones juveniles sionistas uruguayas en el 4º Congreso de la Confederación Juvenil Sionista Argentina (Cfr. *Sion*, “El congreso de la Confederación Sionista Argentina”, octubre de 1944, p. 3). El ya citado Congreso Sionista Latinoamericano de marzo de 1945 supuso una fase ulterior y probablemente más relevante de coordinación regional del movimiento sionista, pero este hecho no era nuevo, sino que contaba con varios antecedentes importantes en los años anteriores.

²³³ Cfr. Bohoslavsky, Ernesto; Vicente. Martín. “Sino el espanto’. Temáticas, prácticas y alianzas de los anticomunismos de derecha en Argentina entre 1955 y 1966”. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 14, Recuperado de: 2014, <http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAN14a11>.

autores muestran “cómo distintos actores se sirvieron de algunos elementos ideológicos transnacionales (...) tanto para interpretar la realidad local como para afianzar cierta autoimagen nacional y para caracterizar (...) a sus adversarios políticos”. Coinciden, a su vez, en que entre esos marcos ideológicos “[e]l antifascismo funcionó como un espacio de militancia, de formación y reproducción de identidades y de liderazgos políticos y sociales, así como un punto de encuentro multipartidario y a la vez a-partidario”²³⁴. Para el caso uruguayo, los autores destacan la importancia del clivaje antifascismo-filofascismo en el combate político hasta entrados los años cincuenta.²³⁵ Un relevamiento bastante extenso de la prensa uruguaya entre 1947 y 1955 confirma esta afirmación, incluso pudiéndose afirmar que el uso político del antifascismo, como arma y como definidor identitario, tuvo en ocasiones más importancia que el anticomunismo propio del discurso de guerra fría, con el que progresivamente se fue superponiendo en los primeros años de la década de 1950.²³⁶

Esto tiene importancia para el proceso aquí analizado, en primer lugar, porque los miembros de las organizaciones sionistas uruguayas compartieron espacios de militancia con buena parte de los políticos que, en la posguerra, pasaron a constituir los elencos gobernantes. Es posible considerar, como afirman Bohoslavsky e Iglesias, que el antifascismo, como espacio de militancia multipartidario, fue relevante en la formación de identidades y de marcos ideológicos mediante los cuales se interpretaba la realidad política. Si esto es así, se convierte en un elemento relevante para explicar la afinidad entre el discurso sionista y el de los políticos prosionistas uruguayos. De esta forma, la coincidencia de los sectores que expresaron una más comprometida defensa de la creación del Estado judío, con aquellos que habían coexistido en la lucha antifascista de los años treinta, se muestra como menos casual. La sensibilización con el drama humano de los judíos europeos y la idea de su justa reparación con la promesa de un Estado nacional, formaban parte de los tópicos del discurso

²³⁴ Bohoslavsky, Ernesto; Iglesias, Mariana. Op. cit., pp. 115-117.

²³⁵ Ibid., pp. 121-122. Un síntoma de esto es la queja de *La Mañana* a comienzos de 1948 ante lo que veía como un intento de echar mano “al viejo recurso de dividir al electorado en marzista y anti-marzista con el exclusivo objeto de abrir una brecha en la coincidencia lograda por los sectores mayoritarios” (*La Mañana*, 15/2/1948, p. 1).

²³⁶ Otra de mis líneas de investigación, en que estudio las derechas nacionalistas y el anticomunismo durante la guerra fría, sustenta esta afirmación. Un artículo inédito sobre los vínculos del peronismo con parte de esas derechas y la utilización del antiperonismo-antifascismo como arma política por otras, puede echar luz sobre estos aspectos: Adrover, Fernando. “El peronismo y las derechas uruguayas (1947-1955)”, artículo en proceso de evaluación por el *Anuario IEHS*.

antifascista desde bastante antes que la partición de Palestina fuera considerada por las Naciones Unidas.

Además, los líderes sionistas y los políticos prosionistas no judíos habían compartido durante años espacios de militancia, entablando relaciones de familiaridad y en algunos casos de afinidad, que más tarde favorecieron el privilegiado acceso de sus demandas al Parlamento y al Poder Ejecutivo. Algunos ejemplos de esta capacidad de *lobby* fueron referidos en el apartado anterior.

La importancia del Ateneo de Montevideo en el impulso de la causa sionista y el desarrollo de sus vínculos con figuras importantes de la política uruguaya fue capital. Ante todo brindó sus salas y dio publicidad a los actos de diversas instituciones de la comunidad judía y del movimiento sionista en general,²³⁷ espacios físicos que compartieron con las también diversas instituciones del movimiento antifascista. Los militantes antifascistas se encontraban igualmente nucleados en el Ateneo²³⁸ desde los primeros años de su actividad de oposición al terrismo. Rodríguez Fabregat, el delegado uruguayo que defendió la posición particionista en las Naciones Unidas, fue uno de los impulsores de la alianza de los sectores antiterroristas desde 1936. Rodríguez Fabregat, perteneciente a la agrupación Avanzar del Partido Colorado –fundada por Julio César Grauert–, dirigió el semanario *Frente Popular*, que buscó nuclear a batllistas, nacionalistas antiterroristas e incluso comunistas en el frente opositor.²³⁹ Otro connotado prosionista, como era Payssé Reyes, tras años de militancia antifascista acabó siendo presidente de la organización llamada Acción Antinazi en 1945. No es casual que el Ateneo, institución que se reivindicaba comprometida con la defensa de la democracia y la lucha contra los autoritarismos, cobijara tanto los intentos de concertación

²³⁷ Del relevamiento de los Libros de Entrada y Libros de Actas conservados en el Ateneo de Montevideo se desprende que, sólo en 1944, fueron elevadas y aceptadas solicitudes de numerosas organizaciones de la comunidad judía que organizaban ayuda a los judíos afectados por el nazismo, desarrollaban una labor proselitista en pos de la creación de un Estado judío en Palestina, o bien ambas. Entre ellas se contaban la Agrupación Max Nordau, la Nueva Organización Sionista en el Uruguay, la Federación Sionista, la Organización Sionista del Uruguay, el Comité Central Femenino Israelita, el Comité Coordinador Israelita (encargado de coordinar las ayudas enviadas a los judíos europeos), El Centro Social Israelita, la Nueva Congregación Israelita de Montevideo, la Organización Sionista Femenina del Uruguay (filial de la internacional WIZO), el Comité Juvenil Sionista pro Ayuda y Reconstrucción de Eretz Israel, la Unión Sionista, el Fondo Nacional Israelita, el CCIU. En los años siguientes algunas de esas organizaciones continuaron desarrollando sus actividades en las salas del Ateneo, e incluso se sumaron otras.

²³⁸ Cfr. Oddone, Juan Antonio. *Uruguay entre...* Op. cit., p. 159.

²³⁹ Cfr. Frega, Ana; Maronna, Mónica; Trochón, Yvette. “‘Frente Popular’ y ‘Concertación Democrática’”, *Cuadernos del CLAEH*, 2ª serie, año 10, n° 34, pp. 49-62, p. 55.

del movimiento antiterrorista,²⁴⁰ como a las diversas organizaciones antifascistas de la sociedad civil y al movimiento sionista y prosionista, compartiendo todos ellos incluso elencos dirigentes. Todos estos grupos y colectividades políticas se movilizaron el 12 de octubre de 1944 en un multitudinario acto callejero en defensa de la democracia y en repudio a las potencias del Eje.²⁴¹

Es posible sostener que todo esto constituyó un elemento favorable al acceso de las demandas sionistas a los ámbitos de toma de decisiones gubernamentales. Otro aspecto, directamente relacionado con el anterior, lo constituyó la importante modificación de la correlación de fuerzas políticas en el país. Ese cambio no sólo rehabilitó y llevó a los antiguos antifascistas en el poder, sino que puso a aquellos sectores tradicionalmente señalados como filofascistas en retirada, obligándolos a resignificar su lugar en la política nacional.

Ya se ha referido más arriba la identificación entre los sectores políticos que sostuvieron la dictadura de Terra y los regímenes fascistas, que les era imputada por algunas de sus manifestaciones de pública simpatía con ellos, amplificadas por la retórica de la oposición antiterrorista. El antifascismo, un marco ideológico de alcance mundial, se constituyó en una poderosa arma política en la lucha que en Uruguay dieron los sectores políticos desplazados por el terrismo. De esta forma, antifascismo y antiterrorismo se confundieron en un mismo discurso.

A partir de 1942 dos de estas fuerzas políticas antiterroristas, rehabilitadas y restituidas a la competencia electoral, se hicieron con importantes espacios de poder, tanto a nivel del Ejecutivo como del Legislativo. Se trató del batllismo y el nacionalismo independiente: el primero se haría finalmente con el control del poder Ejecutivo a partir de 1947, mientras que el segundo, además de lograr una importante presencia en el Parlamento, había conseguido influir en carteras clave, como el Ministerio de Relaciones Exteriores, que encabezó Eduardo Rodríguez Larreta entre 1945 y 1947. Justamente en materia de política exterior estos dos sectores compartieron un discurso fuertemente comprometido con el panamericanismo y la intervención colectiva (tal como se profundizará más adelante), que mostró una continuidad

²⁴⁰ En 1938, tras el fracaso de un primer intento de frente opositor, el Ateneo renovó los esfuerzos —esta vez con exclusión de los comunistas— mediante la convocatoria a un Congreso Democrático (Frega, Ana; Maronna, Mónica; Trochón, Yvette. “‘Frente Popular’...”. Op. cit., p. 58).

²⁴¹ Cfr. *El Bien Público*, “Por la justicia, la libertad y la democracia internacional”, 13/10/1944, p. 3; *Sion*, “El gran mitin democrático del 12 de octubre”, octubre de 1944, p. 2.

entre su prédica durante la segunda guerra mundial²⁴² y en los primeros años de la guerra fría.

Por su parte, el herrerismo y la derecha antibatllista del Partido Colorado, antiguos sostenedores de la dictadura de Terra, al ser desplazados del poder, se encontraban ocupados en un esfuerzo por tomar distancia de las acusaciones de filofascismo, cuentas del pasado que mantenían gran vigencia en la lucha política. La prensa del riverismo tuvo, probablemente, más éxito en esa empresa. En repetidas ocasiones y suscitando duros cruces con *El Debate*, *La Mañana* buscó reescribir su pasado como el de una fuerza siempre demócrata y antifascista, al tiempo que exhibía pruebas de las simpatías autoritarias del diario herrerista. *El Debate*, a su vez, realizaba la misma operación.²⁴³ Probablemente la exitosa integración electoral del riverismo en el Partido Colorado junto a la mayoría batllista –aunque esto no agotara las rencillas internas– y su decidido apoyo al panamericanismo sostenido por dicho partido como línea oficial, facilitaron su rehabilitación. De esta forma, los antifascistas de la primera hora le reprocharon su filofascismo mucho menos que al herrerismo. Las simpatías del sector mayoritario del Partido Nacional con el peronismo y su compromiso con el tercerismo en política internacional, oponiéndose duramente al panamericanismo, comprometieron mucho el éxito de su operación de distanciamiento de toda sospecha de filofascismo. Contra el sector liderado por Luis Alberto de Herrera sí se agitaron recurrentes acusaciones de filofascismo, tanto desde la derecha como desde parte de la izquierda –en particular el Partido Socialista– en los prolongados debates sobre política internacional. *El Día*, que encabezaba el hostigamiento de varios medios de prensa al herrerismo,²⁴⁴ le cuestionaba su oposición al panamericanismo en nombre del antiimperialismo y de un nacionalismo que los batllistas y nacionalistas independientes consideraban insano y

²⁴² En este contexto, su objetivo era cerrarle el paso a gobiernos considerados filofascistas como el peronismo y mantener la seguridad del continente.

²⁴³ Todavía en 1952 era usual que esporádicamente *La Mañana* recurriera a las pruebas del filofacismo herrerista para descalificar a su oponente político (Cfr. *La Mañana*, “Ante un burdo infundio de ‘El Debate’”, 30/4/1952, p. 3; *La Mañana*, “Nuevas muestras de la ‘Kultur’ herrerista”, 3/5/1952, p. 3). *El Debate* recurrió a las mismas estrategias en respuesta: *El Debate*, “Sin autoridad moral”, 27/4/1952, p. 3; *El Debate*, “¡¡Estos son los que quieren enjuiciarnos!!”, 29/4/1952, p. 1.

²⁴⁴ Ya en 1944 había publicado un editorial muy representativo, titulado “Herrerismo y nazismo”: *El Día*, “Herrerismo y nazismo”, 25/3/1944, p. 5. *El País* secundaba este esfuerzo, refiriéndose al “nazi-herrerismo”: *El País*, “Nazi-herrerismo”, 14/3/1945, p. 5.

perimido.²⁴⁵ Al mismo discurso, en buena medida como expresión de su redefinición ya mencionada, se plegó *La Mañana*.²⁴⁶ Los principios de política internacional defendidos por el herrerismo eran considerados por el diario batllista –uno de los principales voceros del panamericanismo– como parte de su vocación antidemocrática:

“En su constante fobia antidemocrática, así como antes estuvo contra las naciones democráticas que luchaban contra el nazismo, lo que, como es evidente, significaba estar en favor del nazismo, ahora está otra vez contra las naciones democráticas que procuran poner un dique a los apetitos desbordados del bolsheviquismo [sic] ruso, lo que, como es evidente, significa estar en favor del bolsheviquismo.

(...) En suma, el herrerismo es... ¡cualquier cosa!, con tal que eso sea tratar de socavar la democracia, sin perjuicio de aparentar, como también lo hacían los nazis, y como igualmente lo hace el comunismo, un exaltado amor democrático, para inspirar confianza, a la manera del criminal que finge amistad para apuñalar por la espalda a la víctima ingenua.”

El editorialista concluyó que “*para tener solidaridades cómplices con el comunismo, no hace falta ser comunista. Basta con ser nazi*”.²⁴⁷ Este fragmento resume algunas ideas ya expresadas: por un lado, puede verse la vigencia de los marcos ideológicos del antifascismo en la lucha política, que progresivamente y durante varios años se fue imbricando con los lugares comunes del discurso anticomunista de la guerra fría; y en relación con esto, la insistente asociación del herrerismo con el nazismo.

Lo que se ha pretendido demostrar hasta aquí es que los aliados potenciales del sector proárabe, o al menos potenciales opositores a la orientación elocuentemente prosionista de

²⁴⁵ Ya fuera que se lo llamara simplemente chauvinismo o doctrina de las “soberanías absolutas” o “ilimitadas”, entendían que se trataba de una rémora del pasado que debía superarse si se pretendía buscar con éxito la pacificación mundial. Un nacionalismo “sano”, limitado por las imposiciones de la seguridad colectiva, debía prevalecer, siguiendo el impulso democrático y la guía de Estados Unidos y superando nocivos discursos antiimperialistas, ya fuera de los “soviéticos” o los “sovietizantes”, “comunizantes” o “cretinos útiles” que desde el tercerismo hacían el juego al comunismo (todavía en 1952 *El Día* seguía insistiendo en el peligro de los “comunizantes”: *El Día*, “Más peligrosos que los comunistas son los comunicantes”, 5/7/1952, p. 5). Sobre las críticas al “mito de la soberanía ilimitada” se expresaba en 1947 *El País* (*El País*, “El mito de la soberanía limitada”, 18/5/1947, p. 3), retomando los conceptos ya desarrollados por el propio Rodríguez Larreta años antes (*El País*, “El dogma de la soberanía contra el derecho internacional”, 13/8/1944, p. 5 y 2).

²⁴⁶ Cfr. *La Mañana*, “Soberanía nacional y 'nacionalista'”, 31/3/1945, p. 4. En este editorial se establece también el contraste entre “soberanía nacional” y “nacionalista”.

²⁴⁷ *El Día*, “El herrerismo y su complejo...”, 4/5/1947, p. 6.

la diplomacia uruguaya, se encontraban debilitados y hostigados, empeñados en distanciarse de cualquier posicionamiento que pudiera ser señalado como expresión de su filofascismo. Esto reforzaba, por tanto, un clima mucho más favorable para que prosperara una posición prosionista.

El tratamiento y el posicionamiento del gobierno argentino en torno al problema palestino ofrecen un contrapunto interesante que permite reforzar el anterior argumento.

La situación en Argentina era menos favorable para el acercamiento y potencial alianza del movimiento sionista con las élites locales. Los movimientos opuestos al antisemitismo recibieron apoyo explícito de sectores antifascistas vinculados con el radicalismo, el socialismo y el comunismo. Esto se institucionalizó en el Comité contra el Racismo y el Antisemitismo de finales de los años treinta, integrado por radicales como Ricardo Balbín, Arturo Frondizi y Arturo Illia, el socialista Américo Ghioldi y el comunista Emilio Troise.²⁴⁸ Algunos de estos aliados provenían de los sectores que más tarde fueron mayoritariamente opositores al peronismo, movimiento que se hizo con el poder a partir de 1945.²⁴⁹ De hecho, en las elecciones de 1946, la mayoría de la comunidad judía argentina votó por la oposición a Perón. Raanan Rein ha abordado en dos de sus libros²⁵⁰ la compleja relación entre la comunidad judía y el peronismo, buscando echar por tierra una visión simplificadora de la oposición de aquélla al régimen instaurado en 1945, pero reconociendo que en su heterogeneidad, la colectividad judía mantuvo una mayoritaria reserva y recelo respecto del peronismo.²⁵¹

²⁴⁸ Algunos de estos políticos, como Américo Ghioldi acabaron siendo perseguidos e incluso obligados al exilio por parte del gobierno peronista.

²⁴⁹ Cfr. Feldman, Miguel, Op. cit., pp. 105-106.

²⁵⁰ Rein, Raanan. *Argentina, Israel y los judíos...* Op. cit; Rein, Raanan. *Los muchachos peronistas judíos...* Op. cit.

²⁵¹ La representación de la comunidad judía argentina estuvo disputada durante el gobierno de Perón por la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) y la Organización Israelita Argentina, defensora del peronismo y minoritaria dentro de la comunidad. Rein desmiente el presunto filofascismo y antisemitismo de Perón, entendiéndolo como parte de la campaña política en su contra, y contrastante con varias manifestaciones de simpatía con la comunidad judía e incluso con la causa sionista. Afirma, además, que en su concepción –en buena medida corporativa– de la nación Argentina, una de las innovaciones del primer peronismo fue la inclusión dentro de la comunidad nacional de diversas comunidades étnicas, aceptándose su identidad múltiple. Los cambios políticos posteriores al golpe de Estado de 1955 en Argentina, que derrocó al gobierno de Perón, llevaron a un profundo proceso de “desperonización” de la comunidad judía y al silenciamiento de la memoria histórica de los fuertes lazos que parte de sus referentes mantuvieron con el peronismo (Rein, Raanan. *Los muchachos peronistas judíos...* Op. cit., pp. 20-22).

Si bien es exagerado adjudicarle al peronismo una antipatía respecto a los reclamos sionistas, y máxime si se tiene en cuenta su heterogeneidad, eclecticismo ideológico y pragmatismo, cierto es que sus raíces históricas y la presencia en su seno de referentes de la derecha antiliberal y filofascista argentina, llevaron en su tiempo a asociarlo con tendencias antisemitas. Esta asociación fue movilizada ampliamente por la oposición antiperonista en Argentina y en el exilio. Uno de los elementos que justificaron tal asociación fue la posición internacional asumida por el gobierno militar tras el golpe de 1943, decididamente neutralista y distanciada de la “cruzada” de las democracias contra el fascismo, en la que se habían comprometido muchos de los países latinoamericanos alineados con Estados Unidos. Es por esto, y por los rasgos nacionalistas y autoritarios de su elenco dirigente y aliados políticos, que “no sorprende que en la opinión democrática del país y del exterior el régimen militar fuese visto como un experimento fascista”.²⁵² ²⁵³ En contraste, buena parte del elenco político liberal, de los estudiantes universitarios e intelectuales, e incluso sectores de la izquierda tradicional argentina, estuvieron comprometidos en los años siguientes con un renovado movimiento civil antifascista opuesto al peronismo en ciernes.

A la tendencia antisemita de muchos de los líderes del golpe de 1943 en Argentina se sumaron los múltiples ataques a la comunidad judía y los lemas antisemitas de los aliados conservadores de Perón, que se perfilaba como un importante líder dentro de la oficialidad golpista. Asimismo, la inicial alianza de Perón con la Iglesia Católica al acceder a la presidencia, despertó pocas simpatías por parte de los judíos. Finalmente, el mantenimiento de los funcionarios responsables de la política discriminatoria contra la inmigración judía, extendida por largo tiempo tras la asunción de Perón, no ayudó a mejorar las relaciones. No obstante, Perón y algunos líderes peronistas de segunda línea hicieron demostraciones de buena voluntad para con los judíos a partir de 1947, negando los señalamientos sobre su antisemitismo.²⁵⁴ Con todo, los ataques antisemitas de los sectores peronistas conservadores y la discriminación migratoria del gobierno persistieron.²⁵⁵

²⁵² Torre, Juan Carlos, *Los años peronistas (1943-1955)*, Buenos Aires: Sudamericana, 2002, p. 18.

²⁵³ En referencia al viraje nacionalista en el ejército y su visión con respecto a Alemania, ver: Rouquié, Alain, *Poder militar y sociedad política en la Argentina*, Buenos Aires: Emecé, 1981-1982, vol. I, cap. 7 y vol. II, cap. 1.

²⁵⁴ La comunidad judía tuvo en Eva Perón y el Ministro del Interior Ángel Borlenghi canales de acceso de demandas especialmente relevantes.

²⁵⁵ Cfr. Rein, Raanan, *Argentina, Israel y los judíos...* Op. cit., cap. 2.

Todo esto redundó en una cierta debilidad relativa de los vínculos de los sectores sionistas con las élites políticas argentinas, si se compara con lo que se daba en Uruguay. Esto fue reforzado por consideraciones de pragmatismo diplomático que acercaron, al menos hasta 1948, a la política exterior argentina primero a un claro filoarabismo y posteriormente a una postura de neutralidad. Rein ha demostrado como la heterogeneidad del cuerpo diplomático argentino –donde el canciller Bramuglia no ejercía un control absoluto– y la compleja inserción del país en las Naciones Unidas, llevaron a un posicionamiento poco comprometido con la causa sionista. La delegación Argentina en las Naciones Unidas se encontraba liderada por el nacionalista filofranquista José Arce, de notorias simpatías proárabes y que ostentaba “una gran aversión hacia los judíos y su ambición de establecer un Estado soberano”.²⁵⁶ Tras expresar inicialmente su opinión antisionista en el AHC, debió ajustarse a la pragmática abstención que adoptó la diplomacia argentina en relación a este problema, a pesar de desear revertirla hacia una inclinación proárabe.²⁵⁷ Más allá del rechazo que esta postura suscitó en el canciller Bramuglia, dadas sus inclinaciones prosionistas, Rein demuestra que la abstención fue en gran medida funcional para la política exterior argentina. El ingreso del país a las Naciones Unidas había sido muy controvertido y su posición en la organización era débil, siendo importante para su fortalecimiento la temprana alianza establecida con los países árabes, que no se quería comprometer.²⁵⁸ Para el autor, la prescindencia de Perón²⁵⁹ respecto a los roces que el asunto de Palestina suscitó en su cuerpo diplomático, es una muestra de su deliberada ambigüedad y su voluntad de no comprometer los lazos –que tenía o buscaba tener– con las comunidades judía y árabe en Argentina, evitando ceder abiertamente ante la presión de alguna de ellas.²⁶⁰ Sólo después de instaurado el Estado de Israel se puede ver un giro hacia una actitud más amistosa, estableciendo ambos países relaciones diplomáticas y comerciales, algo que puede explicarse probablemente por la búsqueda del mejoramiento de la imagen de Argentina –asociada en los años anteriores a

²⁵⁶ Rein, Raanan. *Los muchachos peronistas judíos...* Op. cit., p. 181.

²⁵⁷ Ibid., p. 189.

²⁵⁸ Ibid., pp. 171-172.

²⁵⁹ Las manifestaciones públicas de Perón no lo mostraron alineado con ninguna posición clara respecto a Palestina, dando señales favorables tanto a sionistas como a proárabes alternativamente. Esa ambigüedad y eclecticismo se manifestaron incluso en la conformación de la delegación argentina a las Naciones Unidas, donde permitió que convivieran Arce y el ex socialista cercano a Bramuglia, Enrique Corominas, con simpatías prosionistas. Esto se coronaba con un notable silencio respecto a las posturas encontradas de estos diplomáticos, en cuyo conflicto no intercedió (Rein, Raanan, *Argentina, Israel y los judíos...* Op. cit., pp. 41-47).

²⁶⁰ Rein, Raanan. *Los muchachos peronistas judíos...* Op. cit., pp. 175-179.

una neutralidad pro-Eje– y la complementación económica entre este país e Israel, que dio motivos para cultivar el vínculo entre ambos Estados.²⁶¹

Si bien las líneas de la acción proselitista de las organizaciones sionistas no difirieron notablemente en Uruguay y Argentina, e incluso la importancia demográfica y los recursos económicos de la comunidad judía argentina eran mayores a los de su par uruguayo,²⁶² la prédica sionista en Argentina cosechó menos éxitos. Sus vínculos con los sectores antifascistas existieron, pero éstos últimos no constituyeron una fuerza política hegemónica en la segunda posguerra, como sí sucedió en Uruguay. Al menos hasta 1953²⁶³ el nacionalismo tercerista mantuvo su vitalidad en Argentina, rigiendo los destinos de su política exterior. También es cierto, como ya fue expuesto, que la presencia de la comunidad árabe y el despliegue de su acción proselitista fueron mayores en Buenos Aires que en Montevideo, lo que constituye otra diferencia notable.

Puede decirse que para la élite política uruguaya comprometer sus vínculos con una muy minoritaria comunidad árabe en el país no constituía, probablemente, un problema demasiado grave. Sin embargo, la comunidad árabe argentina era mucho más numerosa, poderosa económicamente, y con nexos con el poder político ya desde décadas anteriores.²⁶⁴ Como ha demostrado Raanan Rein, la política de captación de adeptos por parte del peronismo alcanzó a esta comunidad y tuvo en ella una temprana y bastante más entusiasta recepción que en la comunidad judía.²⁶⁵ Estos vínculos se insertaban en el contexto de una política más generalizada de incorporación doble, al movimiento peronista y a la nación argentina, de comunidades de inmigrantes de diverso origen a las que se respetaba sus dobles identidades. Tales vínculos eran los que estaban en juego en el posicionamiento argentino

²⁶¹ Cfr. Rein, Raanan. *Argentina, Israel y los judíos...* Op. cit., cap. 3.

²⁶² En lo referente a la comunidad judía argentina, Raanan Rein ofrece cifras variables sobre su peso demográfico (del censo oficial y de cálculos de la propia comunidad), que para 1947 reportan un número que va desde las 250.000 a las 285.000 personas aproximadamente, en una población total de 15.893.827 (Ibid., p. 27). El 70% de los judíos argentinos vivían en la Capital Federal (Presidencia de la Nación. Ministerio de Asuntos Técnicos, *IV Censo general de la nación*, Tomo 1, Buenos Aires: Dirección Nacional del Servicio Estadístico, 1947, p. 1). Si bien el peso relativo respecto de la población de las comunidades judías en Argentina y Uruguay eran similares, los judíos argentinos eran más en términos absolutos y constituían un porcentaje más importante en relación a la población de la capital del país.

²⁶³ Oddone, Juan Antonio. *Vecinos en discordia...* Op. cit., pp. 62-66.

²⁶⁴ Rein, Raanan; Noyjovich, Ariel. Op. cit., cap. 1.

²⁶⁵ Ibid., pp. 83-92.

respecto al problema palestino, teniendo en cuenta que la comunidad árabe contaba con una nada despreciable capacidad de *lobby* sobre el gobierno.²⁶⁶

Este hecho constituye otro contraste respecto a la situación uruguaya, siendo la comparación de las trayectorias de ambos países un ejercicio útil para determinar el peso de algunos factores que hasta aquí se han sopesado para explicar la línea adoptada por Uruguay.

²⁶⁶ Ibid., pp. 129-130.

6. El problema palestino en el marco de la construcción de la política internacional uruguaya en la posguerra

6.1. El posicionamiento uruguayo sobre el problema palestino en el marco de la formulación de una política internacional en tiempos de incertidumbres y posibilidades

La observación de Mauricio Müller en *Marcha*, referida más arriba, acerca del porqué de la opción prosionista de la diplomacia uruguaya, abre un nuevo ángulo para el abordaje del problema estudiado. Müller sostenía que esa orientación prosionista había sido adoptada en tanto no suponía enfrentarse a ningún interés poderoso a nivel mundial. Hasta aquí se ha buscado argumentar que las vinculaciones entre los sectores sionistas y antifascistas ya desde los años treinta favorecieron el acceso de las demandas de los primeros a las esferas del gobierno, máxime cuando esos sectores antifascistas hegemonizaron el poder en la posguerra. La vigencia de los marcos ideológicos del antifascismo como definidores de identidades y arma política fortaleció, también, la incorporación de las reivindicaciones sionistas a la agenda diplomática durante esos años. Se trata de definiciones de la política interna que se proyectaron en los alineamientos de la política internacional uruguaya.

Pero resulta poco probable que esto fuera así si se hubieran encontrado serias presiones por parte de las grandes potencias en otra dirección, si el contexto internacional hubiera sido desfavorable, o bien el posicionamiento frente a ese problema concreto hubiera sido contraproducente para la orientación más general de la política exterior del país. De esta manera, las escuetas palabras de Müller insinúan algo que merece un más detenido análisis: la complementariedad o coherencia de la proyección de las definiciones de política interna que se han analizado en los capítulos anteriores, con los horizontes de posibilidad y limitaciones que ofrecía el contexto internacional, y condicionaban la orientación ensayada por la política exterior uruguaya en aquellos años.

Como ya fue señalado en varias ocasiones en las páginas anteriores, la orientación panamericanista de la política exterior uruguaya se fue afianzando desde la transición

baldomirista.²⁶⁷ Esta línea fue reafirmada por el batllismo al acceder al poder y expresada por el propio Batlle Berres en su discurso de asunción, advirtiendo sin embargo que ello no significaba un compromiso abierto con el intervencionismo:

“Democracia y paz y libertad, son términos sinónimos que se confunden en un solo continente, y que sólo reclaman lealtad y energía para imponerlos.

Y estas ideas de respeto a los derechos del pueblo y de lucha por la democracia y la paz, entiendo que es beneficioso proyectarlas en las relaciones internacionales, porque lo que es norma para nosotros tiene que ser anhelo para con todos los pueblos, preocupación sentida hacia los hermanos de América.

*Las instrucciones dadas a nuestra brillante delegación a la Conferencia de Río de Janeiro, son las de mantener firmemente los más puros principios de la convivencia internacional. Arbitraje amplio, resoluciones tomadas por mayoría y acatadas por todos y fortalecimiento y respeto de la forma democrática de todos los pueblos, es la línea trazada. Es claro que esto no puede suponer intervencionismo (...) pero sí reclama solidaridad de todos los pueblos para asegurar la paz y la democracia, porque está en el interés de todos imponer estos ideales y hacerlos respetar, desde que su imperio significa progreso, felicidad y justicia social.”*²⁶⁸

La importancia de este elemento no debe menospreciarse a la hora de explicar la postura uruguaya en relación al problema de Palestina. A pesar de ello, no se puede explicar el posicionamiento prosionista uruguayo como un reflejo de una presunta orientación similar de Estados Unidos. Las simpatías personales de Truman con la causa sionista y las presiones ejercidas por su gobierno para la autorización de la entrada de inmigrantes judíos a Palestina, echando por tierra las limitaciones del Libro Blanco de 1939, eran cuestiones internacionalmente conocidas, como también lo eran las presiones contradictorias que albergaba su administración en torno al problema palestino.²⁶⁹ No obstante, la incertidumbre acerca de la definición de Estados Unidos respecto a la partición se prolongó hasta avanzado el mes de noviembre de 1947. En contraste, la posición uruguaya al respecto fue de temprano compromiso con la causa judía, habiéndose pronunciado el delegado Payssé Reyes y el

²⁶⁷ Cfr. Marchesi, Aldo; Markarian, Vania. Op. cit., pp. 119-122.

²⁶⁸ *El Día*, “El presidente de la República, Sr. Luis Batlle Berres, se dirigió al país”, 15/8/1947, p. 6. Esta línea fue más tarde reafirmada en la conferencia de Río de Janeiro (Cfr. *El Día*, “El canciller uruguayo expuso la posición de su gobierno en el problema de seguridad regional”, 17/8/1947, p. 5; *El Día*, “Uruguay reafirmó en Quitandinha su tradicional principismo democrático”, 30/8/1947, p. 4).

²⁶⁹ Sobre esto ver: Cohen, Michael J. *Truman and Israel*. Op. cit., caps. 5 y 6.

canciller Serrato al respecto en la Conferencia de San Francisco en 1945, según sostiene José Jerozolimsky.²⁷⁰ Jaime Bayley, uno de los integrantes de la delegación uruguaya en las Naciones Unidas que desde setiembre informaba a través de la prensa el posicionamiento uruguayo respecto a Palestina, dio un claro testimonio de la incógnita en torno a la postura de Estados Unidos aún en octubre de 1947, concluyendo que del más o menos enérgico apoyo de esa potencia dependía la suerte definitiva del proyecto sionista de un Estado judío.²⁷¹

La solución particionista como forma de materializar esa aspiración encontró en el delegado uruguayo Rodríguez Fabregat uno de sus primeros y principales impulsores en las Naciones Unidas, como ya fue señalado. El mismo Rodríguez Fabregat se vio más tarde enfrentado a la delegación estadounidense que propuso dar marcha atrás con el plan particionista e implementar, en cambio, un fideicomiso de las Naciones Unidas sobre el territorio afectado por el estallido de la guerra entre árabes y judíos. Sobre esto el delegado uruguayo fue elocuente:

“The feelings of the people there had indicated the general line of the solution. The progress in agriculture, the organization of rural communities, and the building of cities, as well as educational, industrial and cultural development, showed what might be the nature of the Jewish national home when it received its sovereignty. After these achievements, UNSCOP could not envisage a return to the trusteeship system.

(...) The question now was whether the Assembly could contradict its first resolution and the facts arising out of it. If it did, it would be in the position of trying to prevent its own creature from living. The Assembly had made its earlier decision on the basis of facts, and it could not now by fiat stop the growth of the two States to which it had given life.”²⁷²

Por tanto, es imposible hablar de un reflejo de la postura estadounidense frente al problema. Como se ha pretendido argumentar en el capítulo anterior, el origen de ese

²⁷⁰ Jerozolimsky, José. Op. cit., p. 17. En marzo de 1945, el semanario sionista sefaradí *Sion* publicó las cartas que la Federación Sionista y el Comité Central Israelita del Uruguay respectivamente enviaron a la delegación uruguaya en la conferencia, mientras el CUPP y la Alianza Uruguaya Mundo Libre, referente del movimiento antifascista local, hacían lo propio (Cfr. *Sion*, “Vida judía local. El judaísmo uruguayo en Chapultepec”, marzo de 1945, p. 4). La pretensión era instar a que el bloque latinoamericano esgrimiera una declaración conjunta respecto al problema judío, con vistas seguramente a la proyectada Conferencia de San Francisco que finalmente dio lugar a la Carta de las Naciones Unidas. En México, delegados de la Agencia Judía llegaron incluso a entrevistarse con Serrato (Cfr. *Sion*, “Intervención ante el canciller uruguayo”, marzo de 1945, p. 13).

²⁷¹ Cfr. *El Día*, “El ambiente de las reuniones de la UN a través de las impresiones del delegado uruguayo Dr. Bayley”, 6/10/1947, p. 5.

²⁷² ONU, Asamblea General, Primer Comité, Sesión 125ª (A/C.1/SR.117-141), 26 de abril de 1948, pp. 84-85.

compromiso estuvo mucho más relacionado con cuestiones que respondían a los alineamientos de política interna, aunque existiera la confianza de que Estados Unidos acompañaría tal orientación,²⁷³ y aunque algunos actores políticos señalaran incluso a Rodríguez Fabregat como un agente a sueldo de esa potencia.²⁷⁴

Una lectura que busque explicar las orientaciones diplomáticas uruguayas meramente como expresión su alineación proestadounidense, en función de su dependencia y la hegemonía imperialista de la potencia, es reduccionista en tanto resta importancia a la agencia y a la convicción de los decisores políticos uruguayos. Existe también otro extremo, que puede señalarse como simplificador, que interpreta la convicción prosionista sostenida por los delegados uruguayos como una expresión de su principismo, presentado en buena medida como una fuerza ineludible que se sobrepuso a las poderosas presiones en su contra. Rosa Perla Raicher sostiene, basándose en una carta de Jacobo Hazán a Moshe Tov, que tales presiones fueron ejercidas por el embajador británico en Uruguay, así como directamente a los miembros de la delegación uruguaya en el UNSCOP a través del embajador uruguayo en Gran Bretaña.²⁷⁵ Sin embargo, los archivos consultados – especialmente el del Ministerio de Relaciones Exteriores y el personal del presidente Batlle Berres– no han permitido corroborar la hipótesis sostenida por la autora de que existieran tales presiones británicas en pos de un posicionamiento solidario con sus intereses en la

²⁷³ Las manifestaciones de Truman en favor de la aceptación por Gran Bretaña de un mayor flujo de inmigrantes judíos hacia Palestina fueron ampliamente cubiertas por la prensa uruguaya (Cfr. *El Debate*, “Truman quiere que entren judíos en Palestina”, 5/10/1946, p. 2; *El Bien Público*, “El presidente Truman busca un entendimiento con Inglaterra en el problema en Palestina”, 15/10/1946, p. 1; *La Tribuna Popular*, “Truman y el problema judío”, 5/10/1946, p. 12; *La Tribuna Popular*, “Truman reafirma su tesis favorable a la entrada de refugiados judíos a Palestina”, 29/10/1946, p. 11; *El Día*, “En enérgica declaración Truman pide la entrada de cien mil judíos en la Palestina”, 5/10/1946, p. 5; *El Día*, “Londres recibió la réplica de Truman sobre la Palestina”, 12/10/1946, p. 4). Lo mismo sucedió con las reacciones árabes de rechazo a las opiniones del presidente estadounidense, presentando esto como una prueba más de la simpatía de Truman por los reclamos sionistas (Cfr. *El Día*, “El rey de Arabia Saudita censura a Truman su recomendación en favor de los judíos”, 18/10/1946, p. 5; *La Mañana*, “El Comité Árabe formuló acusación contra Truman”, 8/7/1946, p. 2; *La Mañana*, “Protestan los árabes contra la declaración de Truman”, 7/10/1946, p. 2; *El Bien Público*, “El rey Ibn Saud de Arabia Saudita, objeta al Presidente H. Truman su apoyo a los judíos”, 18/10/1946, p. 1; *El Debate*, “Sigue levantando protestas la protección de Truman contra los judíos”, 19/10/1946, p. 2). En un editorial de *La Mañana* se advertía esa movida de Truman como la expresión de una búsqueda de poner a las “dos grandes fuerzas atávicas” –judíos y árabes– al servicio de las grandes potencias (*La Mañana*, “La cuestión de Palestina y el plan de Truman”, 6/10/1946, p. 5).

²⁷⁴ Se trataba de *Justicia*, lo que motivó airadas protestas y desmentidos por parte del hijo de Rodríguez Fabregat en *El País*: *El País*, “Formula una aclaración el Sr. Rodríguez Fabregat”, 22/4/1947, p. 3; *El País*, “La designación de Rodríguez Fabregat”, 23/4/1947, p. 3.

²⁷⁵ Raicher, Rosa Perla. Op. cit., p. 181.

cuestión de Palestina. Si bien existen testimonios de desplantes y trabas interpuestas por los británicos al UNSCOP, interpretados como boicot a su actividad,²⁷⁶ uno de los integrantes de la comisión, el guatemalteco García Granados reconoció que el trato del canciller británico “*para con nosotros [el UNSCOP] y nuestras recomendaciones finales*” fue “*fluctuante entre una completa indiferencia y una fría tolerancia*”.²⁷⁷ No hay en sus memorias señalamientos de abiertas presiones del Foreign Office.

Sólo el portavoz de la comunidad británica en Montevideo, *The Sun*, puede dar algunas pistas de cómo ésta, que representaba intereses muy poderosos en el Uruguay, pudo ejercer presiones sobre las decisiones del gobierno.

La sección de internacionales de *The Sun*, basada en cables de UP, con los aportes de la BBC y la United Network Broadcasts, seguía el problema con mucha más atención que la prensa uruguaya, dado su interés en la política exterior británica de posguerra.²⁷⁸ En lo referente a la política interna, brindaba a sus lectores información que los demás diarios locales no ofrecían. En abril de 1947 anunció la intervención del diputado Payssé Reyes pidiendo informes al canciller sobre la posición adoptada por Uruguay ante la propuesta de creación del UNSCOP. El editor adelantó la respuesta, pues decía conocer la posición afín del Ministerio de Relaciones Exteriores a la creación de tal comisión.²⁷⁹

En abril y mayo de 1947, los editores de *The Sun* estaban convencidos de que en las Naciones Unidas la causa sionista –que veían como reñida con la ley y la ética– no iba a recibir apoyos suficientes, y que este organismo se iba a inclinar por un estado árabe con garantías para la minoría judía o un estado binacional. Esto era expresado en términos tales que es posible confundirlo con una expresión de deseo, motivada por la dura postura

²⁷⁶ Por ejemplo, ver: García Granados, Jorge. Op. cit., pp. 38-40).

²⁷⁷ Ibid., p. 40.

²⁷⁸ Es preciso destacar en relación a este punto que, en muchos casos, notas recogidas de diarios británicos o comentarios editoriales expresaban descontento con las presiones ejercidas por los Estados Unidos sobre la política exterior británica, algo que puede interpretarse como fruto del declinamiento británico y el crecimiento de la hegemonía norteamericana, vivida con cierta amargura por los responsables de *The Sun*. Un ejemplo de ello es una nota editorial que expresaba: “*Great Britain, whether her rule in Palestina has been wise or not, has been the Legal Government of that country ever since she received the Mandate from the League of Nations, and it seems to us inadmissible that the U.S. Government should have allowed money to be collected in the United States for the avowed use of fomenting violently subversive activities against the Legal Government with which the United States is in friendly relations.*” (*The Sun*, “Post-war”, 24/4/1947, p. 1).

²⁷⁹ Cfr. *The Sun*, “In the chamber of Tuesday”, 17/4/1947, p. 4.

antisionista del diario, y es difícil verlo como un análisis profundo y sagaz de la realidad política internacional.²⁸⁰

Cuando los hechos demostraron lo equivocado de esa predicción, y especialmente tras conocerse el plan de mayoría del UNSCOP, el tono crítico al sionismo por parte de *The Sun* se hizo más airado, a veces bordeando el antisemitismo.²⁸¹ El siguiente pasaje puede ofrecer una ajustada síntesis de la opinión de este medio de prensa sobre el sionismo: “*we look upon Political Zionists as the worst enemies of Jewry in the present day; and we shall continue to campaign against them as long as we can lift a pen*”.²⁸²

Finalmente, una vez conocida la resolución 181, un extenso editorial de *The Sun* argumentó por qué creía, coincidiendo con los representantes árabes, que las Naciones Unidas habían recibido una herida de muerte, destruyendo su legitimidad al actuar en contra de su propia Carta constitutiva, en lo que llamó “*a case of suicide*”.²⁸³

En cuanto al impacto de la prédica de *The Sun* en su contexto, es necesario destacar que recibió manifestaciones de indignación por parte de la comunidad judía local, a las que respondió reafirmando sus argumentos y sosteniendo que su combate al sionismo suponía un compromiso con el bienestar de los judíos.²⁸⁴ También es preciso destacar la suma cautela con la que el diario trató la postura prosionista que durante todo el proceso sostuvo el gobierno uruguayo. A pesar de que se reputaban absurdos los argumentos en apoyo de las aspiraciones sionistas por delegados a las Naciones Unidas, se acusaba la necesidad de representaciones como la guatemalteca, por ejemplo, nunca se hacía referencias directas a

²⁸⁰ Cfr. *The Sun*, “Post-war”, 23/5/1947, p. 1, y *The Sun*, “Post-war”, 27/5/1947, p. 1.

²⁸¹ En julio, se hizo notablemente más duro el tono con el que *The Sun* buscaba denostar al sionismo, y principalmente al ala calificada como intransigente y representada por el grupo norteamericano dirigido por Silver. Se criticaba la intransigencia de no haber aceptado la oferta británica de un Estado judío en Uganda, se repudiaba el terrorismo, y se abonaba la idea de que la fórmula mandataria de “Hogar Nacional” no había significado nunca la promesa de un estado independiente. Se publicaba la opinión de un analista norteamericano que criticaba duramente la doble lealtad de los sionistas estadounidenses y el hecho de que manipularan y utilizaran a los ciudadanos de ese país en aras de los intereses de la judería mundial (*The Sun*, “Zionists in the USA”, 16/7/1947, p. 2 y 4). Más tarde se intentó rebatir los argumentos del nacionalismo judío, sobre todo la idea de un ininterrumpido vínculo y deseo de regresar a la tierra de Palestina por parte de ese pueblo, así como la representatividad del sionismo (al que se consideraban una “minoría ruidosa” dentro del judaísmo) con respecto a los judíos, al tiempo que se matizaba la importancia del aporte civilizatorio de los judíos en Palestina y su ayuda durante la guerra, buscando por otra parte reivindicar la obra de la administración madataria (*The Sun*, “Palestine”, 31/8/1947, p. 2 y 4).

²⁸² *The Sun*, “With enemy arms”, 27/9/1947, p. 2.

²⁸³ Cfr. *The Sun*, “A case of suicide”, 2/12/1947, p. 2.

²⁸⁴ Cfr. *The Sun*, “A case of suicide”, 6/12/1947, p. 2.

los diplomáticos uruguayos. Incluso al lamentar la declaración oficial de reconocimiento al Estado de Israel por parte del gobierno uruguayo, la cautela primó, aunque sin perder ocasión para dejar planteadas ciertas suspicacias acerca de las motivaciones de tal reconocimiento:

*“In conformity to what we consider to be the proper conduct of a foreign newspaper published in any country, we refrain to comment on the above Decree in any way. We nevertheless allow ourselves to express the hope that Uruguay’s recognition of the Zionist State will not in any way diminish the readiness she has always shown to admit displaced Jews who, we fear will, in a not too far distant future, be in greater need than ever of hospitality. We emit this hope, because we have been informed on reliable authority, that several Latin-American countries will limit the immigration of Jews on the ground that they now have their own country in Palestine, to which they can go.”*²⁸⁵

Un posible elemento que pudo haber ayudado a no generar tensiones con el gobierno británico fue que, más allá de que algunas manifestaciones de Rodríguez Fabregat en esa dirección, no existieron entre el elenco gobernante asociaciones entre su postura respecto a Palestina y una condena más general al imperialismo británico, o un compromiso fuerte con los procesos de descolonización que afectaban al imperio. Incluso fue prácticamente unánime la condena al terrorismo sionista, que suponía un fuerte drama humano para los súbditos de la corona.

Ocupados ambos países en largas negociaciones, que acabarían con el convenio de pagos para desbloquear las libras adeudadas por Gran Bretaña durante la guerra,²⁸⁶ y teniendo en cuenta que el gobierno británico se enfrentaba a una difícil situación económica, es posible que ninguno de los dos deseara perturbar las relaciones bilaterales con actitudes demasiado enérgicas.

Otro elemento importante a tener en cuenta en la explicación del proceso es el debate que se encontraba en un primer plano durante esos años, referente al lugar de las pequeñas naciones en la política internacional en relación a las grandes potencias, y el papel que debían jugar en el marco de las Naciones Unidas en pos del mantenimiento de la paz. En este sentido,

²⁸⁵ *The Sun*, “Palestine”, 21/5/1948, p. 4.

²⁸⁶ Sobre este punto ver: Clemente, Isabel. *La política exterior de Uruguay hacia Gran Bretaña; 1930-1952: la Cancillería frente al desafío de la transición en el orden internacional*. Serie Documentos de Trabajo, vol. 60. Montevideo: Udelar-FCS, Unidad Multidisciplinaria, 2002, pp. 27-29.

autores como Katryn Sikkink han destacado la importancia de estados del “sur global”, y en especial de los países latinoamericanos, como protagonistas, entre otras cosas, de la imposición de la idea de derechos humanos en la jurisprudencia internacional a partir de 1945, logrando vencer las resistencias de los países poderosos para incorporar definiciones fuertes en estos temas dentro de la carta de las Naciones Unidas. Sikkink afirma que en buena medida la promoción de estos principios constituía una salvaguarda para los estados débiles, frente a las intervenciones arbitrarias de los poderosos, y reconoce que su éxito dependía en parte de la posibilidad de conseguir aliados dentro de esas naciones poderosas.²⁸⁷ Lo cierto es que, en esta etapa formativa de las Naciones Unidas, existía una gran representación de los países latinoamericanos en proporción al total de sus miembros, y que en algunos asuntos llegaron a mostrar su capacidad de coordinación y acción conjunta, como en el impulso de los derechos humanos, o del español como idioma oficial de los documentos y deliberaciones de la organización, llegando a hablar de un “bloque latinoamericano”.²⁸⁸

El lugar de las naciones pequeñas tuvo un lugar importante en las discusiones de la Conferencia de San Francisco –especialmente al plantearse el problema del veto y la integración del Consejo de Seguridad–, siendo replicado en la prensa uruguaya. El herrerismo reivindicaba el lugar de las pequeñas naciones en función de su discurso antiimperialista y tercerista, considerándolas el antídoto a la hegemonía absoluta de las grandes potencias en el nuevo orden mundial.²⁸⁹ En el otro extremo, el nacionalismo independiente se mostró mucho menos entusiasta con el hecho de promover el protagonismo de los países menores, sosteniendo:

“Creemos que, aunque son todas esas legítimas aspiraciones que integran un ideal del mundo del futuro, no es este el momento, a nuestro juicio, de insistir demasiado en tales reclamos. Ese ideal es, por ahora, inasequible. Las grandes potencias han ganado la guerra con tremendos sacrificios y eso les concede el derecho a asumir, por un largo plazo, la dirección y responsabilidad del mundo de la post-guerra.”

²⁸⁷ Sikkink, Katryn. Op. cit.

²⁸⁸ Sobre las relaciones entre las delegaciones sudamericanas se ocupó recurrentemente Jaime Bayley en su serie de crónicas publicada en *El Día* durante el primer período de deliberaciones. En especial, sobre la coordinación latinoamericana ver: *El Día*, “El ambiente de las reuniones de la UN. a través de las impresiones del delegado uruguayo Dr. Bayley”, 6/10/1947, p. 5.

²⁸⁹ *El Debate*, “Los derechos de los ‘pequeños’”, 26/3/1945, p. 1.

Se consideraba, además, que la excesiva crítica y censura de ciertos aspectos de la estructura de las Naciones Unidas por las pequeñas naciones podía redundar en la inoperancia y el desprestigio que condenó a la Sociedad de Naciones. Con el estallido de la guerra entre judíos y árabes esta preocupación se hizo más acuciante, destacándose que Palestina para las Naciones Unidas “*constituirá el elemento de prueba en virtud del cual la humanidad le concederá ampliamente su confianza, o se la retaceará*”;²⁹⁰ demandándole, por tanto, “*actuar resueltamente*” ante las tendencias belicistas.²⁹¹ En este entendido, se instaba especialmente “*a las repúblicas latinoamericanas, que habiéndose dado en Méjico una organización política y jurídica avanzada y tranquilizadora, no tienen por qué mantener una preocupación excesiva, ni tampoco aspiraciones exageradas en la dirección de la organización mundial*”.²⁹² En síntesis puede decirse que el nacionalismo independiente se mostraba menos entusiasta respecto a la necesidad de Uruguay de impulsar una línea propia y una cierta autonomía relativa respecto al bloque occidental nucleado en torno al “liderazgo moral” de Estados Unidos.

El Día exhibió una postura intermedia, pues si bien consideró inadecuado que las pequeñas naciones pudieran “entorpecer” la reorganización del mundo en la posguerra, no coincidió en minimizar su rol, lo que significaría desde su punto de vista una “regresión” respecto a las conquistas logradas en el plano de las relaciones internacionales. De todas formas, el diario batllista reservaba un protagonismo sólo a aquellas naciones que estuvieran alineadas –detrás de los Estados Unidos, vale decir– del lado de la democracia, “*del lado de los principios*”.²⁹³

Con todo, la posición oficial de Uruguay, expuesta por el canciller Serrato en San Francisco, buscó potenciar la participación de los pequeños estados dentro de los límites que la hegemonía de los grandes permitía. Entre sus propuestas se encontraban la exigencia de mayorías especiales para “resoluciones de trascendencia” y su participación en las deliberaciones –aunque sin voto– del Consejo de Seguridad.²⁹⁴

²⁹⁰ *El País*, “La ‘UN’ ante la guerra en Palestina”, 28/5/1948, p. 5.

²⁹¹ *El País*, “La ‘UN’ decidida a permanecer indecisa”, 31/5/1948, p. 3.

²⁹² *El País*, “Las pequeñas potencias en San Francisco”, 28/4/1945, p. 5.

²⁹³ *El Día*, “Perspectivas internacionales”, 5/4/1945, p. 7.

²⁹⁴ *El Día*, “Discurso pronunciado en la Conferencia de San Francisco por el canciller Serrato”, 14/5/1945, p. 7.

Si en términos generales desde la cancillería se defendía como principio –con los matices señalados– la agencia de esos países menores en el seno de las Naciones Unidas, en lo específico se buscaba garantizar para Uruguay un rol de cierta notoriedad en el plano internacional, que la coyuntura de la posguerra ofrecía como posibilidad para los países que pudieran exhibir sus credenciales democráticas. El hecho de que la formulación de la seguridad colectiva de la OEA fuera potenciada como modelo para las Naciones Unidas,²⁹⁵ podría significar una oportunidad para renovar en ese plano mundial el protagonismo que Uruguay había logrado en el ámbito panamericano.

Sobre esta pretensión, Real de Azúa afirma que “en los tiempos revolucionarios que entrábamos queríamos esgrimir un Derecho Internacional que se estaba inventando como instrumento de nuestra proyección en el mundo, como trampolín de nuestras ansias ilimitadas de figuración”.²⁹⁶ Se trata de la voluntad de dar al Uruguay una importancia en el plano diplomático que superara lo esperable para una nación periférica, pequeña y poco poderosa, explotando para ello una reputación de país democrático muy valorada en el contexto de la segunda posguerra. Esto se encontraba muy presente, como se ha visto, en el discurso de varios actores políticos y medios de prensa, aunque con matices y diferencias.

Isabel Clemente sostiene que esa actitud se correspondía con un compromiso con el multilateralismo que, a pesar del alineamiento panamericano, se concebía “desde una posición de autonomía relativa, por lo general asociado al grupo de países que sustentaron las posturas más independientes”²⁹⁷ (aunque no vinculado a los conceptos de “tercera posición”, usualmente asociados a regímenes como el peronista, con cierta reputación internacional filofascista). No obstante, la autora sostiene que en la posguerra el margen de autonomía uruguayo se vio disminuido en relación al período de entreguerras, en buena medida por las presiones norteamericanas y por el declive británico, que hacía desaparecer “un elemento fundamental en la relación pendular de Uruguay con las grandes potencias”.²⁹⁸

²⁹⁵ Sobre esta pretensión era elocuentes algunos editoriales de *El País*: *El País*, “El procedimiento en la acción internacional”, 7/7/1944, p. 5; *El País*, “Orientación internacional”, 11/4/1945, p. 5.

²⁹⁶ Real de Azúa, Carlos. Op. cit., p. 13.

²⁹⁷ Clemente, Isabel. *Política exterior de Uruguay...* Op. cit., p. 31.

²⁹⁸ Ibid., p. 29. Cfr. también: Ibid., p. 9.

En este contexto complejo, la intención del servicio exterior uruguayo parecía ser la de buscar mayor proyección internacional,²⁹⁹ marcar presencia e iniciativa diplomática, con un firme alineamiento pro-norteamericano –del que la Doctrina Rodríguez Larreta es un claro exponente– y que se vio complementada por cierto grado de autonomía en asuntos de importancia secundaria con respecto al alineamiento proestadounidense. A su vez, no puede descartarse el hecho de que esta mayor proyección internacional fuera puesta al servicio del interés de salvaguardar la seguridad de Uruguay a nivel regional, teniendo en cuenta a las pretensiones hegemónicas argentinas.³⁰⁰ La constante reafirmación del perfil democrático de Uruguay en contraste con un gobierno argentino señalado por sus tendencias “totalitarias” debe entenderse en relación a ese objetivo, máxime cuando la aceptación de Argentina en las Naciones Unidas había sido problemática y Uruguay conservaba aún el papel de importante enclave democrático en el Río de la Plata ante las desconfianzas estadounidenses respecto a Argentina.³⁰¹

Es posible afirmar, en suma, que el caso de Palestina fue uno en el que la diplomacia uruguaya se permitió ese margen de actuación autónoma, al tiempo que mediante un rol protagónico en su solución materializó esa aspiración general a una mayor incidencia de las pequeñas naciones en el concierto internacional, y particular del país en ese escenario. La Organización de las Naciones Unidas constituyó el espacio privilegiado para el impulso de esta política, poco factible en otro contexto que no fuera ese, y que incluso en su seno no estuvo exenta de dificultades y sinsabores para la diplomacia uruguaya.³⁰²

La posguerra e incipiente guerra fría suponían un contexto de incertidumbre para relaciones internacionales. Se trataba de un tiempo de definiciones, donde la forma

²⁹⁹ El discurso que Luis Batlle Berres dirigió a los jefes de las misiones diplomáticas uruguayas el 28 de octubre de 1948, giraba en torno al prestigio internacional del país dado por su calidad de democracia modelo y a la necesidad de una labor intensa e incansable para recuperar espacio perdido en la arena internacional. Por esta razón es un ejemplo de lo antes mencionado. Cfr. Batlle Berres, Luis. *Pensamiento y acción (ideario y artículos)*. Tomo II. Montevideo: Alfa, 1966, pp. 61-62.

³⁰⁰ En este punto es preciso recordar lo expuesto en el estado de la cuestión de este trabajo acerca de las nociones de “escudo protector” vinculadas a la relación entre Uruguay y Estados Unidos, y también volver sobre los aportes de Juan Antonio Oddone acerca del triángulo constituido por los vínculos entre Uruguay, Argentina y Estados Unidos.

³⁰¹ Sobre esto ver: Oddone, Juan Antonio. *Vecinos en discordia...* Op. cit. y Adrover, Fernando. Op. cit.

³⁰² En este sentido, las crónicas de Jaime Bayley se lamentaban del fracaso uruguayo en resolver a su favor los “cabildeos” que dirimieron las presidencias, vicepresidencias y relatorías de las diversas comisiones de las Naciones Unidas (Cfr. *El Día*, “El ambiente de las reuniones de la UN a través de las impresiones del delegado uruguayo Dr. Bayley”, 5/10/1947, p. 5).

institucional a adoptar por las Naciones Unidas constituía un debate aún abierto. Por su representación en el seno de la organización y por la voluntad de potenciar su importancia diplomática, las repúblicas latinoamericanas eran una fuerza importante. Para Uruguay, al igual que Argentina,³⁰³ Brasil o Guatemala, que tuvieron cargos o actuaciones relevantes en los órganos de las Naciones Unidas, también fue por ello un contexto de oportunidades.

6.2. *Las características del servicio exterior uruguayo y la importancia del perfil personal de sus diplomáticos*

Como ya fue mencionado, la delegación uruguaya en el UNSCOP tenía a Rodríguez Fabregat como delegado permanente, acompañado por Óscar Secco Ellauri y Edmundo Sisto. Rodríguez Fabregat, como jefe de la delegación, fue quien tuvo un papel más destacado en las discusiones. Así lo atestiguan los documentos oficiales de las Naciones Unidas. Si bien es preciso tener reservas frente a los testimonios elogiosos de determinadas fuentes, en las memorias de su colega en el UNSCOP, el guatemalteco García Granados, también se le atribuyó una gran relevancia a su acción³⁰⁴, al igual que Jaime Bayley, quien calificó de “descollante” su desempeño. Según el embajador británico Gordon Vereker, Secco Ellauri también cumplió una función importante en el marco de los complejos equilibrios políticos del cuerpo diplomático: bien valorado por la diplomacia británica, se tenía “*entendido que ejerció una influencia moderadora sobre las afinidades pro-Sionistas de su colega el Señor Enrique Rodríguez Fabregat*”.³⁰⁵

Rodríguez Fabregat era un personaje con una actuación política previa de cierta importancia: diputado entre 1923 y 1933 con un breve interludio en que se desempeñó como Ministro de Instrucción Pública (1926-1927), en su peculiar derrotero político se integró a la

³⁰³ Es preciso destacar que la candidatura de Argentina para integrar el Consejo de Seguridad suscitó preocupación y discusiones en Uruguay entre quienes en buena medida por su antiperonismo no la veían con buenos ojos y aquellos que la defendían. Esta polémica fue recogida por *La Mañana*, que defendió la pertinencia del nombramiento de Argentina—. Cfr. *La Mañana*, “La elección de la Argentina en la UN”, 5/10/1947, p. 3; *La Mañana*, “La Argentina en la UN”, 9/10/1947, p. 3.

³⁰⁴ La simpatía y el reconocimiento de García Granados a Rodríguez Fabregat trasunta todo el relato de sus memorias. García Granados, Jorge. Op. cit.

³⁰⁵ Informe de Gordon Vereker, 11/7/1949, reproducido en: Nahum, Benjamín. *Informes diplomáticos de los representantes del Reino Unido en el Uruguay*. Tomo IX. Montevideo: Udelar, 1999, p. 144.

disidencia del batllismo impulsada por Julio María Sosa y más tarde formó parte de la agrupación Avanzar de Julio César Grauert. Con ella impulsó frustrados proyectos de alianza pluripartidaria para enfrentar al gobierno de Terra y acabó exiliándose, iniciando así un derrotero por varios países de América y desarrollando su actividad como escritor, profesor universitario y periodista. Durante la guerra, ya asentado en Estados Unidos, participó del programa *La voz de América*, y fue periodista de la NBC, agencia para la que cubrió las negociaciones de paz y luego las instancias preparatorias para la formación de las Naciones Unidas.³⁰⁶ Algunas de sus crónicas sobre la Conferencia de San Francisco fueron publicadas por *El País* y denotan su agudo análisis y familiaridad con los asuntos allí tratados.³⁰⁷ El conocimiento que esta actividad periodística le diera sobre el panorama diplomático, pudo haber influido en su nombramiento como delegado permanente de Uruguay en Naciones Unidas en 1947, a lo que se sumó su filiación batllista y su buena relación con Luis Batlle Berres. Esto parece haberlo hecho acreedor de la confianza del presidente, quien le concedió una amplia libertad de acción.³⁰⁸

La delegación uruguaya en las Naciones Unidas contaba con pocos recursos económicos y humanos,³⁰⁹ algo que según los datos y testimonios que se hacían públicos a

³⁰⁶ Esto es corroborado por: Etchegoimberry, Delia. *Op. cit.* y por Daniel Rodríguez Oteiza (en entrevista ya citada).

³⁰⁷ *El País*, “Las cuatro grandes figuras de la conferencia hicieron conocer las ideas, exponiendo además sus pretensiones”, 28/4/1945, p. 2; *El País*, “Cuando tanto quebrantamiento ha entrado en la vida universal, cuesta mucho desbrozar el trágico sendero”, 5/5/1945, p. 2; *El País*, “‘Austero y profundo, como el espíritu de su pueblo, fue el mensaje sobre la paz irradiado por el Pte. Truman’”, 9/5/1945, p. 2; *El País*, “Continúa todavía el primer plano de la discusión en San Francisco el sistema de los acuerdos regionales”, 15/5/1945, p. 2; *El País*, “El Acta de Chapultepec tendrá vigor propio hasta que el consejo de seguridad entre a actuar en un conflicto”, 16/5/1945, p. 2; *El País*, “El problema de las Areas Bajo Mandato Tratan las Delegaciones en la Conferencia de San Francisco”, 18/5/1945, p. 2; *El País*, “La conferencia debe dar en definitiva la nueva ley del mundo, el código universal de las naciones”, 21/5/1945, p. 2.

³⁰⁸ Su hijo Daniel Rodríguez Oteiza (en entrevista ya citada) sostiene que tenía una relación de amistad y de estrecha confianza, que esto le permitió cierto margen de iniciativa en su labor en el UNSCOP así como en otros asuntos. Según su testimonio, esto explicaría en parte que no exista un nutrido intercambio solicitando instrucciones, pues se habría partido de instrucciones básicas iniciales (apoyar la partición de Palestina) al tiempo que se dejaba libertad de acción en los detalles.

³⁰⁹ En lo referente a los recursos humanos, las carencias quedan de manifiesto en el informe que el embajador en Estados Unidos, Juan Carlos Blanco, envía al ministro Marques Castro, donde se relata que ante la indisposición del delegado Manini Ríos, no asistió representación uruguaya a una subcomisión, por recaer sobre otro delegado la asistencia a dos comisiones simultáneas (Informe de Juan Carlos Blanco a Mateo Marques Castro, AGN, Fondo Luis Batlle Berres –en adelante AGN-LBB-, Caja 48, Carpeta MMRREE, 1947, f. 18.). Noticias de las carencias económicas llegaron incluso a la prensa a través de las crónicas de Jaime Bayley, quien sin embargo destacaba los denodados esfuerzos de los delegados en las Naciones Unidas para servir al país (Cfr. *El Día*, “Describe el Dr. Jaime Bayley las fatigosas jornadas que cumplen los delegados uruguayos en la UN”, 16/10/1947, p. 5). Sobre este punto también se expresaba Héctor Payssé Reyes en 1949, actuando como delegado en las Naciones Unidas: “Y si nuestros representantes actúan bien, como lo hacen por regla

través de la prensa, constituía uno de los problemas más acuciantes para un servicio exterior precario y de deficiente organización.³¹⁰

A pesar de estas dificultades, de los sucesivos informes de la delegación y en especial del correspondiente a la tercera sesión (setiembre-diciembre de 1948), se desprende la voluntad de tener una participación activa en todas las comisiones, elevando proyectos y enmiendas, y exponiendo en todas ellas una postura clara y comprometida. Esa actividad se complementaba con una nutrida agenda de reuniones extraoficiales con diplomáticos importantes, así como diversas declaraciones a medios de prensa.³¹¹ Todo esto ratifica lo que se sostenía en el apartado anterior acerca del afán de la diplomacia uruguaya por potenciar su papel internacional.

Otro problema que afectó al desempeño de la delegación uruguaya en las Naciones Unidas durante buena parte de 1947, estuvo constituido por las disputas internas debidas a las disímiles orientaciones políticas de sus miembros.

La oposición herrerista denunciaba por aquellos años las deficiencias del servicio exterior uruguayo a través de la prensa. Era muy elocuente al afirmar que existía un “desorden escandaloso” debido a que los cargos no se encontraban provistos por criterios técnicos y asumidos por diplomáticos de carrera, sino por “*intereses y componendas políticas hasta el*

general, ello prestigia al país y le va dando este crédito internacional del cual nos enorgullecemos. Pero hay que crear las posibilidades materiales para una acción fecunda. Acá como en la historia ganamos batallas. Rodríguez Fabregat ha servido muy bien al país (...). No tiene Oficina, auxiliares ni dinero. La palanca del mundo, hoy, es la propaganda. No hay propaganda sin dinero.” (Carta de Héctor Payssé Reyes a Luis Batlle Berres, 24 de abril de 1949, AGN-LBB, caja 110, Carpeta ONU, f. 2). Esto es corroborado por el mismo Rodríguez Fabregat (carta de Enrique Rodríguez Fabregat al senador Juan F. Guichón, 27 de mayo de 1949, AGN-LBB, caja 110, ONU). Mientras que los implicados en labores diplomáticas se referían a su abnegado trabajo con pocos recursos, y al sacrificio de los funcionarios diplomáticos, parte de la prensa uruguaya acusaba desorganización, incompetencia y corrupción por parte del personal del servicio de relaciones exteriores uruguayo, cuya reforma consideraban urgente (*El Bien Público*, “Los servicios de relaciones exteriores”, 1/2/1948, p. 3).

³¹⁰ Sobre denuncias de tal desorganización, ver: *El Debate*, “Formidable desbarajuste en R.E.”, 2/3/1947, p. 3.

³¹¹ Cfr. Informe de lo actuado en la Tercera Sesión de la Asamblea General de Naciones Unidas, y carta de Enrique Armand Ugón fechada en noviembre de 1948, AGN-LBB, caja 110, ONU. En otra carta de octubre se resaltaba más elocuentemente el esfuerzo de marcar presencia por parte de la delegación uruguaya en todos los temas discutidos: “*nunca se ha dejado vacío el lugar de nuestro país, lo que por desgracia no ocurre con las delegaciones de otros países latino-americanos; por ausencia de 4 de estos países se perdió la adopción del idioma español, como idioma de trabajo*” (carta de Enrique Armand Ugón a Luis Batlle Berres, 25 de octubre de 1948, AGN-LBB, caja 110, ONU).

*extremo de convertirlos, como (...) se hizo, en un muestrario de nepotismo y receptáculo de figuras decadentes o sin ubicación posible dentro del escenario político”.*³¹²

La distribución de los cargos ejecutivos tras la asunción de Tomás Berreta llevó a la cancillería al baldomirista Mateo Marques Castro. Su discurso de asunción, en el que reafirmó pero marcó matices respecto a la tendencia panamericanista de la política exterior uruguaya, despertó esperanzas entre quienes deseaban un atemperamiento de ese compromiso³¹³ y críticas entre sus más acérrimos defensores.³¹⁴

La designación de los representantes uruguayos en las Naciones Unidas implicó también una división de cargos por cuota política que redundó en una gran heterogeneidad en la delegación. Muy representativa de estos problemas es una carta de Enrique Armand Ugón, integrante de dicha delegación, enviada a Luis Batlle Berres a través de su medio hermano Marcos Batlle Santos, tras no tener éxito en hacerla llegar por otras vías. Además de constituir una prueba de los heterodoxos canales de comunicación de un integrante del servicio exterior con el presidente, la carta de Armand Ugón expresaba su preocupación por la acción de algunos integrantes de la delegación, *“totalmente incompatible con la tradición democrática del Uruguay”* y que ponía en riesgo, a su entender, el prestigio del país. El hecho concreto que motivó la misiva fue la designación de Pedro Manini Ríos como jefe de delegación, y su decisión de no intervenir en la discusión sobre el ingreso de la España franquista a las Naciones Unidas, lo que motivó una *“lucha áspera y violenta”* entre los representantes uruguayos. Sobre el problema afirmaba el remitente:

“No nos sentimos con derecho para plantear en el seno de la delegación luchas que puedan llegar al escándalo o provocar incidencias o renunciaciones resonantes que podrían ser explotadas en perjuicio del Gobierno. No queremos hacer mártires, ni hacer el juego al antibatllismo. Por encima de nuestras vehemencias están el País y su Gobierno. Entonces ¿cómo puede arreglarse esto?”

La causa radica en la notoria heterogeneidad de la Delegación (del punto de vista político) y esto no es imputable a Vd. que, encontrando la cosa hecha al asumir el Gobierno, ha tratado de mejorar el estado de cosas, integrándola con hombres

³¹² *El Debate*, “Reorganización total de R.E.”, 11/4/1947, p. 3.

³¹³ Cfr. *La Mañana*, “Declaraciones del Ministro de Relaciones Exteriores”, 11/3/1947, p. 3 y 2; *La Tribuna Popular*, “El Uruguay vuelve a su tradición internacional”, 12/3/1947, p. 1.

³¹⁴ Cfr. *El País*, “Las declaraciones del ministro de R. Exteriores”, 13/3/1947, p. 3.

identificados con su espíritu democrático, conocedores de su pensamiento y que anhelan reflejar honor sobre el País y su Gobierno.

La heterogeneidad política (y también de otros órdenes) de la Delegación no sería tal vez un mal irremediable, ni invencible. Ha venido a agravarlo la actitud del Jefe de la misma, su inclinación por el sector de opinión adversa a las ideas del Gobierno (...).”

Ante esta situación, Armand Ugón hizo, además, algunas recomendaciones:

“1º: Podría sumarse en la utilidad de comunicar a [Juan Carlos] Blanco que, en os casos en que él no pueda intervenir, la jefatura de la Delegación la ejercerá X. (Estimo que puede ser Fabregat y fundarse la elección en su calidad de Delegado permanente en la UN, y su gran conocimiento del ambiente y los problemas a debatirse).

2º: Podría enviarse a la Delegación (mejor que a Blanco) una ampliación pormenorizada de las instrucciones anteriores, especialmente casos España, Palestina, veto, Italia, creación de una Comisión Permanente (proposición Marshall). ”³¹⁵

Varios elementos se desprenden de la carta. En primer lugar se refuerza un argumento ya desarrollado: la política internacional constituía, efectivamente, un espacio en que se prolongaban y en el que se dirimían las pugnas políticas internas, y en las que el antifascismo seguía siendo un definidor político potente. No en vano fue el problema español, elemento central en la lucha antifascista, el que motivó las agrias disputas internas de la delegación. En segundo término existe en la carta, de forma implícita, un reconocimiento de las diferencias de orientación en política exterior entre el canciller y un presidente que encontró “la cosa hecha” tras la muerte de su predecesor. Por otra parte, Armand Ugón se dirigió directamente a Batlle Berres a pesar de las evidentes dificultades para hacerle llegar su carta, no hizo sus descargos al ministro, posiblemente presumiendo una menor receptividad a sus reclamos en titular de la cartera. Además, es notable el hecho de que solicitara al presidente el envío de instrucciones directas a la delegación, sin pasar por los canales de la cancillería. Otro elemento importante a destacar es que se nombraba a Rodríguez Fabregat como un funcionario capaz, digno de confianza y buen intérprete de los principios que debían regir la política exterior de un gobierno batllista.

³¹⁵ Carta de Enrique Armand Ugón a Marcos Batlle Santos, 23 de setiembre de 1947, AGN-LBB, caja 38, Correspondencia Presidente, 1947.

Es cierto que el problema de Palestina aparece entre aquellos que Armand Ugón enumeraba como relevantes y para los que se necesitaban instrucciones más precisas. Pero es posible reconocer que, a pesar del entusiasmo y compromiso que en sus informes demostraba Rodríguez Fabregat,³¹⁶ no parecía ser un asunto central, a juzgar por el lugar que ocupó en las instrucciones que finalmente fueron dadas a la delegación. Mayor centralidad se daba a otros asuntos, como el tan problemático reconocimiento del gobierno de Franco.³¹⁷

En resumen, de todo lo expuesto anteriormente es posible concluir que la labor de los diplomáticos uruguayos en las Naciones Unidas estuvo signada por la carencia de recursos, una buena dosis de desorganización, por la diversidad de adscripciones partidarias y de signos ideológicos que motivaron mutuas desconfianzas y poca articulación entre los delegados en una línea de acción coherente. Asimismo, parece haber predominado en el caso de algunos delegados la tendencia a evitar los canales institucionales de la cancillería para obtener directivas, en buena medida para salvar los problemas derivados de esa heterogeneidad política. Los batllistas, presumiblemente, evitaron en algunos momentos esos canales oficiales, ante la presencia de un ministro no lo suficientemente afín a su línea en política internacional. La propia desorganización y falta de solidez institucional del Ministerio de Relaciones Exteriores pudo beneficiar que eso fuera posible. El hecho de que sus archivos no conserven demasiados informes de actuación y copias de las instrucciones enviadas a los delegados, puede ser tomado como un síntoma de lo antes mencionado.

Como denotan las piezas de correspondencia citada (siendo de lamentar que no se conserven copias de las respuestas del presidente que, según se deduce de las referencias del delegado, contenían instrucciones), buena parte de los lineamientos diplomáticos eran dados

³¹⁶ El entusiasmo de Rodríguez Fabregat quedó de manifiesto en la sección del informe que remitió a la cancillería tras la asunción de Daniel Castellanos como ministro, en el que presentó el plan de partición como el “Plan de Uruguay”, un invalorable aporte a la solución de un problema trascendental para el mundo, aliviando el “doloroso y prolongado” drama sufrido por los judíos (Informe de la Delegación Uruguaya en las Naciones Unidas al Ministro de Relaciones Exteriores Daniel Castellanos, 6 de abril de 1948, AGN-LBB, caja 88, MMRREE 1948-1960, f. 6). En ese informe mostraba además su sensibilización con la situación de los niños judíos retenidos por los británicos en los campos de refugiados de Chipre, lo que veía como un drama humano de urgente solución, algo que reiteraría más tarde en sus memorias (Cfr. Rodríguez Fabregat. Op. cit., pp. 26-39).

³¹⁷ En una carta del 15 de noviembre de 1948, el nuevo jefe de la delegación, Enrique Armand Ugón, afirma que mientras Rodríguez Fabregat fue encargado del asunto judeo-árabe, él atendió otra comisión donde “se tratarán asuntos de mayor interés para nuestro país” (Carta de Enrique Armand Ugón a Luis Batlle Berres, 15 de noviembre de 1948, AGN-LBB, caja 109, f. 2).

a través de estos intercambios personales –a menudo con lenguaje informal–, que eran recibidos muchas veces por Batlle Berres en su domicilio particular.³¹⁸

En el caso concreto de Rodríguez Fabregat, todo lo expuesto hace verosímil que, dada la confianza depositada en él como batllista por el presidente y dado el difícil relacionamiento interno en la cancillería, recibiera relativamente pocas instrucciones. Las características descritas acerca del funcionamiento del servicio exterior creaban condiciones propicias para que, tanto el nivel de compromiso como la línea seguida por un delegado en una subcomisión sobre un problema específico, dependiera en cierto grado de su temperamento y convicción personal. Debido a esto, y máxime cuando el problema palestino no era la preocupación central para la diplomacia uruguaya, esta variable debe ser integrada a la explicación del porqué de la orientación prosionista de Uruguay en las Naciones Unidas. Indicios del peso de este elemento personal pueden rastrearse en una carta del diputado batllista José Quadros, enviada a Batlle Berres desde París. En ella se refiere de forma sobreentendida a unas instrucciones recibidas (éstas no aparecen en los archivos) sobre la posición a seguir por Uruguay, a la luz de las modificaciones al plan de partición que había propuesto en 1948 el mediador en la guerra, el conde Bernadotte. Las instrucciones, según Quadros, sirvieron para evitar que la línea uruguaya fuera dirigida por la oposición de Rodríguez Fabregat a esos cambios:

*“Sobre el problema de Palestina ayer recibimos la contestación a nuestra consulta. En este asunto el único que está en oposición al resto de la delegación es Fabregat, quien se siente un poco el padre de la criatura y no quiere que le modifiquen nada. La actitud de Fabregat no puede ser, ya que ello significaría dogmatizarse alrededor de una solución que la experiencia está demostrando que ha fracasado.”*³¹⁹

Es posible que el impulso y la convicción personal, refrenados en este caso por las instrucciones recibidas, guiara la actuación del delegado en buena parte del proceso.

³¹⁸ El paso por los canales del Ministerio de Relaciones Exteriores no parecía ser la regla. Armand Ugón escribía, en la carta antes citada, recién en octubre de 1948: “*En cuanto a su carta (...) una vez leída procedo en forma aconsejada. He dispuesto que dos veces por semana se comuniquen a la Cancillería las actividades de la delegación (...)*”. Esto es confirmado por Daniel Rodríguez Oteiza en la entrevista que se le realizara (entrevista antes citada). Igualmente, sobre la posición a tomar frente al Plan Bernadotte, el presidente de la delegación pide instrucciones en carta personal al presidente (Carta de Enrique Armand Ugón a Luis Batlle Berres, 18 de octubre de 1948, AGN-LBB, caja 110, ONU).

³¹⁹ Carta de José Quadros a Luis Batlle Berres, 29 de octubre de 1948, AGN-LBB, caja 38, Correspondencia Presidente, 1948, ff. 1-2.

El resultado fue que el apoyo uruguayo a la creación del Estado judío y el trabajo de Rodríguez Fabregat fuera crucial en la elaboración del plan de partición, y más tarde en su defensa hasta obtener la aprobación de la Resolución 181 de las Naciones Unidas. Posiblemente, y con las limitaciones dadas por su estatus en el concierto internacional, ejerciera entre el 25 y el 29 de noviembre, cierta labor de persuasión sobre delegaciones que no habían dado su voto favorable hasta el momento.³²⁰ Además, se continuó este compromiso con el temprano reconocimiento *de iure* del Estado de Israel³²¹ por parte del país, y con la intensa labor de resistencia a los planes propuestos para desandar los pasos de la resolución de noviembre de 1947, así como en aras de una pacificación del territorio –una vez estallada la guerra en 1948– que hiciera viable lo estipulado en ella.

³²⁰ Según afirma Daniel Rodríguez Oteiza (entrevista antes citada).

³²¹ Cfr. Declaración oficial de reconocimiento del Estado de Israel por la República Oriental del Uruguay (firmada por Luis Batlle Berres y Daniel Castellanos), 19/5/1948. AHD-MMRREE, Fondo Israel, Caja 1, carpeta 4.

Consideraciones finales

La investigación abordó un proceso muy relevante para la historia del mundo –que tiene repercusiones geopolíticas notables hasta hoy en día– aunque tan sólo se haya estudiado una porción menor del problema, circunscrita a pocos actores y un período breve.

Ante todo el problema de Palestina se ha considerado aquí, primeramente, como el enfrentamiento de dos movimientos nacionalistas, que buscaron legitimar sus posiciones en la comunidad internacional en el contexto particular de la posguerra y el inicio de la guerra fría, ante la mirada atenta de las dos principales potencias del momento –Estados Unidos y la Unión Soviética– y de aquella en declive –Gran Bretaña–. Esto supone tomar distancia de abordajes esencialistas propios de la historiografía nacionalista israelí y palestina, así como de visiones legalistas que, asentadas sobre preconceptos nacionalistas, se acercan al problema a partir de consideraciones sobre los derechos inherentes de uno u otro pueblo al territorio. Abordar el problema palestino principalmente como una pugna entre movimientos nacionalistas, supone también evitar caer en el lugar común de considerarlo un conflicto religioso. Al mismo tiempo, esta perspectiva plantea la necesidad de evaluar la fuerza relativa de estos nacionalismos, tanto en lo que se respecta a su cohesión interna y su capacidad de movilización de personas y recursos, como al éxito de su legitimación internacional, tal como lo ha planteado John Breuilly. Siguiendo la línea “modernista”³²² de los estudios sobre los nacionalismos de este último autor y de otros –como Ernest Gellner, Benedict Anderson o Eric Hobsbawm–, historiadores revisionistas israelíes y palestinos se han ocupado de analizar el problema palestino en esa clave durante las últimas tres décadas. Entre ellos, investigadores como Ilan Pappé y Jamil Hilal han abordado los procesos de formación y fortalecimiento del sionismo y el movimiento nacionalista palestino, y la proyección de su enfrentamiento en un marco regional y global, introduciendo a su vez al colonialismo europeo como un elemento clave para entender al sionismo y su predominio.³²³

³²² Sobre la clasificación de las diferentes perspectivas teóricas sobre las naciones y los nacionalismos ver: Smith, Anthony, *The Ethnic Origins of Nations*, Oxford: Blackwell, 1988, pp. 6-13.

³²³ Forma parte de una discusión más profunda que no es pertinente dar aquí acerca del grado en que el sionismo se consustanció con la avanzada colonialista occidental sobre el Cercano y Medio Oriente, y el grado en que este movimiento nacionalista se imbricó, explotó en su beneficio o fue utilizado como punta de lanza en el

Considerado desde este punto de vista, el éxito o fracaso de estos nacionalismos en la empresa de legitimar sus aspiraciones es un aspecto clave para analizar el problema palestino a nivel de las relaciones internacionales. El despliegue de estrategias en este sentido a lo largo del continente americano, y su expresión concreta en el contexto uruguayo, debe estar en la base de la explicación del proceso. Desde esta perspectiva se pretende hacer un aporte, aunque marginal, al análisis de un proceso histórico tan ampliamente estudiado a nivel mundial.

Por otra parte, es preciso sostener que un análisis riguroso y detenido de la actuación de Uruguay en la toma de decisiones que llevó a la partición de Palestina, puede servir para ilustrar la relevancia que pueden alcanzar actores menores en el concierto internacional en contextos particulares, en coyunturas de incertidumbres y definiciones que, en buena medida por su inestabilidad, potencian la iniciativa de tales agentes. Ya se ha mencionado que autores como Katryn Sikkink han constatado la especial importancia del papel de los países latinoamericanos, sobre todo en la etapa formativa de las Naciones Unidas. Esto ha permitido echar luz sobre la capacidad de Uruguay de proyectar una línea diplomática con cierta autonomía relativa, que potenció la visibilidad y el protagonismo del país en el plano internacional. Asimismo, la coyuntura favorable a la agencia de los pequeños países constituyó un canal adicional mediante el que el sionismo acabó vehiculizando sus demandas en las Naciones Unidas. No obstante esto, no puede perderse de vista el hecho de que Uruguay se encontraba al mismo tiempo inserto en la órbita de la hegemonía estadounidense y por lo tanto también sometido a sus presiones, elemento que condicionaba el marco de posibilidad de su autonomía. La importancia secundaria del problema palestino para Estados Unidos y su indecisión respecto a cómo posicionarse frente a él, favorecieron la iniciativa particular de Uruguay. Nuevamente el contexto de incertidumbres e indefiniciones crea los intersticios que favorecen la capacidad de agencia de actores subalternos.

Por todo esto, un equilibrado análisis de las presiones externas y los márgenes de posibilidad para una iniciativa autónoma más allá de la dependencia y la hegemonía de las

territorio por las aspiraciones coloniales británicas y francesas, y más tarde por el imperialismo o neocolonialismo estadounidense.

grandes potencias en el plano internacional, se impone de cara a la explicación del problema analizado.

Como se ha expresado en el estado de la cuestión de este trabajo, una lectura centrada en la geopolítica y los condicionantes externos no agota la explicación. Ciertamente es que una muy rígida distinción entre elementos endógenos y exógenos puede ser una simplificación muy útil para el análisis pero también muy arbitraria, toda vez que difícilmente existan disputas políticas internas que no estén cruzadas por tópicos y problemas que trascienden las fronteras nacionales en diferentes niveles, y toda vez que las relaciones entre los Estados no tienen una existencia totalmente autónoma respecto a problemáticas propias de escalas más reducidas de análisis. También es cierto que importantes decisiones y conflictos internacionales se encuentran interrelacionados con dinámicas regionales y locales. Esa constatación es, por ejemplo, la que ha reorientado los estudios de la guerra fría en Latinoamérica en las últimas décadas, como lo atestigua el artículo de Gilbert Joseph referido en este trabajo.

La renuncia a buscar la explicación del posicionamiento uruguayo en torno al problema palestino meramente en función de factores exógenos, vinculados a la dependencia del país respecto de Estados Unidos, se impuso por la constatación en las fuentes de que el posicionamiento uruguayo precedió al estadounidense, que exhibió un mayor compromiso militante en el plano nacional e internacional y que careció prácticamente de las ambigüedades que caracterizaron a la administración Truman en este punto.

Es por ello que, en el análisis del posicionamiento uruguayo sobre el problema palestino se ha buscado resaltar la importancia de procesos propios de la política interna que se encuentran ausentes en otros abordajes del tema. Es preciso articular el estudio de estas dinámicas de la política interna con el análisis de la política internacional. En el caso de este trabajo, esas dinámicas internas precedían largamente la introducción del asunto palestino en las Naciones Unidas y por tanto la coyuntura específica que se estaba analizando, por lo que fue necesario ampliar el marco cronológico de análisis para atender a factores que incluso hundían sus raíces en la década de 1930. Así como es difícil estudiar este momento del conflicto palestino a nivel global en función de los esquemas de análisis de la guerra fría, en sus repercusiones locales esto se presenta también como problemático, siendo necesario

poner el foco en procesos políticos que van más allá y preceden al conflicto bipolar, aunque finalmente se articularon con la dinámica de la guerra fría de forma progresiva y compleja.

Esta opción de abordaje del problema estudiado se ha transitado, sin embargo, con la previsión de no abonar lecturas simplificadoras –particularmente aquellas que ensalzan la política exterior batllista– que presentan a la orientación prosionista uruguaya principalmente como manifestación de su principismo democrático y compromiso con la justicia. Por tanto se ha buscado primeramente establecer matices en un aparente consenso prosionista de los partidos políticos uruguayos que, cierto es, fue amplio mas no unánime. Luego, sin descartar la existencia de sinceras convicciones, se ha presentado la postura de los diferentes partidos en el marco de sus disputas políticas, condicionadas por ellas de forma más o menos explícita y deliberada. En resumen, el mapa del consenso prosionista del espectro político uruguayo no se delineó meramente en función de un principismo descontextualizado y abstracto, sino que fue condicionado y capitalizado en la lucha política entre diferentes sectores.

Si se tiene esa hipótesis por cierta, los procesos que explican la votación uruguaya en las Naciones Unidas en 1947 –tal como ya se ha advertido– hunden sus raíces en las décadas previas a la coyuntura de toma de decisiones. Entre estos procesos se cuentan el explícito y comprometido apoyo de organizaciones de la sociedad civil uruguaya –en las que participaron figuras del elenco político nacional– a la creación del Estado de Israel, y la consustanciación de la delegación liderada por Rodríguez Fabregat con los argumentos de los sectores sionistas y prosionistas locales.

La constatación de la importancia de los marcos ideológicos del antifascismo de las décadas de 1930 y 1940 en la orientación prosionista de diversos sectores supone, como se ha dicho, un desplazamiento más allá de la estricta coyuntura 1947-1949 en que la partición de Palestina se discutió en el seno de las Naciones Unidas. Esto, si se proyecta más allá de este asunto concreto, constituye en cierta forma también una invitación a indagar más en este tipo de continuidades en un período –la primera etapa de la guerra fría– en que la historiografía se ha ocupado mucho más de lo novedoso, de la discontinuidad o la ruptura.

Es preciso destacar que, si bien no adquirió centralidad en el trabajo, la consideración de las dinámicas regionales, que en este caso implican la peculiar definición y posicionamiento internacional de Uruguay respecto de Argentina, no se han excluido

tampoco del análisis. La amenaza de la Argentina peronista y las sospechas acerca de sus planes de hegemonía regional –que he abordado en el marco de otra investigación– constituían algunas de las referencias implícitas en función de la que se pensaba la política internacional uruguaya. Esto justificaba, en parte, el afán de protagonismo en un organismo multilateral como las Naciones Unidas, que ofrecía a Uruguay ciertas garantías y seguridades, y que debía conciliarse cuidadosamente con el buen relacionamiento con Estados Unidos, en buena medida considerado como “escudo protector” hemisférico. Es necesario también destacar el valor que tiene, como contrapunto comparativo, la forma en que en Argentina se discutió el problema palestino, en un contexto donde la distinta correlación de fuerzas políticas condicionó una diferente capacidad de los movimientos nacionalistas en disputa para vehicular sus demandas.

Finalmente, el análisis desplegado en este trabajo, que dio importancia a los conflictos políticos locales en una definición de política internacional, ha considerado también la relevancia de la agencia individual de algunos actores, de personajes concretos como Enrique Rodríguez Fabregat. No se trata de la tentación de buscar explicaciones en la iniciativa de grandes personajes –calificativo que, por otra parte, difícilmente pueda aplicarse a Rodríguez Fabregat por su peso político–, sino atender a las posibilidades que ciertas condiciones –en este caso la deficiente institucionalización de un servicio exterior poco profesionalizado– abren a la iniciativa individual que, sin ser omnipotente ni determinante, le otorga matices particulares a un proceso histórico. Si el contexto de incertidumbres a nivel de las relaciones internacionales dio espacio a una mayor agencia de actores menores, la desorganización y falta de profesionalización de un servicio exterior en proceso de reorganización institucional cumplió un rol similar, en este caso para permitir en un grado considerable la iniciativa personal de ciertos diplomáticos.

En resumen, y a pesar de las zonas oscuras sobre las que la investigación no logró arrojar luz, se ha ensayado a lo largo de estas páginas una explicación de la posición prosionista de Uruguay. En primer lugar, se ha constatado el mayor éxito del movimiento sionista en la legitimación de sus posiciones. Esto se debió en parte a la debilidad del sector proárabe, que en su tardía y limitada movilización no encontró apoyos, ante la postura cauta

y ambigua tomada por los sectores en que, por su trayectoria previa y posterior a la coyuntura estudiada, podrían haber encontrado mayor afinidad. Pero sobre todo debido a la importancia de los lazos y afinidades, los intercambios de ideas y las identidades compartidas por los sectores sionistas uruguayos y el elenco político hegemónico en la coyuntura 1947-1948. Estos vínculos se forjaron al calor de la lucha antifascista de los años treinta y cuarenta. Asimismo, la debilidad de los sectores con un pasado reciente francamente antisemita o al menos potencialmente poco afines a las reivindicaciones nacionales judías, desestimularon en ese contexto político la abierta oposición a esa causa en tiempos donde cualquier definición pasible de ser señalada como filofascista era problemática. Un panorama internacional donde, en el marco de la formación de las Naciones Unidas y el declive imperial británico, actores subalternos fueron capaces de iniciativas con cierta autonomía relativa, favoreció la acción prosionista de Uruguay. Cabe destacar que este asunto no ponía en juego la sujeción hegemónica que pretendía imponer Estados Unidos a los países latinoamericanos. A su vez, la situación de desorganización y poca institucionalización del servicio exterior le dio la oportunidad a un prosionista convencido, como Rodríguez Fabregat, de desarrollar una actividad de alto perfil en la discusión del problema, que le imprimió un sello particular.

Bibliografía y fuentes

Bibliografía sobre nacionalismos y el problema de Palestina a nivel internacional

Anderson, Benedict. *Comunidades imaginadas*. México: FCE, 2011.

Ayyad, Abdelaziz. *Arab nationalism and the Palestinians, 1850-1939*. Jerusalén: PASSIA, 1999.

Beckerman-Boys, Carly. *British foreign policy decision-making towards Palestine during the Mandate (1917-1948): a poliheuristic perspective*. Birmingham: University of Birmingham e-theses repository, 2013.

Breuilly, John. *Nacionalismo y estado*. Barcelona: Pomares-Corredor, 1990.

Calhoun, Craig. *Nationalism*. Minneapolis: University of Minnesota, 1997.

Cohen, Michael J. *Truman and Israel*. Los Angeles: California University Press, 1990.

_____. *Palestine and the great powers 1945-1948*. New Jersey: Princeton University Press, 1982.

_____. *Britain's hegemony in Palestine and the Middle East, 1917-1956. Changing strategic imperatives*. Londres: Vallentine Mitchell, 2017.

Culla, Joan. *Breve historia del sionismo*. Madrid: Alianza, 2005.

Fraser, Thomas G. *El conflicto árabe-israelí*. Madrid: Alianza, 2008.

Gat, Azar. *Nations. The long history and deep roots of political ethnicity and nationalism*. Nueva York: Cambridge University Press, 2013.

Gellner, Ernest. *Naciones y nacionalismo*. Madrid: Alianza, 1988.

Gil, Moshe. *A history of Palestine 640-1099*. Nueva York: Cambridge University Press, 1997.

Gorodetsky, Gabriel. "The Soviet Union's role in the creation of the state of Israel". *The Journal of Israeli History*, vol. 22, Issue 1, 2003, pp. 4-20.

Hilal, Jamil. "Palestine: the last colonial issue". En: Hilal, Jamil (ed.). *Where now for Palestine? The demise of the two-state solution*. Londres: Zed Books, 2007, pp. 1-29.

_____. "Reflections on contemporary Palestinian history". En: Pappé, Ilan; Hilal, Jamil (eds.). *Across the wall. Narratives of Israeli-Palestinian history*. Nueva York: I. B. Tauris, 2010, pp. 177-215.

Hobsbawm, Eric. *Naciones y nacionalismo desde 1780*. Buenos Aires: Crítica 2012.

Johnson, Paul. *La historia de los judíos*. Barcelona: Zeta-Ediciones B, 2010.

Khalidi, Rashid. *La identidad palestina. La reconstrucción de una conciencia nacional moderna*. Buenos Aires: Canaán, 2015.

Klieman, Aaron. "The Arab States and Palestine". En: Kedourie, Elie; Haim, Sylvia (eds.). *Zionism and Arabism y Palestine and Israel*. Londres: Frank Cass, 2005, pp. 119-137.

Krämer, Gudrun. *Historia de Palestina. Desde la conquista otomana hasta la fundación del Estado de Israel*. España: Siglo XXI, 2009.

Lepkin, Fred Lennis. *The British Labour Party and Zionism*. Canadá: Simon Fraser University, 1986.

Masalha, Nur. *Expulsión de los palestinos: el concepto de transferencia en el pensamiento político sionista, 1882-1948*. Buenos Aires: Canaán, 2008.

Muslih, Muhammad. *The origins of Palestinian nationalism*. Nueva York: Columbia University Press, 1988.

Nasser, Issam. "Palestinian nationalism. The difficulties of narrating an ambivalent identity". En: Pappé, Ilan; Hilal, Jamil (eds.). *Across the wall. Narratives of Israeli-Palestinian history*. Nueva York: I. B. Tauris, 2010, pp. 217-234.

Pappé, Ilan. *Historia de la Palestina moderna: un territorio, dos pueblos*. Madrid: Akal, 2007.

Pechatnov, Vladimir. "The Soviet Union and the world, 1944-1953". En: Westad, Odd Arne; Leffler, Melvyn (eds.). *The Cambridge History of the Cold War. Volume I: Origins*. New York: Cambridge University Press, 2009.

Ro'I, Yaacov. *Soviet decision making in practice. The USSR and Israel 1947-1954*. New Jersey: Transaction Publishers, 1980.

Rucker, Laurent. *Moscow's surprise: the Soviet-Israeli alliance of 1947-1949*. Washington D.C.: Woodrow Wilson Center for Scholars, 2005, (version digital en: www.wilsoncenter.org) [Consultado: diciembre 2015].

Sanbar, Elías. *Figuras del palestino: identidad de los orígenes, identidad del devenir*. Buenos Aires: Canaán, 2012.

Smith, Anthony. *The Ethnic Origins of Nations*. Oxford: Blackwell, 1988.

Sternhell, Zeev. *Los orígenes de Israel. Las raíces profundas de una realidad conflictiva*. Buenos Aires: Capital Intelectual, 2013.

Historiografía y ensayos uruguayos sobre relaciones internacionales y los vínculos Uruguay-Israel

Arocena Olivera, Enrique. *Evolución y apogeo de la diplomacia uruguaya, 1828-1948*. Montevideo: Imprenta del Palacio Legislativo, 1984.

Clemente, Isabel. “Uruguay en las conferencias panamericanas: la construcción de una opción en política exterior”. *Simposio "Los Asuntos Internacionales en América Latina y el Caribe. Historia y teoría. Problemas a dos siglos de la emancipación"*, Santiago de Chile, 2010.

_____. *Política exterior de Uruguay, 1830-1985: tendencias, problemas, actores y agenda*. Montevideo: Universidad de la República, Facultad de Ciencias Sociales- Unidad Multidisciplinaria, 2005.

_____. *La política exterior de Uruguay hacia Gran Bretaña; 1930-1952: la Cancillería frente al desafío de la transición en el orden internacional*. Serie Documentos de Trabajo, vol. 60. Montevideo: Udelar-FCS, Unidad Multidisciplinaria, 2002.

Gros Espiell, Héctor. *De diplomacia e historia*. Montevideo: Silmaril, 1991.

_____. *Temas internacionales*, Montevideo: Melibea, 2001.

Jerozolimsky, José. *Uruguay e Israel: fraternales relaciones*. Montevideo: Presidencia de la República, 1989.

López Burián, Camilo. *Partidos políticos y política exterior en Uruguay (1985-2015). La importancia de las instituciones, las ideas y los intereses de los actores*. [Tesis de doctorado] Montevideo: FCS-Udelar, 2015.

Marchesi, Aldo; Markarian, Vania. “Uruguay en el mundo”, En: Caetano, Gerardo (dir.), *Uruguay. En busca del desarrollo entre el autoritarismo y la democracia, 1930/2010*, Montevideo: Planeta-Mapfre, 2016, pp. 113-155.

Oddone, Juan Antonio. *Vecinos en discordia: Argentina, Uruguay y la política hemisférica de los Estados Unidos. Selección de documentos, 1945-1955*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2003.

Pérez Antón, Romeo. *Política exterior uruguaya del siglo XX*. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 2011.

Putnam, Robert D., “Diplomacy and domestic politics: the logic of two-level games”, *International Organization*, vol. 42, nº 3, 1988, pp. 427-460.

Real de Azúa, Carlos. “Política internacional e ideologías en el Uruguay”. *Marcha*, nº 966, 3 de julio de 1959, pp. 7b-14b.

Rilla, José. “Uruguay en el mundo, 1880-1930”. En: Caetano, Gerardo (dir.). *Uruguay. Reforma social y democracia del partidos, 1880/1930*. Montevideo: Planeta-Mapfre, 2016, pp. 85-130.

Rodríguez Ayçaguer, Ana María. “El alineamiento internacional del Uruguay durante la Segunda Guerra Mundial. Algunas hipótesis y reflexiones”. V *Jornadas Interamericanas de Historia de las Relaciones Internacionales*. La Plata, 8-10 septiembre de 1999.

_____. “Política exterior e inserción internacional del Uruguay en el siglo XX”. En: Rodríguez Ayçaguer, Ana María; Porrini Beracochea, Rodolfo (coord.). *Política y sociedad*

en el Uruguay del siglo XX. Montevideo: Departamento de Historia del Uruguay, FHCE-Udelar, 2010, pp. 57-112.

_____. *Entre la hermandad y el panamericanismo. El gobierno de Amézaga y las relaciones con Argentina I: 1943*. Montevideo: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2004.

Sikkink, Kathryn. “El papel protagonista de Latinoamérica en los derechos humanos”. *Sur* 22, v. 12, nº 22, 2015, pp. 215-228.

Vigevani, Tulio; Kleinas, Alberto. “Brasil-Israel: da partilha da Palestina ao reconhecimento diplomático (1947-1949)”. En: Breda dos Santos, Norma (org.). *Brasil e Israel: diplomacia e sociedades*. Brasília: Universidade de Brasília, 2000.

Historiografía sobre la colectividad judía uruguaya y de contextualización general del período

Aldrichi, Clara. “La ideología antisemita en Uruguay. Su contexto católico y conservador (1870-1940)”. En: Aldrichi, Clara et. al. *Antisemitismo en Uruguay. Raíces, discursos, imágenes (1870-1940)*. Montevideo: Trilce, 2000, pp. 171-172.

Alpini, Alfredo. *La derecha política en Uruguay en la era del fascismo, 1930-1940*. Montevideo: FCU, 2015.

Boholavsky, Ernesto; Iglesias Caramés, Mariana Inés. “Las guerras frías del Cono Sur: Argentina, Brasil, Chile y Uruguay”. *OPSIS, Catalão-Go*, v. 14, nº especial, 2014, pp. 113-133.

Bohoslavsky, Ernesto; Vicente, Martín. “‘Sino el espanto’. Temas, prácticas y alianzas de los anticomunismos de derecha en Argentina entre 1955 y 1966”. *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, nº 14, Recuperado de: 2014, <http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAn14a11>.

Bouret, Daniela; Martínez, Álvaro; Telias, David. *Entre la Matzá y el mate: La inmigración judía en Uruguay, una historia en construcción*. Montevideo: Banda Oriental, 1997.

Caetano, Gerardo. “Las resonancias del primer fascismo en Uruguay (1922-1939/30)”. *Revista de la Biblioteca Nacional*, nº 25, 1987, pp. 101-137.

Camou, María Magdalena. *Los vaivenes de la política exterior uruguaya ante la pugna de las potencias. Las relaciones con el Tercer Reich (1933-1942)*. Montevideo: FCU, 1990.

D'Elia, Germán. *El Uruguay neo-batllista: 1946-1958*. Montevideo: Banda Oriental, 1986.

Etchegoimberry, Delia. *Enrique Rodríguez Fabregat (1895-1976). Una de las caras del siglo XX: homenaje a los cien años de su nacimiento*. Montevideo: Ediciones de la Plaza, 1997.

Feldman, Miguel. “El antisemitismo en Uruguay durante los años treinta”. En: Aldrighi, Clara et al. *Antisemitismo en Uruguay. Raíces, discursos, imágenes (1870-1940)*. Montevideo: Trilce, 2000, pp. 9-30.

_____. *Tiempos difíciles. Inmigrantes judíos en Uruguay 1933-1945*. Montevideo: Udelar-FHCE, Departamento de publicaciones, 2001.

Frega, Ana; Maronna, Mónica; Trochón, Yvette. “‘Frente Popular’ y ‘Concertación Democrática’”, *Cuadernos del CLAEH*, 2ª serie, año 10, n° 34, pp. 49-62.

_____. *Baldomir y la restauración democrática (1938-1946)*. Montevideo: Banda Oriental, 1987.

Jacob, Raúl. *El Uruguay de Terra 1931-1938: una crónica del terrismo*. Montevideo: Banda Oriental, 1983.

Loy, Anabella. *La inmigración del siglo XX como fuente de información antropológica. Un estudio comparativo de casos de inmigrantes de orígenes étnicos diversos: españoles y judíos arribados a Montevideo entre 1920 y 1960*. Inédita (consultada en Biblioteca de la FHCE, Udelar, junio 2016).

Nahum, Benjamín, et. al. *Crisis política y recuperación económica*. Montevideo: Banda Oriental, 1991.

Oddone, Juan Antonio. *Uruguay entre la depresión y la guerra: 1929-1945*. Montevideo: FCE, 1990.

Porzecanski, Rafael. *El Uruguay judío: demografía e identidad*. Montevideo: Trilce, 2006.

Raicher, Rosa Perla. *Uruguay, la comunidad israelita y el pueblo judío*. Montevideo: FHCE, 2003.

Rein, Raanan. *Argentina, Israel y los judíos: encuentros y desencuentros, mitos y realidades*. Buenos Aires: Lumière, 2001.

_____. *Los muchachos peronistas judíos. Los argentinos judíos y el apoyo al Justicialismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2015.

Rein, Raanan; Noyjovich, Ariel. *Los muchachos peronistas árabes. Los argentinos árabes y el apoyo al Justicialismo*. Buenos Aires: Sudamericana, 2018.

Rouquié, Alain. *Poder militar y sociedad política en la Argentina* (2 tomos). Buenos Aires: Emecé, 1981-1982.

Ruiz, Decler. *Uruguay, la UNSCOP y el nacimiento del Estado de Israel (1947-1948)*. Montevideo: Universidad de Montevideo-Facultad de Humanidades, 2016.

Ruiz, Esther. “Del viraje conservador al realineamiento internacional, 1933-1945”. En: Frega, Ana et. al. *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: Banda Oriental, 2008, pp. 393-394.

Ruiz, Esther. “El ‘Uruguay próspero’ y su crisis. 1946-1964”. En: Frega, Ana, et. al. *Historia del Uruguay en el siglo XX (1890-2005)*. Montevideo: Banda Oriental, 2008.

Ruiz, Esther. “Mirando a Artigas desde el Uruguay de la Segunda Guerra Mundial”. En: Frega, Ana; Islas, Ariadna (coord.). *Nuevas miradas en torno al artiguismo*. Montevideo: Departamento de Publicaciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, 2001, pp. 393-410.

Torre, Juan Carlos. *Los años peronistas (1943-1955)*. Buenos Aires: Sudamericana, 2002.

Fuentes editas

Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla (eds.). *Memorias del Uruguay: holocausto y lucha por la fundación del estado de Israel*. Jerusalem: Universidad Hebrea de Jerusalem. Instituto de Judaísmo Contemporáneo, 1986.

Avni, Haim; Raicher, Rosa Perla; Bankier, David (eds.). *Historia viva: memorias del Uruguay y de Israel*. Montevideo: Instituto de judaísmo contemporáneo de la Universidad hebrea de Jerusalem, 1989, capítulos III y V.

Batlle Berres, Luis. *Pensamiento y acción (ideario y artículos)*. Tomo II. Montevideo: Alfa, 1966.

Comité Uruguayo Pro Palestina. *La opinión uruguaya sobre el problema judío*. Montevideo: CUPP, 1945.

Documents on Israeli-Soviet relations, 1941-1953. London: Frank Cass, 2000.

Fabregat, Enrique. *Sion: rebelión y cumplimiento: dos capítulos del manuscrito inédito de Enrique Fabregat*. Jerusalén: Instituto Cultural Israel-Ibero América, 1992.

García Granados, Jorge. *Así nació Israel*. Buenos Aires: Biblioteca de Oriente, 1949.

Herzl, Theodor. *El Estado Judío*. Buenos Aires: Organización Sionista Argentina, s/d.

Informativo del Comité Árabe Pro Ayuda a Palestina. Buenos Aires: 1948, N° 1-6.

Khoury, Mlatios. *Palestina corazón de los árabes*. Mendoza: Talleres Gráficos Jorge Best, 1949.

Laqueur, Walter (Ed.). *The Israel-Arab reader. A documentary history of the Middle East conflict*. New York: The Citadel Press, 1969.

Nahum, Benjamín. *Informes diplomáticos de los representantes del Reino Unido en el Uruguay* (12 tomos). Montevideo: Udelar, 1991-2000.

Presidencia de la Nación. Ministerio de Asuntos Técnicos, *IV Censo general de la nación*, Tomo 1, Buenos Aires: Dirección Nacional del Servicio Estadístico, 1947.

Stace, Walter. *La ilusión sionista*. Montevideo: Comité Árabe pro Defensa de Palestina, 1947.

Stewart Vargas, Guillermo. *Oribe y su significación frente a Rozas y Rivera*. Buenos Aires: s/d, 1958.

Tov, Moshe. *El murmullo de Israel: historial diplomático*. Jerusalén: La Semana, 1983.

Weizmann, Chaim. *A la verdad por el error: Palestina*. Buenos Aires: Santiago Rueda, 1949.

Prensa relevada (1944-1948) [en orden de exhaustividad]

El País

El Día

Suplemento Dominical de El Día

El Debate

La Mañana

El Bien Público

La Tribuna Popular

El Amigo del Obrero

Marcha

Justicia

El Sol

The Sun

Al Watan

Sion (Boletín Informativo de la Organización Sionista Dr. Teodoro Herzl [Sefaradí])

Revista Familiar Israelita del Uruguay

Moledet (Boletín Oficial de la Asociación Juvenil Sionista Moledet)

La Tribuna sionista

Archivos consultados

Archivo Histórico-Diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores, Uruguay

Archivo Administrativo del Ministerio de Relaciones Exteriores, Uruguay

Archivo General de la Nación, Fondo Luis Batlle Berres

Archivo del Ateneo de Montevideo

Archivo de la Cámara de Senadores, Fondo Comisión de Asuntos Internacionales

Archivo de la Cámara de Representantes, Fondo Comisión de Asuntos Internacionales

Archivo en línea de la Organización de las Naciones Unidas

Archivo Luis Alberto de Herrera (Museo Histórico Nacional)